

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº6

JUNIO 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Busto-relicario de Santa Constanza. Siglo XVI. Madera policromada; plata en su color y sobredorada; fundida, cincelada y grabada.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Junio 2009

Nº 6

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

| | |
|---|-----|
| Carta del Obispo Promotor del Apostolado del Mar en la Festividad de la Virgen del Carmen..... | 889 |
| Saludo del Sr. Obispo al libro El heraldo peregrino de Cristo en el Año Jubilar de San Pablo..... | 893 |
| Homilía en la Ordenación sacerdotal del Diácono Santiago Fernández Carballo..... | 895 |
| Homilía en la Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento | 904 |
| Actividades del Sr. Obispo | 911 |

IGLESIA DIOCESANA

| | |
|--|-----|
| Secretaría General | |
| Nombramientos y defunciones..... | 917 |
| Vicaría de Pastoral | |
| Clausura del Año Jubilar de San Pablo. Domingo XIII. B. 28 - VI - 2009 | 919 |
| Delegación de Liturgia. Oración-Celebración..... | 922 |

IGLESIA EN ESPAÑA

| | |
|--|-----|
| Conferencia Episcopal Española | |
| Declaración sobre el anteproyecto de “Ley del aborto”: atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho”, de la CCXIII Comisión Permanente de la CEE..... | 929 |
| Memoria anual de actividades de la Iglesia en España 2007 | 939 |

IGLESIA UNIVERSAL

| | |
|---|------|
| Santo Padre Benedicto XVI | |
| Regina Caeli..... | 947 |
| Ángelus | 948 |
| Audiencias Generales..... | 950 |
| Cartas..... | 965 |
| Discursos..... | 977 |
| Homilías | 999 |
| Viaje Apostólico - Visita Pastoral a Cassino y Montecassino (24 de mayo de 2009) | 1011 |
| Santa Sede | |
| Carta circular N. 520/2009 de la Congregación para la Educación Católica, a los Eminentísimos y Excelentísimos Presidentes de las Conferencias Episcopales sobre la enseñanza de la religión en la escuela..... | 1021 |

CRÓNICA DIOCESANA

| | |
|-------------|------|
| Junio | 1031 |
|-------------|------|



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

Carta del Obispo Promotor del Apostolado del Mar en la Festividad de la Virgen del Carmen - 16 de julio de 2009

Queridos marineros:

Se acerca el gran día de nuestra fiesta y ¿cómo no recordar la procesión por el mar con la imagen de Nuestra Patrona en tantos y tantos puertos del litoral español, y el canto de nuestra entrañable oración, la salve marinera? El mar y la tierra se juntan para honrar en este día a la Stella Maris.

El lema para este año “La mar reclama tu amor”, ha sido elegido en la Asamblea Nacional del Apostolado del Mar, celebrado en Santa Pola (Alicante), del 16 al 19 de abril.

Es un hermoso lema, porque el amor es la virtud más importante. Es virtud teologal y tiene referencia directa a Dios. Dios es Amor y su obra, la Misericordia. Es el Ser cercano a cada uno de nosotros. Con la Palabra nos creó y lo hizo por amor.

Dios creó la tierra y el mar... Y el mar refleja la hermosura del Cielo, como si el pintor plasmase con sus mágicos pinceles la belleza de lo alto en la tela del océano. El mundo será salvado por la hermosura, afirmaba Dostoievski.

“La mar reclama tu amor”. La dignidad de la persona humana como criatura de Dios se hace extensible al medio natural en que vive, ya que Dios le encomendó al hombre la continuidad de la creación. Por eso,

una pastoral general e integradora tiene como objetivo al hombre y a su entorno. Dios, al crearnos a su imagen y semejanza, nos dio la misión de cultivar, cuidar y transformar el mundo para que fuéramos concreadores con él.

El amor de Dios incluye el amor a la creación. Y lo que se ama se cuida. Es necesario hacer aflorar ese amor profundo y, a veces, oculto que el hombre de la mar siente por el elemento de la creación que le brinda alimento y bienestar. Ese sentimiento cuasi-religioso nos debe llevar a un compromiso de respeto al medio y de conservación y mejora del mismo. También en estas actividades es donde se tiene que reflejar la luz del Evangelio.

“La mar reclama tu amor”. En el mar trabajan y pasan tantos días y noches muchas personas. Esas personas cuando regresan a casa necesitan un cariño y un cuidado muy especial. Por eso, os pido a todos, especialmente a los párrocos del litoral, que acojáis y acompañéis a los hombres de la mar cuando llegan a tierra, que os preocupéis por sus problemas y necesidades. Es necesaria la programación de una pastoral para el mundo de la mar que integre también pautas de solidaridad con el mundo de la inmigración de los trabajadores de la mar.

“La mar reclama tu amor”. Los hombres del mar sostienen y son sostenidos por sus familias. El Apostolado del Mar pide a toda la sociedad y especialmente

a las parroquias de nuestra costa solidaridad con las familias marineras, de modo particular con las esposas, que en la soledad del hogar tienen que hacer de padre y madre cuando el esposo pasa largo tiempo en la mar.

Es importante confesar con valentía y sin complejos el mensaje cristiano, para que la fuerza de la evangelización se convierta en un fuerte estímulo de la manifestación de fe de nuestros hombres de la mar.

Al igual que en años anteriores, esta carta tiene que hacerse eco de los grandes riesgos y peligros que acechan a los hombres de la mar. Entre los primeros está la falta de seguridad jurídica en los barcos con bandera de conveniencia, que puede dejar a los marineros totalmente abandonados en cualquier puerto, y de los segundos, la actual ola de piratería, con la inseguridad de ser abordados y sufrir secuestros en el medio marítimo.

El Apostolado del Mar quiere mostrar también su cercanía a las familias que en este último año han sufrido la muerte de sus seres queridos en la mar.

Queremos darles todo nuestro apoyo espiritual y estar junto a ellos.

Termino con las hermosas palabras de Benedicto XVI, escritas al final de su Carta Encíclica *Spe Salvi*, sobre la esperanza cristiana:

“María, estrella de la esperanza. La Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como “estrella del mar”. La vida humana es un camino, ¿hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y tenebroso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta... Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza”

Stella Maris, auxilia y socorre a tus hijos en las singladuras de la vida, especialmente en el mar. Ruega por nosotros pecadores en toda hora.

Os bendice con cariño

Luis Quintero Fiuza
Obispo Promotor del Apostolado del Mar.

Carta do Bispo Promotor do Apostolado do Mar na Festividade da Virxe do Carme - 16 de xullo de 2009

Queridos mariñeiros:

Achégase o gran día da nosa festa e ¿como non lembra-la procesión polo mar coa imaxe da nosa Padroa en tan-

tos e tantos portos do litoral español, e o canto da nosa entrañable oración, a Salve mariñeira? O mar e a terra xúntanse para honrar neste día á Stella Maris.

O lema para este ano “A mar reclama o teu amor”, foi elixido na Asemblea Nacional do Apostolado do Mar, celebrado en Santa Pola (Alicante), do 16 ó 19 de abril.

É un fermoso lema, porque o amor é a virtude máis importante. É virtude teoloxal e ten referencia directa a Deus. Deus é Amor e a súa obra, a Misericordia. É o Ser próximo a cada un de nós. Coa Palabra creounos e o fixo por amor.

Deus creou a terra e o mar... E o mar reflexa a fermosura do Ceo, como se o pintor plasmase cos seus máxicos pinceis a beleza do alto na tea do océano. O mundo será salvado pola fermosura, afirmaba Dostoievski.

“A mar reclama o teu amor”. A dignidade da persoa humana como criatura de Deus faise extensible ó medio natural en que vive, xa que Deus lle encomendou ó home a continuidade da creación. Por iso, unha pastoral xeral e integradora ten como obxectivo ó home e ó seu contorno. Deus, ó nos crear á súa imaxe e semellanza, déunola misión de cultivar, coidar e transformalo mundo para que fósemos creadores con El.

O amor de Deus inclúe o amor á creación. E o que se ama cóidase. É necesario facer aflorar ese amor profundo e a veces oculto que o home da mar sente polo elemento da creación que lle brinda alimento e benestar. Ese sentimento cuasi-relixioso débenos levar a un compromiso de respecto ó medio e de conservación e mellora do mesmo.

Tamén nestas actividades é onde se ten que reflecti-la luz do Evanxeo.

“A mar reclama o teu amor”. No mar traballan e pasan tantos días e noites moitas persoas. Esas persoas cando regresan á casa precisan un cariño e un coidado moi especial. Por iso, pídovos a todos, especialmente ós párrocos do litoral, que acollades e acompañades ós homes do mar cando chegan a terra, que vos preocupedes polos seus problemas e necesidades. É necesaria a programación dunha pastoral para o mundo do mar que integre tamén pautas de solidariedade co mundo da inmigración dos traballadores da mar.

“A mar reclama o teu amor”. Os homes do mar sosteñen e son sostidos polas súas familias. O Apostolado do Mar pide a toda a sociedade e especialmente ás parroquias da nosa costa solidariedade coas familias mariñeiras, de modo particular coas esposas, que na soidade do fogar teñen que facer de pai e nai cando o esposo pasa longo tempo na mar.

É importante confesar con valentía e sen complexos a mensaxe cristián, para que a forza da evanxelización se converta nun forte estímulo da manifestación de fe dos nosos homes da mar.

Ó igual que en anos anteriores, esta carta ten que se facer eco dos grandes riscos e perigos que axexan ós homes da mar. Entre os primeiros está a falta de seguridade xurídica nos barcos con bandeira de conveniencia, que pode deixar ós mariñeiros totalmente abandonados en calquera porto, e dos segundos, a actual onda de piratería,

coa inseguridade de ser abordados e sufrir secuestros no medio marítimo.

O Apostolado do Mar quere amosar tamén a súa proximidade ás familias que neste último ano sufriron a morte das súas seres queridos na mar. Queremos darlles todo o noso apoio espiritual e estar xunto a eles.

Remato coas fermosas palabras de Benedicto XVI, escritas ó final da súa Carta Encíclica *Spe Salvi*, verbo de a esperanza cristiá:

“María, estrela da esperanza. A Igrexa saúda a María, a Nai de Deus, como “estrela do mar”. A vida humana

é un camiño, ¿cara que meta? ¿Como atopámo-lo rumbo? A vida é como unha viaxe polo mar da historia, a miúdo escuro e tenebroso, unha viaxe no que escudriñamos os astros que nos indican a ruta... E ¿quen mellor que María podería ser para nós estrela de esperanza”

Stella Maris, auxilia e socorre ós teus fillos nas singaduras da vida, especialmente no mar. Roga por nós pecadores en toda hora.

Bendivos con cariño,

Luís Quintero Fiuza
Bispo Promotor do Apostolado
do Mar.

**Saludo del Sr. Obispo al libro *El heraldo peregrino de Cristo*
en el Año Jubilar de San Pablo**
Pinceles para la Evangelización

En comunión con el Papa y la Iglesia universal, nuestra iglesia particular de Ourense ha vivido con gozo el Año Santo Paulino como un regalo de gracia y un estímulo para nuestro vivir cristiano. Un año, que por supuesto, no ha tenido a Pablo como destino, sino como medio para ir a Cristo, para conocerlo mejor y para hacerlo conocer más.

La Pasión de Pablo por Cristo rezuma en todas sus cartas y en las referencias que los Hechos de los Apóstoles hacen de sus tareas y misiones. Pasión por Cristo que va unida al deseo de que los hombres le conozcan, le amen y se dejen salvar por Él.

El “*¡Ay de mí, si no evangelizare!*” (1 Cor 9.16), expresa esta vocación y este anhelo que debemos compartir todos los cristianos, haciendo de la Evangelización un empeño gozoso, cada uno según los dones y las cualidades que Dios le da.

Y de eso se trata, de evangelizar, cuando el Hermano Luis, monje de Oseira, coge los pinceles y con acierto y amor de Dios representa el vivir de Pablo, no como si se tratara de un personaje de novela o un héroe de la historia, sino como Alguien que apasionado por Cristo tiene una vida fecunda de gracia y unas palabras que transmiten luz y esperanza.

Parafraseando la poética palabra del profeta “*Qué hermosos son sobre los montes los*

pies del Mensajero que anuncia la Paz” (Is. 52,5), podríamos decir, qué hermosos son sobre el lienzo los pinceles del Hermano Luis que nos anuncian por Pablo a Cristo.

Celebro que Ourense tenga como uno de sus dones más preciosos una Comunidad de contemplativos que en Oseira nos abren las puertas y el corazón, y que entre los monjes cistercienses de esta Casa, el Hermano Luis María nos evangelice con sus pinceles. Doy gracias a Dios y a esa querida comunidad por ello.

Al escribir estas breves líneas de saludo al frente de este Catálogo Evangelizador, deseo y pido a Dios que leyendo la vida de San Pablo en la peculiar biografía que ha pintado el monje-artista de Oseira, se nos cuele un poco más dentro y nos haga sentir el deseo de como Pablo, hacer de nuestra vida un camino de evangelización a un mundo que sin Dios se empobrece y se agosta.

Gracias, Hermano Luis, por tus manos, tus pinceles y tu corazón.

Que el gozo de Cristo nos deje la mejor herencia de este Año Paulino que hemos querido vivir con generosa pasión

Os bendice de corazón,

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

**Saúdo do Sr. Bispo ó libro *O heraldo peregrino de Cristo*
no Ano Xubilar de San Paulo**
Pinceis para a Evanxelización

En comunión co Papa e a Igrexa universal, a nosa igrexa particular de Ourense viviu con gozo o Ano Santo Paulino como un regalo de graza e un estímulo para o noso vivir cristián. Un ano, que por suposto, non tivo a Paulo como destino, senón como medio para ir a Cristo, para coñecelo mellor e para facelo coñecer máis.

A Paixón de Paulo por Cristo zume-ga en tódalas súas cartas e nas referencias que os *Feitos dos Apóstolos* fan das súas tarefas e misións. Paixón por Cristo que vai xunguida ó desexo de que os homes o coñezan, o amen e se deixen salvar por El.

O “*¡Ay de min, se non evanxelizase!*” (1 Cor 9.16), expresa esta vocación e este anhelo que debemos compartir tódolos cristiáns, facendo da Evanxelización un empeño gozoso, cada un segundo os dons e as calidades que Deus lle dá.

E diso trátase, de evanxelizar, cando o Irmán Luís, monxe de Oseira, colle os pinceis e con acerto e amor de Deus representa o vivir de Paulo, non como se se tratase dun personaxe de novela ou dun heroe a historia, senón como Alguén que apaixonado por Cristo ten unha vida fecunda de graza e unhas palabras que transmiten luz e esperanza.

Parafraseando a poética palabra do profeta “*Que fermosos son sobre os mon-*

tes os pés do Mensaxeiro que anuncia a Paz” (Is. 52,5), poderíamos dicir, que fermosos son sobre o lenzo os pinceis do Irmán Luís que nos anuncian por Paulo a Cristo.

Celebro que Ourense teña como un dos seus dons máis preciosos unha Comunidade de contemplativos que, en Oseira, nos abren as portas e o corazón, e que entre os monxes cistercienses desta Casa, o Irmán Luís María nos evanxelice cos seus pinceis. Dou grazas a Deus e a esa querida comunidade por elo.

Ó escribir esta breves liñas de saúdo ó fronte deste “Catálogo Evanxelizador”, desexo e pido a Deus que lendo a vida de San Paulo na peculiar biografía que pintou o monxe-artista de Oseira, introdúzasenos un pouco máis dentro e nos faga senti-lo desexo de, como Paulo, facer da nosa vida un camiño de evanxelización a un mundo que sen Deus empobrécese e agós-tase.

Grazas, Irmán Luís, polas túas mans, os teus pinceis e o teu corazón.

Que o gozo de Cristo déixeno-la mellor herdanza deste Ano Paulino que quixemos vivir con xenerosa paixón

Bendivos de corazón,

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía en la Ordenación sacerdotal del Diácono Santiago Fernández Carballo.

Capilla del Seminario Mayor de Ourense. 20 de junio de 2009

Nos reunimos en esta mañana para participar gozosamente en la ordenación presbiteral de Santiago, diácono de nuestra Iglesia diocesana de Ourense, en este día en que celebramos la fiesta del Inmaculado Corazón de María.

Quisiera comenzar dirigiendo un saludo muy especial y agradecido, en particular, a la familia de Santiago. Gracias a vosotros, Santiago recibió el don de la fe en el seno de una familia cristiana; y, junto a vosotros, fue creciendo en ella y conformando progresivamente su vida como una respuesta libre a la voluntad y a la Palabra y Dios. Habéis sido el cauce querido por Dios para transmitirles a Santiago y a vuestra hija, innumerables gracias, empezando por el don de la vida y construyendo vuestro hogar como esa iglesia doméstica en la que resuena la Palabra, la llamada de Dios.

Es su Palabra, ahora proclamada, la que ha de ayudarnos a comprender el sentido de los misterios que estamos celebrando.

El texto del evangelio que hemos escuchado forma parte del llamado *Sermón de la Montaña* que señala algunos principios irrenunciables de la vida cristiana. El fragmento del evangelio de hoy constituye una página singularmente llena de vida que invita a una confiada serenidad: *los pájaros del cielo, los lirios y la hierba del campo...* dibujen para nosotros un horizonte pri-

maveral. Y en este contexto, Jesús nos propone una lección muy importante: detrás de los ritmos biológicos y de las maravillas de la creación se esconde la mano y el rostro de Dios. Pero Jesús revela a sus discípulos **la mayor ternura y cuidado de Dios cuando se trata del hombre**: “¿no valéis vosotros más que ellos? ¿no hará mucho más por vosotros?”. Jesús los quiere invitar a la confianza en Dios y en su providencia. Detrás de la historia personal de cada uno de nosotros, con sus ritmos y secuencias, se esconde y revela, a un mismo tiempo, la providencia de Dios.

La vocación, como llamada de Dios y respuesta libre del hombre, constituye un verdadero misterio de la providencia amorosa de Dios para con su Iglesia. Por eso, el ministerio sacerdotal que va a recibir Santiago en esta mañana sólo se puede entender como un **don** de Dios al servicio del sacerdocio común de los fieles para la santificación de su pueblo. Una vez más, experimentamos la **fidelidad de Dios**: “os daré pastores según mi corazón” (Jr 3,15), y la extraordinaria **generosidad de que es capaz el corazón humano** cuando se abre a Dios y responde a su llamada: “Aquí estoy”.

Santiago, en una **sociedad compleja**, marcada paradójicamente por un proceso de secularización y por un interés hacia lo religioso, en su pluralismo, Jesucristo va a hacerte partícipe de su consagración y de su misión

para que lleves a esta sociedad y a este mundo su mensaje de salvación. Como **portador de la misericordia de Dios**, has de vivir de tal manera que ofrezcas a esta humanidad un **horizonte de esperanza** y le muestres vitalmente la **legitimidad de una Palabra** que no es nuestra, sino de Dios.

Pero no olvides, como nos recordaba el apóstol Pablo en su segunda carta a los Corintios, que este ministerio se realiza en nuestra debilidad, pero **en la gracia de Dios**. Por eso, el ministerio sacerdotal, con sus fases y ritmos, procesos personales y momentos históricos y eclesiales cambiantes, hay que vivirlo siempre **desde la confianza gozosa y absoluta en Dios**. Una confianza existencial de la que nos ha hablado Jesús en el evangelio de hoy, y con la que el mismo Señor animó al apóstol san Pablo: *“te basta mi gracia”*. Esta confianza en Dios es el sentimiento fundamental que recorre las lecturas que acabamos de escuchar y es el sentimiento que se ha de imprimir en tu corazón, y del que has de vivir en todas las vicisitudes de la vida. Un sentimiento que no se confunde con un “sentimentalismo religioso”, sino que constituye una certeza de fe en Dios de quien procede nuestra salvación, nuestra fuerza y nuestra esperanza.

Hoy, querido Santiago, te ofreces libremente al Señor, te abandonas en sus manos, para ser constituido sacerdote de la Nueva Alianza, como respuesta personal a su llamada, discernida en la Iglesia. Por la imposición de mis manos y la oración consagratória recibirás el orden sacerdotal y con él la **gracia pro-**

pia de este sacramento y el don del **carácter sacerdotal**, como signo indeleble, imborrable y *distinctivum*, que hará de ti una **presencia sacramental de Cristo Cabeza, Pastor y Esposo**, que especificará y animará tu relación con la Iglesia: *en la Iglesia y al frente de la Iglesia*.

El sacramento que vas a recibir te sitúa, por tanto, querido Santiago, de un modo totalmente nuevo ante la comunidad cristiana y ante el mundo, como servidor de Cristo presente en la Iglesia misterio, comunión y misión, y un servidor del Evangelio para la esperanza del mundo.

El ministerio sacerdotal que se te va a confiar, como colaborador necesario del orden episcopal, lo has de ejercer siempre en **obediencia filial** a tu obispo, desde una **fraternidad apostólica** en el seno del presbiterio diocesano, y en **comunión** con todos fieles, pues el sacerdocio posee un carácter de comunión, del que ha hablado largamente el Concilio Vaticano II.

En el día de ayer, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, referente esencial para el ministerio sacerdotal, el Santo Padre, nuestro querido Papa, Benedicto XVI, inauguraba un Año Sacerdotal, con la finalidad de ayudar a toda la Iglesia **a redescubrir y a valorar el don precioso del sacerdocio ordenado** con el que Cristo ha querido edificar a su Iglesia.

Pero especialmente para todos nosotros, obispos y presbíteros -pastores de la Iglesia- este Año Sacerdotal quiere

ser como una **llamada singular a la santidad**, en la vivencia alegre y gozosa de aquellos somos: sacerdotes configurados con Cristo y partícipes de su consagración y misión.

El pasado domingo, en la celebración de la solemnidad del Corpus Christi, en nuestra Catedral, recordaba a todos los fieles la actualidad de un documento excepcional y de suma actualidad para la Iglesia: la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* del Siervo de Dios Juan Pablo II. En ella el Santo Padre urgía a toda la Iglesia a “**apostar por la caridad y por la santidad**”. Nada más urgente para todos, y nada más necesario para nuestro mundo, que la vida nueva en Cristo. Una vida de santidad en la caridad de Cristo que, para los sacerdotes posee una dimensión radical que afecta a la generosidad ilimitada del corazón. **El modo de amar de Jesucristo**, que da la vida por sus ovejas, se convierte singularmente para el sacerdote en la **medida de su caridad pastoral**. Santidad y ministerio que se unifican e identifican en el ejercicio de la caridad pastoral que transparente nuestra semejanza con Cristo.

Por eso os invito, hermanos sacerdotes, a acoger este año sacerdotal como un tiempo de gracia – como diría el apóstol Pablo- *para reaviviar el don que hay en vosotros*.

Y *reaviviar el don de Dios* es hacer **memoria agradecida** de la acción de Dios en nosotros y suplicarle la gracia de avivar este deseo de **respuesta decidida y generosa**. Por eso reavivir el don de Dios, el don del sacerdocio,

entraña, en primer lugar, reconocer la fidelidad de Dios a sus dones, e implica, en segundo lugar, –como os decía- **apostar por una santidad en el ministerio presbiteral** que exige –como reza la oración colecta de la ordenación de presbíteros- «a buscar con vuestra vida y ministerio la gloria de Dios en Cristo». Una gloria de Dios que es la manifestación de su presencia activa entre sus fieles. O como nos ha dicho Jesús en el evangelio de hoy: “*buscad el Reino de Dios y su justicia*”, buscad el reino de Dios y sus exigencias de santidad.

Para el presbítero, la búsqueda del Reino y de sus exigencias de santidad se manifiesta viviendo la caridad en la **forma pastoral**. Es decir, en la vivencia de una caridad que especifica vuestro hacer presente a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo; pues el ministerio ordenado tiene su fuente y modelo permanente en Cristo Cabeza, Pastor y Esposo, y se realiza, en comunión con el obispo, en el triple ministerio – *tria munera*- de la palabra, de la celebración sacramental y de la guía pastoral de los fieles y en una *forma eclesial* que es esencial al ministerio.

El sacerdote y toda la Iglesia –como señala el Papa, Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*- «no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede descuidar el servicio de los sacramentos y el anuncio del Evangelio»¹.

Pero en este camino de santidad en el ministerio sacerdotal, necesitamos de **modelos** que nos muestren -al estilo de

san Juan M^a Vianney, san Juan de Ávila y, como no, nuestro santo Patrón, san Martín de Tours- que «quien va hacia Dios no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos»². Porque no se puede servir a la humanidad, al hombre de hoy, a nuestra Iglesia y a nuestras comunidades, sin permanecer unidos a la fuente de todo sacerdocio, que es Cristo³.

Por eso, queridos hermanos sacerdotes, querido Santiago, que en breve vas a ser ordenado presbítero, os invito a reconsiderar vuestra oración, vuestra intimidad con Cristo; a **rea-
vivar también vuestra intimidad
personal con Jesucristo**, y no para alejaros de los hombres, sino como dice el Papa, para haceros realmente cercanos a ellos.

Como escribía Romano Guardini, en su obra *El Señor*, «la intimidad cristiana, no consiste en que el hombre se centre en su interior o se afane por preservar su propia identidad, es decir, se encierre en una profundidad espiritual o psicológica, sino en que se abra a Cristo que, con su venida al corazón del hombre, crea la propia identidad. La presencia de Cristo en el hombre es la auténtica identidad cristiana, que depende absolutamente de Cristo y, sin él se desvanece»⁴. Sólo apoyados en la experiencia personal del amor de Dios en Cristo, podremos «encontrar el modo apropiado para llegar al corazón del hombre y la mujer de hoy. En cada instante, el Señor, con la fuerza de su Espíritu, nos da la capacidad de amar y de inventar formas más justas y hermosas de amar»⁵.

Vorrei salutare specialmente i fedeli della parrocchia Madonna del Rosario di Milano, accompagnati dal suo parroco, Don Giuseppe, che durante questo anno hanno accolto tra di loro il nostro caro diacono Santiago. Vorrei in primo luogo ringraziare la testimonianza di fede che avete condiviso con Lui e il vostro accompagnamento nel suo cammino verso il sacerdozio. La vostra presenza tra di noi ci ricorda il mistero di comunione che è la Chiesa, e ci permette di condividere veramente la speranza di essere Chiesa.

Queridos hermanos todos que hoy nos acompañáis en esta celebración, especialmente significativa para nuestra diócesis de Ourense, acompañadnos con vuestra oración. En primer lugar a mí, como Obispo de esta Iglesia diocesana, llamado por el Señor a transmitir por mi Palabra una esperanza que no proviene de nosotros, sino del Espíritu Santo. Acompañad con vuestra oración y vuestro afecto a nuestros sacerdotes en su difícil, pero incomparablemente hermosa misión de vivir en medio del pueblo cristiano la caridad de Cristo Pastor. Orad por las vocaciones y por este Seminario para que la Palabra del Divino Maestro cale hondamente en el corazón de estos seminaristas y de los jóvenes de nuestra diócesis.

Que el Año sacerdotal sea verdaderamente un don de Dios en el seno de nuestra Iglesia diocesana.

Hermanos sacerdotes, miremos siempre con amor filial al Corazón Inmaculado y virginal de la Santísima Virgen María y encomendémosle

nuestra vida y misión sacerdotal, para nuestro sacrificio agradable a Dios, sea como el suyo, la **fidelidad a un Sí dado para siempre**. Amén.

NOTAS:

- 1 DCE 22.
- 2 DCE 42.
- 3 Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologicae*, III, q.22, a.4, c.
- 4 Cf. GUARDINI, R., *El Señor*, 572-573.
- 5 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*, 73

Homilía na Ordenación sacerdotal do Diácono Santiago Fernández Carballo

Igrexa do Seminario Maior de Ourense, 20 de xuño de 2009

Reunímonos nesta mañá para participar gozosamente na ordenación presbiteral de Santiago, diácono da nosa Igrexa diocesana de Ourense, neste día en que celebrámo-la festa do Inmaculado Corazón de María.

Quixese comezar dirixindo un saúdo moi especial e agradecido, en particular, á familia de Santiago. Grazas a vós, Santiago recibiu o don da fe no seo dunha familia cristiá; e xunto a vós foi medrando nela e conformando progresivamente a súa vida como unha resposta libre á vontade e á Palabra de Deus. Fostes o vreiro querido por Deus para lle transmitir a Santiago e á vosa filla, innumerables grazas, empezando polo don da vida e construíndo o voso fogar como esa igrexa doméstica na que resoa a Palabra, a chamada de Deus.

É a súa Palabra agora proclamada a que nos ten que axudar a comprenderlo sentido dos misterios que estamos celebrando.

O texto do evanxeo que escoitamos forma parte do chamado *Sermón da Montaña* que sinala algúns principios irrenunciabes da vida cristiá. O fragmento do evanxeo de hoxe constitúe unha páxina singularmente chea de vida que convida a unha confiada serenidade: *os paxaros do ceo, os lirios e a herba do campo*,... debuxan para nós un horizonte primaveral. E neste contexto, Xesús proponnos unha lección moi importante: detrás dos ritmos biolóxicos e das marabilla da creación agóchase a man e o rostro de Deus. Pero Xesús revela ós seus discípulos **a maior tenrura e coidado de Deus cando se trata do home**: “*¿non valedes vós máis que eles? ¿non fará moito máis por vós?*”. Xesús quereos convidar á confianza en Deus, na súa providencia. Detrás da historia persoal de cada un de nós, cos seus ritmos e secuencias, agóchase e revelase, a un mesmo tempo, a providencia de Deus.

A vocación, como chamada de Deus e resposta libre do home, constitúe un

verdadeiro misterio da providencia amorosa de Deus para coa súa Igrexa. Por iso, o ministerio sacerdotal que vai recibir Santiago nesta mañá só se pode entender como un **don** de Deus ó servizo do sacerdocio común dos fieis para a santificación do seu pobo. Unha vez máis, experimentámo-la **fidelidade de Deus**: “*dareivos pastores segundo o meu corazón*” (Ir 3,15), e a extraordinaria **xenerosidade de que é capaz o corazón humano** cando se abre a Deus e responde á súa chamada: “*Aquí estou*”.

Santiago, nunha **sociedade complexa**, marcada paradóxicamente por un proceso de secularización e por un interese cara o relixioso, no seu pluralismo, Xesus Cristo vai te facer partícipe da súa consagración e da súa misión para que levas a esta sociedade e a este mundo a súa mensaxe de salvación. Como **portador da misericordia de Deus**, tes que vivir de tal maneira que ofrezas a esta humanidade un **horizonte de esperanza** e amóseslles vitalmente a **lexitimidade dunha Palabra** que non é a nosa, senón de Deus.

Pero non esquezas, como nos lembraba o apóstolo Paulo na súa *segunda carta ós Corintios*, que este ministerio realízase na nosa debilidade, pero **na graza de Deus**. Por iso o ministerio sacerdotal, coas súas fases e ritmos, procesos persoais e momentos históricos e eclesiais cambiantes, hai que vivilo sempre **dende a confianza gozosa e absoluta en Deus**. Unha confianza existencial da que nos falou Xesús no evanxeo de hoxe, e coa que o mesmo Señor animou ó apóstolo san Paulo: “*abóndache a miña graza*”. Esta

confianza en Deus é o sentimento fundamental que percorre as lecturas que vimos de escoitar e é o sentimento que se ten que imprimir no teu corazón, e do que tes que vivir en tódalas vicisitudes da vida. Un sentimento que non se confunde cun “sentimentalismo relixioso”, senón que constitúe unha certeza de fe en Deus de quen procede a nosa salvación, a nosa forza e a nosa esperanza.

Hoxe, querido Santiago, ofréceste libremente ó Señor, abandonaste nas súas mans, para ser constituído sacerdote da Nova Alianza, como resposta persoal á súa chamada, discernida na Igrexa. Pola imposición das miñas mans e a oración consecratoria recibir-lo Orde sacerdotal e con el a **graza propia deste sacramento** e o don do **carácter sacerdotal**, como signo indeleble, imborrable e *distinctivum*, que fará de ti unha **presenza sacramental de Cristo Cabeza, Pastor e Esposo**, que especificará e animará a túa relación coa Igrexa: **na Igrexa e ó fronte da Igrexa**.

O sacramento que vas recibir sitúate, por tanto, querido Santiago, dun modo totalmente novo ante a comunidade cristiá e ante o mundo, como servidor de Cristo presente na Igrexa misterio, comunión e misión, e un servidor do Evanxeo para a esperanza do mundo.

O ministerio sacerdotal que se che vai confiar, como colaborador necesario do orde episcopal, halo de exercer sempre en **obediencia filial** ó teu bispo, dende unha **fraternidade apostó-**

lica no seo do presbiterio diocesano, e en **comunión** con tódolos fieis, pois o sacerdocio posúe un carácter de comunión, do que falou longamente o Concilio Vaticano II.

No día de onte, solemnidade do Sagrado Corazón de Xesús, referente esencial para o ministerio sacerdotal, o Santo Pai, o noso querido Papa, Benedicto XVI, inauguraba un Ano Sacerdotal, coa finalidade de axudar a toda a Igrexa a **redescubrir e a valora-lo don precioso do sacerdocio ordenado** co que Cristo quixo edificar á súa Igrexa.

Pero especialmente para todos nós, bispos e presbíteros -pastores da Igrexa- este Ano Sacerdotal quere ser como unha **chamada singular á santidad**, na vivencia leda e gozosa daquelo que somos: sacerdotes configurados con Cristo e partícipes da súa consagración e misión.

O pasado domingo, na celebración da solemnidade do Corpus Christi, na nosa Catedral lembraba a tódolos fieis a actualidade dun documento excepcional e de suma actualidade para a Igrexa: a carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* do Servo de Deus, Xoán Paulo II. Nela o Santo Pai urxía a toda a Igrexa a **“apostar pola caridade e pola santidad”**. Nada máis urxente para todos, e nada máis necesario para o noso mundo, que a vida nova en Cristo. Unha vida de santidad na caridade de Cristo que, para os sacerdotes posúe unha dimensión radical que afecta á xenerosidade ilimitada do corazón. **O modo de amar de Xesucristo**, que dá a vida polas súas ove-

llas, convértese singularmente para o sacerdote na **medida da súa caridade pastoral**. Santidade e ministerio que se unifican e identifican no exercicio da caridade pastoral que transparente a nosa semellanza con Cristo.

Por iso convidovos, irmáns sacerdotes, a acoller este ano sacerdotal como un tempo de graza - como diría o apóstolo Paulo- *para reaviva-lo don que hai en vós*.

E *reaviva-lo don de Deus* é facer **memoria agradecida** da acción de Deus en nós e suplicárlle-la graza de avivar este desexo de **respuesta decidida e xenerosa**. Por iso reaviva-lo don de Deus, o don do sacerdocio, entraña, en primeiro lugar, reconece-la fidelidade de Deus ós seus dons, e implica, en segundo lugar, -como vos dicía- **apostar por unha santidad no ministerio presbiteral** que esixe -como reza a oración colecta da ordenación de presbíteros- «a buscar coa vosa vida e ministerio a gloria de Deus en Cristo». Unha gloria de Deus que é a manifestación da súa presenza activa entre os seus fieis. Ou como nos dixo Xesús no evanxeo de hoxe: *“buscade o Reino de Deus e a súa xustiza”*, buscade o reino de Deus e as súas esixencias de santidad.

Para o presbítero a busca do Reino e das súas esixencias de santidad maniféstase vivindo a caridade na **forma pastoral**. É dicir, na vivencia dunha caridade que especifica o voso facer presente a Cristo Cabeza, Pastor e Esposo; pois o ministerio ordenado ten a súa fonte e modelo permanente en Cristo Cabeza, Pastor e Esposo, e rea-

lízase, en comunión co bispo, no triplo ministerio - *tria munera*- da palabra, da celebración sacramental e a guía pastoral dos fieis e nunha *forma eclesial* que é esencial ó ministerio.

O sacerdote e toda a Igrexa -como sinala o Papa, Benedicto XVI, na súa encíclica *Deus caritas est*- «non pode descoida-lo servizo da caridade, como non pode descoida-lo servizo dos sacramentos e o anuncio do Evanxeo»¹.

Pero neste camiño de santidad no ministerio sacerdotal, precisamos de **modelos** que nos amosen -ó estilo de san Xoán M^a Vianney, san Xoán de Ávila e, como non, o noso santo Patrón, san Martiño de Tours- que «quen vai cara Deus non se afasta dos homes, senón que se fai realmente próximo a eles»². Porque non se pode servir á humanidade, ó home de hoxe, á nosa Igrexa e ás nosas comunidades, sen permanecer unidos á fonte de todo sacerdocio, que é Cristo³.

Por iso, queridos irmáns sacerdotes, querido Santiago, que en breve vas ser ordenado presbítero, convidovos a reconsiderar a vosa oración, a vosa intimidade con Cristo; a **reavivar tamén a vosa intimidade persoal con Xesus-cristo**, e non para vos afastar dos homes, senón como di o Papa, para vos facer realmente próximos a eles.

Como escribía Romano Guardini, na súa obra *O Señor*, «a intimidade cristiá, non consiste en que o home se centre no seu interior ou se afane por preservar-la súa propia identidade, é dicir, péchese nunha profundidade espiritual

ou psicolóxica, senón en que se abra a Cristo que, coa súa vinda ó corazón do home, crea a propia identidade. A presenza de Cristo no home é a auténtica identidade cristiá, que depende absolutamente de Cristo e, sen el, esvaécese»⁴. Só apoiados na experiencia persoal do amor de Deus en Cristo poderemos «atopa-lo modo apropiado para chegar ó corazón do home e da muller de hoxe. En cada intre o Señor, coa forza do seu Espírito, dánola capacidade de amar e de inventar formas máis xustas e fermosas de amar»⁵.

Vorrei salutare specialmente i fedeli della parrocchia Madonna del Rosario di Milano, accompagnati dal suo parroco, Don Giuseppe, che durante questo anno hanno accolto tra di loro il nostro caro diacono Santiago. Vorrei in primo luogo ringraziare la testimonianza di fede che avete condiviso con Lui e il vostro accompagnamento nel suo cammino verso il sacerdozio. La vostra presenza tra di noi ci ricorda il mistero di comunione che è la Chiesa, e ci permette di condividere veramente la speranza di essere Chiesa.

Queridos irmáns tódolos que hoxe nos acompañades nesta celebración especialmente significativa para a nosa diocese de Ourense, acompañádenos coa vosa oración. En primeiro lugar a min, como Bispo desta Igrexa diocesana, chamado polo Señor a vos transmitir pola miña Palabra unha esperanza que non provén de nós, senón do Espírito Santo. Acompañade coa vosa oración e o voso afecto ós nosos sacerdotes na súa difícil, pero incomparablemente fermosa, misión de vivir en medio do pobo cristián a caridade de Cristo Pastor. Orade polas

vocacións e por este Seminario para que a Palabra do Divino Mestre cale profundamente no corazón destes seminaristas e dos mozos da nosa diocese.

Que o Ano sacerdotal sexa verdadeiramente un don de Deus no seo da nosa Igrexa diocesana.

Irmáns sacerdotes, ollemos sempre con amor filial ó Corazón Inmaculado e virxinal da Santísima Virxe María e encomendémoslle-la nosa vida e misión sacerdotal, para que o noso sacrificio agradable a Deus, sexa como o seu, a **fidelidade a un Si dado para sempre**. Amén.

NOTAS:

- 1 DCE 22.
- 2 DCE 42.
- 3 Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologicae*, III, q.22, a.4, c.
- 4 Cf. GUARDINI, R., *El Señor*, 572-573.
- 5 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*, 73.

Homilía en la Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento

Fiesta del Corpus en Lugo 2009

LA EUCARISTÍA Y LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Queridos hermanos y hermanas: un año más la Fiesta del Santísimo Sacramento nos congrega en esta Catedral de la Adoración perpetua al Señor Sacramentado para renovar la inmemorial consagración de Galicia a Jesucristo presente en la Eucaristía.

El Excelentísimo Señor Oferente ha presentado al Señor Sacramentado los sentimientos e inquietudes, las esperanzas y las súplicas de nuestra querida ciudad de Ourense. A ellas se unen las de todos los hombres y mujeres de esta tierra gallega que educados en la fe de nuestros antepasados elevan sus miradas confiadas a la Eucaristía.

Como ha enseñado el Concilio Vaticano II, la Eucaristía es la fuente y el culmen de la vida cristiana. Así la vivió siempre la Iglesia desde sus comienzos y en su peregrinar a través de los siglos hasta los confines de la tierra.

Hasta el “finis terrae” de la Gallaecia romana llegaron también un día bendecido los que en nombre de Jesucristo nos legaron la semilla del Evangelio. Ésta fue creciendo fuerte y vigorosa hasta configurar de tal manera nuestra forma de entender el mundo y la historia que sus huellas serán para siempre imborrables. También la singular configuración territorial de la Galicia actual, tan nuestra y tan diferente, sería incomprensible si prescindimos del

concepto de parroquia y de sus tiempos sociales. De esto tenemos clara memoria asentada, como sabiamente dejó escrito Vicente Risco en *Idades da vida. Festas do Ano*.

El alma de todo este mundo cristiano la constituía la celebración de la Eucaristía en las comunidades dispersas. En ellas, se congregaban las asambleas para celebrar algo único y definitivo: la perenne presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo. Un pueblo de Dios que sigue caminando hoy entre nosotros, alimentándose en la Eucaristía, la cual continúa siendo la fuente de la fe de nuestros fieles y la referencia imprescindible de nuestras parroquias.

No se entiende la existencia del pueblo cristiano sin la celebración de la Eucaristía que la constituye y la alimenta.

El Evangelio de S. Marcos nos recuerda el momento decisivo de la vida de Jesús en que, cenando con sus discípulos, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Y tomando la copa, se la dio diciendo: “Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”.

Esto mismo es lo que hace todo sacerdote en nombre de Cristo cuando preside la asamblea eucarística de los fieles cristianos. De modo que sólo

podemos hablar de asamblea cristiana cuando es presidida misteriosa y sacramentalmente por el mismo Jesucristo.

La Palabra de Dios que ha sido proclamada en esta celebración insiste en todas sus lecturas en la realidad de dos testamentos en la historia del pueblo de Dios. El mediador de la antigua alianza es el gran Moisés que logró que todo el pueblo contestase a una: “Haremos todo lo que dice el Señor y lo obedeceremos”. Para después, él mismo, rociar al pueblo con la sangre, diciendo: “Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros”.

La *carta a los Hebreos* nos explica la grandeza del sacerdocio de Jesucristo y la novedad de la alianza, de la cual es Él el definitivo mediador, por comparación con la antigua: “Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna (Heb.4,5 ss). Por esta razón, es mediador de una alianza nueva.

En una de la catequesis sobre S. Pablo del Santo Padre, Benedicto XVI de este año jubilar paulino, refiriéndose a la sangre de animales de la antigua alianza, dice: “La sangre de los animales sólo podía ser expresión de un deseo, espera del verdadero sacrificio, del verdadero culto. Con el don de su sangre el Señor nos da el verdadero sacrificio. El único sacrificio verdadero es el amor del Hijo. Con el don de este amor, un amor eterno, el mundo entra

en la nueva alianza. Celebrar la Eucaristía significa que Cristo se nos da a sí mismo, nos da su amor, para conformarnos a sí mismo y crear así el mundo nuevo”.

He ahí la tarea de los creyentes en Cristo: conformarnos con él y crear de este modo un mundo nuevo. Un mundo cuya ley esencial es el amor. Y la plenitud de este amor se reveló en el sacrificio de la cruz. En efecto: “Nadie tiene mayor amor que el da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Ésta es la medida del amor de Dios. Ésta es la medida de la misericordia de Dios.

Cuando somos conscientes de la medida del amor de Dios, nos damos cuenta de que la invitación de Cristo a amar a los demás, como él nos ha amado a nosotros, nos propone a todos esta misma medida. Es entonces cuando nos damos cuenta de que Dios, concediéndonos su misericordia, espera que seamos testigos de la misericordia en el mundo de hoy.

El siervo de Dios, Juan Pablo II, en su último viaje a Polonia, en el año dos mil dos, nos dejó casi como en forma de testamento una vibrante invitación a testimoniar la misericordia en el mundo de hoy. Es ésta una buena ocasión para recordar aquella inolvidable invitación y proponerla a todo nuestro pueblo cristiano como la más hermosa y urgente misión.

Recordaba entonces el Papa, Juan Pablo II, cómo la Iglesia, inspirándose en el misterio de la cruz y de la resurrección, predica desde el comienzo de

su existencia la misericordia de Dios. Sin embargo, añadía, parece que hoy en particular es llamada a anunciar al mundo este mensaje.

Como entonces el Papa, Juan Pablo II, también nosotros hoy somos conscientes de que ante la humanidad se abren nuevas perspectivas de desarrollo y, al mismo tiempo, peligros hasta ahora inéditos. Por encima de todo ha de preocuparnos el que el hombre se arroge el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana y el que en nuestra sociedad sean cada vez mayores los peligros que atentan abiertamente contra la familia.

En esta situación de nuestro pueblo, la Iglesia no puede dejar que se apague la luz del Evangelio. Es preciso hacer que el mensaje del amor misericordioso resuene con nuevo vigor. Nuestro mundo necesita el anuncio del amor de Dios. Es necesario difundir el mensaje de Cristo a todos, especialmente a aquéllos que intentan silenciar la voz de Dios en el corazón de los hombres. “Ha llegado la hora”, decía entonces Juan Pablo II, “en la que el mensaje de la misericordia divina derrame en los corazones la esperanza y se transforme en chispa de nueva civilización: la civilización del amor”.

La Iglesia desea anunciar hoy este mensaje, no sólo con palabras creíbles, sino también con la práctica solícita de la misericordia.

El momento presente de nuestra sociedad, herida por una misteriosa crisis que está golpeando con dureza a

tantos hermanos nuestros, es un tiempo que no admite excusas. La Iglesia en nuestra tierra tiene que examinarse del amor, ha de preguntarse si es la práctica solícita de la misericordia la que guía sus pasos, ha de meditar si es el ejemplo del buen samaritano un espejo en el que se siente reflejada. Hay muchas heridas sangrantes en nuestros hermanos que necesitan urgentemente ser atendidas y no hay tiempo que perder en sofisticadas y deletéreas elucubraciones metodológicas. Hace falta esa mirada de amor para darnos cuenta de que el hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos, experimenta un sentimiento de abandono, extravío y desconfianza. Hace falta la creatividad de la caridad para ayudar a un niño no atendido material y espiritualmente; para no volver la espalda a los jóvenes arrastrados por el mundo de las más dispares dependencias; para dar consejo, consuelo y ayuda espiritual y moral a quien emprende una lucha interior contra el mal. Que no falte jamás la caridad cuando una persona necesitada suplique: “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Que, gracias al amor fraterno, no falte nunca este pan.

Por desgracia, hay muchas personas en nuestra tierra a las que ya les falta el pan de cada día. Pero son muchas más las que están viendo estrecharse el horizonte de sus expectativas más elementales. Estoy pensando en nuestros hombres del campo y de la mar, en tantos obreros que han per-

dido su trabajo y en esa multitud de nuestros pequeños empresarios que ven naufragar sus proyectos en la impotencia.

La civilización del amor no sólo hace real la ayuda al hermano necesitado, sino que articula una manera de entender la vida en la que son posibles los proyectos que todos anhelamos y el mundo de hoy necesita. El hombre unidimensional no sólo destruye la dignidad de la persona humana, sino que hace inviable el proyecto de una sociedad abierta y creativa.

Hoy te pedimos, Señor Sacramentado, que abras nuestros corazones a la fuerza de tu Espíritu para que sepamos poner lo mejor de nosotros mismos en la gran tarea de instaurar en nuestra tierra gallega la civilización del amor.

Nos unimos, Excelentísimo Sr. Oferente, a sus súplicas y deseos. Pido para Ud. y para su familia, así como para todos sus colaboradores, una abundante bendición del Santísimo Sacramento.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

**Homilía na Ofrenda do Antigo Reino de Galicia
ao Santísimo Sacramento**
Festa do Corpus en Lugo 2009

A EUCARISTÍA E A CIVILIZACIÓN DO AMOR.

Benqueridos irmáns e irmás: un ano máis a Festa do Santísimo Sacramento congréganos nesta Catedral da Adoración perpetua ó Señor Sacramentado para renovar-la inmemorial consagración de Galicia a Xesucristo presente na Eucaristía.

O Excelentísimo Señor Oferente presentou ó Señor Sacramentado os sentimentos e inquietudes, as esperanzas e as súplicas da nosa querida cidade de Ourense. A elas únense as de tódolos homes e mulleres desta terra galega que educados na fe dos nosos antepasados elevan as súas miradas confiadas á Eucaristía.

Como ensinou o Concilio Vaticano II, a Eucaristía é a fonte e o cumio da

vida cristiá. Así a viviu sempre a Igrexa desde os seus comezos e no seu peregrinar a través dos séculos ata os confíns da terra.

Ata o “finis terrae” da Gallaecia romana chegaron tamén un día bendicido os que no nome de Xesucristo nos legaron a semente do Evanxeo. Esta foi medrando forte e vigorosa ata configurar de tal maneira a nosa forma de entender o mundo e a historia que as súas pegadas serán para sempre imborrables. Tamén a singular configuración territorial da Galicia actual, tan nosa e tan diferente, sería incomprendible se prescindimos do concepto de parroquia e dos seus tempos sociais. Disto

temos clara memoria asentada, como sabiamente deixou escrito Vicente Risco en *Idades da vida. Festas do Ano*.

A alma de todo este mundo cristián constituíaa a celebración da Eucaristía nas comunidades dispersas. Nelas congregábanse as asembleas para celebrar algo único e definitivo: a perenne presenza eucarística do Señor no medio do seu pobo. Un pobo de Deus que segue camiñando hoxe entre nós, alimentándose na Eucaristía, a cal continúa sendo a fonte da fe dos nosos fieis e a referencia imprescindible das nosas parroquias.

Non se entende a existencia do pobo cristián sen a celebración da Eucaristía que a constitúe e a alimenta.

O Evanxeo de S. Marcos lémbra-nolo momento decisivo da vida de Xesús no que, ceando cos seus discípulos, tomou un pan, pronunciou a bendición, partiuno e déullelo, dicindo: “Tómame, isto é o meu corpo”. E tomando a copa, déullela dicindo: “Este é o meu sangue, sangue da alianza, derramada por todos”.

Isto mesmo é o que fai todo sacerdote no nome de Cristo cando preside a asemblea eucarística dos fieis cristiáns. De modo que só podemos falar de asemblea cristiá cando é presidida misteriosa e sacramentalmente polo mesmo Xesucristo.

A Palavra de Deus que foi proclamada nesta celebración insiste en tódalas súas lecturas na realidade de dous testamentos na historia do pobo de Deus.

O mediador da antiga alianza é o gran Moisés que logrou que todo o pobo contestase a unha: “Faremos todo o que di o Señor e obedecerémolo”. Para despois, el mesmo, asperxer ó pobo co sangue, dicindo: “Este é o sangue da alianza que fai o Señor convosco”.

A *carta ós Hebreos* explícano-la grandeza do sacerdocio de Xesucristo e a novidade da alianza, da cal é El o definitivo mediador, por comparación coa antiga: “Cristo veu como sumo sacerdote dos bens definitivos. Non usa sangue de machos cabríos nin de becerros, senón a súa propia; e así entrou no santuario unha vez para sempre, conseguindo a liberación eterna” (Heb.4, 5 ss). Por esta razón, é mediador dunha alianza nova.

Nunha das catequeses sobre S. Paulo do Santo Pai, Benedicto XVI, deste Ano Xubilar Paulino, referíndose ó sangue de animais da antiga alianza, di: “O sangue dos animais só podía ser expresión dun desexo, espera do verdadeiro sacrificio, do verdadeiro culto. Co don do seu sangue o Señor dáno-lo verdadeiro sacrificio. O único sacrificio verdadeiro é o amor do Fillo. Co don deste amor, un amor eterno, o mundo entra na nova alianza. Celebra-la Eucaristía significa que Cristo se nos da a si mesmo, dáno-lo seu amor, para conformarnos a si mesmo e crear así o mundo novo”.

Aquí está a tarefa dos crentes en Cristo: conformarnos con El e crear deste modo un mundo novo. Un mundo no que a lei esencial é o amor. E a plenitude deste amor revelouse no sa-

crificio da cruz. En efecto: “Ninguén ten maior amor que o dá a vida polos seus amigos” (Jn 15, 13). Esta é a medida do amor de Deus. Esta é a medida da misericordia de Deus.

Cando somos conscientes da medida do amor de Deus, dámonos conta de que a invitación de Cristo a amar ós demais, como el nos amou a nós, está a propoñernos a todos esta mesma medida. É entón cando nos damos conta de que Deus, concedéndonos a súa misericordia, espera que sexamos testemuñas da misericordia no mundo de hoxe.

O servo de Deus, Xoán Paulo II, na súa última viaxe a Polonia, no ano dous mil dous, deixounos case como en forma de testamento unha vibrante invitación a testemuña-la misericordia no mundo de hoxe. É esta unha boa ocasión para lembrar aquela inesquecible invitación e propoñela a todo o noso pobo cristián como a máis fermosa e urxente misión.

Lembraba entón a Papa Xoán Paulo II como a Igrexa, inspirándose no misterio da cruz e da resurrección, predica, desde o comezo da súa existencia, a misericordia de Deus. Sen embargo, engadía, parece que hoxe en particular é chamada a anunciar ó mundo esta mensaxe.

Como entón a Papa, Xoán Paulo II, tamén nós hoxe somos conscientes de que perante a humanidade ábrese novas perspectivas de desenvolvemento e, ó mesmo tempo, perigos ata agora inéditos. Por riba de todo ten que

preocuparnos o que o home se arrogue o dereito do Creador de interferir no misterio da vida humana e o que na nosa sociedade sexan cada vez maiores os perigos que atentan abertamente contra a familia.

Nesta situación do noso pobo, a Igrexa non pode deixar que se apague a luz do Evanxeo. É preciso facer que a mensaxe do amor misericordioso resoe con novo vigor. O noso mundo necesita o anuncio do amor de Deus. É necesario difundir-la mensaxe de Cristo a todos, especialmente a aqueles que intentan silenciar-la voz de Deus no corazón dos homes. “Chegou a hora”, dicía entón Xoán Paulo II, “na que a mensaxe da misericordia divina derrame nos corazóns a esperanza e se transforme en chispa da nova civilización: a civilización do amor”.

A Igrexa desexa anunciar hoxe esta mensaxe, non só con palabras cribles, senón tamén coa práctica solícita da misericordia.

O momento presente da nosa sociedade, ferida por unha misteriosa crise que está golpeando con dureza a tantos irmáns nosos, é un tempo que non admite escusas. A Igrexa na nosa terra ten que examinarse do amor, ten que preguntarse se é a práctica solícita da misericordia a que guía os seus pasos, ten que meditar se é o exemplo do bo samaritano un espello no que se sente reflectida. Hai moitas feridas sangrantes nos nosos irmáns que necesitan con urxencia ser atendidas e non hai tempo que perder en sofisticadas e deletéreas elucubracións metodolóxicas. Fai falta

esa mirada de amor para darnos conta de que o irmán que está á nosa beira, coa perda do seu traballo, da súa casa, da posibilidade de manter dignamente á súa familia e de dar instrución ós seus fillos, experimenta un sentimento de abandono, extravío e desconfianza. É necesaria a creatividade da caridade para axudar a un neno non atendido material e espiritualmente; para non poñerse de costas ós mozos arrastrados polo mundo nas máis dispares dependencias; para dar consello, consolo e axuda espiritual e moral a quen emprende unha loita interior contra o mal. Que non falte xamais a caridade cando unha persoa necesitada supliques: “Dáanos hoxe o noso pan de cada día”. Que, grazas ó amor fraterno, non falte nunca este pan.

Por desgraza, hai moitas persoas na nosa terra ás que xa lles falta o pan de cada día. Pero son moitas máis as que están vendo estreitarse o horizonte das súas expectativas máis elementais. Estou pensando nos nosos homes do campo e da mar, en tantos obreiros que perderon o seu traballo e nesa multitude dos nosos pequenos empresarios

que ven naufraga-los seus proxectos na impotencia.

A civilización do amor non só fai real a axuda ao irmán necesitado, senón que articula unha maneira de entender a vida na que son posibles os proxectos que todos anhelamos e o mundo de hoxe necesita. O home unidimensional non só destrúe a dignidade da persoa humana, senón que fai inviable o proxecto dunha sociedade aberta e creativa.

Hoxe pedímosche, Señor Sacramento, que abra-los nosos corazóns á forza do teu Espírito para que saibamos poñer-lo mellor de nós mesmos na gran tarefa de instaurar na nosa terra galega a civilización do amor.

Unímonos, Excelentísimo Sr. Ofendente, ás súas súplicas e desexos. Pido para vostede e para a súa familia, así como para tódolos seus colaboradores, unha abundante bendición do Santísimo Sacramento.

Luís Quinteiro Fiúza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

MAYO

Día 25: Asiste a la Inauguración de los Actos para esta semana con motivo de los setenta y cinco años del Colegio de las Siervas de San José en Ourense.

Día 26: Preside la Celebración Eucarística de Clausura de curso de la Escuela de Liturgia en la iglesia de Santa María Madre.

Día 27: Preside la Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor.

Día 28: Bendice el local de la nueva sede de la Asociación de Amas de casa "Montealegre".

Bendice el mural escultórico de la Virgen en la entrada del Colegio de los Maristas en la Clausura de los Actos Conmemorativos con motivo de los cien años en Ourense.

Día 29: Reunión con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Preside la Celebración Eucarística de Acción de Gracias en la Capilla del Colegio de las Siervas de San José con motivo de los setenta y cinco años en Ourense.

Día 30: Preside la Reunión final y de convivencia de los Grupos Bíblicos de la Diócesis en los Milagros.

Preside la Celebración Eucarística con motivo de la Clausura de la II Olimpiada Deportivo-Cultural CODIMA 2009 en el Pabellón Paco Paz de Ourense.

Asiste a la Vigilia de Pentecostés en la S. I. Catedral.

Día 31: Preside la Misa Pontifical de Pentecostés en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Asiste a la fiesta de la Familia en el Seminario Menor.

Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Pablo de Quintela de Leirado con motivo de la Peregrinación de los Cursillistas de Cristiandad en este Año Paulino.

MAYO

Día 1: Preside la Celebración Eucarística de Exequias del P. José Pérez Rodríguez, Religioso Cisterciense, en la iglesia del Monasterio de Santa María de Oseira.

- Día 4: Clausura en Ribadavia el curso de Formación Permanente de Laicos.
- Día 5: Preside la comida de homenaje a los antiguos Delegados de Enseñanza D. Benito y D. Cesáreo.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística en la que administra el sacramento de la Confirmación a varios jóvenes en el Seminario Menor.
Preside la Celebración Eucarística de Acción de Gracias en la Parroquia de San Martín de Sagra con motivo de la restauración del retablo.
- Día 7: Preside la Procesión y Celebración Eucarística en la Parroquia de la Santísima Trinidad con motivo de la Clausura de la Novena del Corazón Eucarístico de Jesús.
- Día 10: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Mamed de Forcas con motivo del aniversario del Instituto de los Hermanos Misioneros de los Enfermos Pobres, cuyo Fundador el Rvdo. Hno. Antonio Jácome Pumar es nativo de esta Parroquia.
- Día 11: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 13: Saluda a los participantes del Curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Salón Mundo Novo en la última reunión de Clausura.
Preside la Reunión de Directores de los Centros de Colegios Confesionales en la Casa de Ejercicios.
Preside la Celebración Eucarística de Exequias del Rvdo. Efrén Lorenzo Vázquez en la iglesia parroquial de San Miguel do Campo.
Preside la Celebración Eucarística de Acción de Gracias con motivo de la clausura de curso de los ENS en la capilla del colegio de las Franciscanas.
- Día 14: Misa Pontifical en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours y Procesión Eucarística en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.
- Día 15: Asiste a la presentación del libro “Las figuras cambiantes de Jesús en la literatura cristiana antigua” del Rvdo. Francisco José Prieto en el Liceo de Ourense.
- Día 16: Asiste al Homenaje que el Ayuntamiento de Ourense y el Palacio de Justicia tributan a Sor Carmen Riaño Quintela, Religiosa Adoratriz del Santísimo Sacramento y de la Caridad por sus nueve años en esta Diócesis dedicados en la Casa de Acogida a la atención de las mujeres víctimas de la violencia de género.

- Día 18: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.
- Día 19: Preside la Reunión del Patronato de la Fundación de Santa María Nai en el Obispado.
Entrega los Premios del Concurso para niños de la catequesis de la revista *Comunidade* a varios niños en el Obispado.
- Día 20: Sagrada Ordenación de un Presbítero en la iglesia del Seminario Mayor.
- Día 21: Preside la Solemne Concelebración Eucarística en la Octava del Corpus de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago en la Catedral de Lugo, con motivo de la trescientas cuarenta Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento.
- Días 22 al 25: Peregrina al Santuario de Lourdes con otros diocesanos organizados por la Hospitalidad de Lourdes.
- Días 26 y 27: Confirmaciones en Londres.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 1 de junio de 2009, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. D. José Iglesias Iglesias**, prolongando seis años su nombramiento como párroco de Santa Eufemia la Real del Norte - Santo Domingo, en el arciprestazgo de Ourense-Este; y del **Rvdo. D. Celso Rodríguez Lourido**, prolongando seis años su nombramiento como párroco de San Francisco de Regis y Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en el arciprestazgo de Ourense-Oeste.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. Efrén Lorenzo Vázquez**. Fallecido el día 12 de junio de 2009 a los 89 años de edad. Había nacido el 1 de abril de 1920 en Nogueira de Ramuín. Fue ordenado presbítero el 30 de junio de 1946 y ejerció su ministerio sacerdotal en esta Diócesis en los siguientes destinos hasta la fecha de su jubilación por motivos de salud: fue Párroco de San Juan de Argas y administrador del San Silvestre de Argas y San Juan de Vimieiro del 23/7/1946 al 15/10/1952; En esta fecha fue nombrado párroco de Santa Mariña de Asadur y administrador de San Miguel de Ramil, parroquias que, a causa de su enfermedad, tuvo que dejar en el año 1972, viviendo desde entonces con sus familiares y llevando una vida sacerdotalmente plena aunque impedido para ejercer públicamente el ministerio.

+ **P. José Pérez Rodríguez, O. Cist.** Falleció el día 31 de mayo de 2009. Había nacido, según libro de Oseira, el 26 de septiembre del 34 y fue bautizado el 30 de septiembre de 1934 en Sande, ayuntamiento de Cartelle (Ourense). Ingreso en Oseira 15 de noviembre de 1955 y toma el hábito el 15 del VIII de 1956.

Hace sus Votos temporales en Oseira el 15 de agosto de 1958. El 26 de octubre de 1960 Sale de Oseira y entra en San Isidro donde hace su Profesión Solemne en el 29 de junio de 1963. Es ordenado presbítero el 21 de diciembre de 1964. Y, finalmente, vuelve a Oseira el 24 de julio de 1965 donde fallece el 31 de mayo de 2009.

El Padre José fue un monje sencillo y fiel cumplidor de los cargos que le encomendaron a lo largo de sus bastantes años de vida monástica. Tal vez como recuerdo de sus años de niño en casa de sus padres, le gustaba mucho atender a los animales: vacas y cerdos. Varios años desempeñó estos cargos.

Últimamente, cuando andaba con dificultad a causa de las llagas de sus piernas, decía: *“¿Quién me diera poder correr otra vez detrás de las vacas!”*

Los últimos 10 ó 15 años de su vida padeció bastante a causa de esas llagas de sus piernas. A veces se desanimaba, pero iba superando sus crisis, hasta que el pasado día de Pentecostés, después de decir al Hn. Enfermero que se fuera a cantar Laudes con la Comunidad, al volver de dicha hora canónica, estaba aparentemente dormido en su cama. Al acercarse a él, se dieron cuenta de que había entregado su alma a Dios.

La noche anterior había recibido la Unción de los Enfermos, pero nadie esperábamos un desenlace tan rápido.

Ahora, libre ya de su cuerpo torpe para moverse a causa de la enfermedad de sus piernas, podrá volar con los ángeles, como cuando era niño y joven corría detrás de las vacas.

VICARÍA DE PASTORAL**Clausura del Año Jubilar de San Pablo
Domingo XIII. B. 28 - VI - 2009****Introducción:**

Clausuramos el año jubilar de San Pablo después de un largo recorrido: por los santuarios marianos, por la S. I. Catedral, por la parroquia de San Pablo de Leirado y visitando la tumba del Apóstol de las Gentes en Roma.

Han estado implicados en la celebración los distintos sectores del Pueblo de Dios: los niños (peregrinos con San Pablo en tren hasta Ribadavia), los jóvenes (con el Vía crucis y con los festivales misioneros), los seglares (celebrando la vigilia de Pentecostés y con un mitin de cursillistas de cristiandad en Quintela de Leirado), los religiosos (el día 2 de febrero, día de la vida consagrada), los sacerdotes y seminaristas (celebrando la misa Crismal en miércoles santo).

María, de quien nació el Mesías en la plenitud de los tiempos, nos ha llevado de la mano a lo largo de todo el año. En las novenas más representativas de nuestra diócesis, San Pablo nos ha evangelizado.

Hoy, en el domingo XIII del tiempo ordinario, clausuramos el año jubilar de San Pablo, dando gracias a Dios nuestro Señor que, por su Iglesia, nos ha concedido ganar la gracia jubilar a lo largo de todo el año. ¿Por qué el día 28 de junio y no el día 29, festividad de San Pedro y San Pablo? Por una ra-

zón muy sencilla y de carácter pastoral: el día 28 de junio es domingo. Como en la clausura de este jubileo se quiere que la gracia jubilar pueda ser ganada en todas las comunidades parroquiales, nuestro pastor, D. Luis Quintero Fiuza, quiere que éste sea el día favorable para que todos los diocesanos puedan lucrarse de la gracia jubilar.

Nos aproximamos a la Palabra de Dios, que, hace bien poco, acabamos de proclamar:

La Primera lectura está tomada del libro de la Sabiduría: 1, 13- 15; 2, 23-24:

Nos situamos en ambiente sapiencial; las experiencias vitales son las normas que hemos de seguir en nuestro comportamiento: frente a las dos afirmaciones categóricas del *libro del Génesis* (todo era muy bueno y todo resultó un fracaso) *el libro de la Sabiduría* nos dice:

– “No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes”.

– “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza”.

– “Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen”.

Comentario:

El libro de la Sabiduría nos da un nuevo enfoque sobre un tema siempre de actualidad: la muerte.

- La muerte corporal es una realidad natural, tan verdad como la vida misma. La muerte espiritual es consecuencia de la envidia del diablo y la experimenta quienes le siguen.

- Dios creó al hombre para la inmortalidad, le hizo a imagen suya. La experimentan quienes le siguen.

El Salmo 29 nos invitaba a cantar: “Te ensalzaré, Señor, porque me has librado”.

El salmo 29 nos ayuda a corresponder a la misericordia de Dios para con todos nosotros.

- Con la aceptación de las enseñanzas sapienciales, cantamos a nuestro Dios, que nos hizo para la vida, para la incorruptibilidad, para ser en todo momento tiempo y lugar “imágenes y semejanzas de Dios”

La segunda lectura, tomada de la 2ª carta de San Pablo a los Corintios: 8, 7.9.13-15:

San Pablo invita a los ciudadanos de Corinto a vivir la universalidad de la fe, expresada en el compromiso socio caritativo con los hermanos. Los alaba y les pide coherencia en su generosidad:

- “Del mismo modo que sobresalís en todo: en fe, en palabra, en ciencia,

en todo interés y en la caridad que os hemos comunicado, sobresalid también en esta generosidad”. Generosidad que tiene un ejemplo a seguir en los cristianos de Macedonia, mucho más comprometidos con los pobres y necesitados.

- Pero el mejor ejemplo es nuestro Señor Jesucristo: “Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza”.

- San Pablo es un hombre de sentido común. Indica a los Corintios que no se trata de pasar apuros para que otros tengan abundancia, sino de buscar una mayor igualdad equiparable a la misma dignidad que en Cristo todos hemos recibido: la filiación divina.

- Afirma San Pablo:”al presente, vuestra abundancia remedia su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar también vuestra necesidad y reine la igualdad”.

- Un aforismo que necesariamente tenemos que meditar en el momento presente: “El que mucho recogió, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos”.

Comentario:

Los fieles de Corinto tienen muchas virtudes, pero también algunos defectos, entre ellos el egoísmo.

- ¿A quién imitar?: a Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza.

- No se trata de pasar necesidad, sino de nivelar; los ricos, compartiendo con los pobres. De tal forma que el que tiene mucho, nada le sobre; y el que tiene poco, nada le falte.

- Compromiso del pan “partido” y del “vino derramado”.

El Santo Evangelio que acabamos de proclamar (Mc. 5, 21 – 43) nos revela a Cristo como liberador y salvador

- “Llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verle, cae a sus pies, y le suplica con insistencia diciendo: “Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva.”

- <Jesús dice al jefe de la sinagoga: “No temas; solamente ten fe”>

- “Y tomando la mano de la niña, le dice: “= Talitá kum =”, que quiere decir: “Muchacha, a ti te digo, levántate”.

Comentario:

Más allá del Jordán, los gerasenos no quieren la presencia de la salvación en su tierra: por el resultado obtenido, por la crispación surgida: “prefieren su ausencia a una presencia incómoda e interpeladota”.

- En la orilla derecha buscan la salvación: Jairo va al encuentro del Maestro. La hemorroísa va al encuentro personal con el Mesías. En ambos casos, se produce la salvación.

- Queda abolida la marginación social (hemorroísa, enferma de muerte) dictada por la pureza legal.

Conclusión:

- **Defendemos una civilización del amor y de la vida, nunca del odio o de la muerte.** “El amor no pasa nunca... Ahora subsisten la fe, la esperanza y el amor; pero la más excelente de todas es el amor” (1ª Cor. 13), nos enseña San Pablo y añade: “Vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios, en unión con Cristo Jesús” (Rm.6, 11), porque Cristo es “el primogénito de los que triunfan sobre la muerte”(Col. 1, 18). Un excelente mensaje para estos tiempos en los que se nos quiere hacer creer que abortar “es un derecho” y que poner fin a la vida del ser humano, por vejez o enfermedad “es un derecho”. La ley hacia la que caminamos es una fuente venenosa de muerte y de odio”, dicen los obispos españoles.

- **En tiempos de dificultades económicas es el momento de hacer práctico el compromiso del amor:** “que a nadie le sobre; que a nadie le falte”. Seamos generosos, imitando a Cristo, el Señor: “El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres” (Flp. 2, 6-7) Siempre fue así: los problemas económicos se arreglan a niveles de humildad y cercanía: a nivel de familias, de vecinos, de cristianos. Los grandes proyectos siempre llegan a los mismos y

para servir a los mismos. Grandes planificaciones que engendran una mayor miseria futura.

• **Cristo pasó haciendo el bien, liberando de toda opresión, de toda marginación, de todo pecado.** “Para que seamos libres, nos ha liberado Cristo. Permaneced, pues, firmes y no os dejéis someter de nuevo al yugo de la esclavitud” (Ga.5, 1).

• **Caminemos, sabiéndonos en los brazos de María:** “Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió

a su propio Hijo, nacido de mujer” (Gal.4, 4). San Pablo, tan breve y sencillamente, nos declara los designios de Dios; por que Él así lo ha querido la Historia de la Salvación llega a su plenitud con Cristo por medio de María.

• Hermanos: éstas podrían ser las conclusiones del año jubilar paulino, que la Iglesia nos ha brindado como Madre Misericordiosa.

*José Pérez Domínguez,
Delegado Episcopal para el Año Jubilar Paulino*

DELEGACIÓN DE LITURGIA

ORACIÓN- CELEBRACIÓN

(Con especial referencia a miembros de Hermandades y Cofradías).

El misterio creído, celebrado, asimilado y que configura con Cristo, en el Espíritu Santo, exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viva, personal y amorosa. Esta relación es la oración.

La oración, don de Dios.

La oración es *un regalo* de Dios, es don de gracia, oferta amorosa de Dios. Ello es así, porque es respuesta de amor a la sed de amor por parte de Dios; es respuesta de fe a la promesa gratuita de salvación; respuesta de amor a la sed del Hijo único (Jn 19, 28). Aquél “tengo sed” de la cruz, encierra todas las ansias de un Dios que se ha hecho hombre por amor y para responder a

toda sed de felicidad del hombre. Dios, en Cristo, está sediento de intimidad y amor hacia el hombre (CCE 2559-2561). Esta intimidad compartida y sostenida tiene lugar en la verdadera oración. Allí se comunican corazón con corazón, alma con alma, sujeto con sujeto y cuerpo con cuerpo.

La oración, “lugar” del encuentro y comunión.

Nos encontramos en el corazón (CCE 2562). El lugar de donde brota la oración se suele decir que es el espíritu o el alma, pero con más frecuencia la Biblia sitúa ese “lugar” en el corazón (aparece más de mil veces). Es el corazón el que ora. Si no ora el corazón,

la oración es vana. El corazón es nuestro centro escondido, sólo puede ser alcanzado y sondeado por el Espíritu de Dios, es el lugar de las decisiones, el lugar de la verdad.

La oración es una relación de alianza (pacto de amor) con el Dios Trinidad. Dado que el corazón es el lugar de la relación con los demás, es también el lugar del encuentro con Dios: con el Espíritu de quien brota la oración, con el Padre al que se dirige todo y con Cristo, a cuyos sentimiento y decisiones debemos someternos y por quien todo se orienta hacia el Padre. La oración es comunión del corazón humano con la Trinidad. Es alianza de amor, pacto fiel y amoroso con la Trinidad. La comunión del hombre con la Trinidad se asienta en el Bautismo (CCE 2565). Allí el Padre por el Hijo y en el Espíritu santo nos ha hecho hijos, hermanos en Cristo y miembros vivos del Cristo total.

Las formas más habituales de orar.

La oración comporta muchas formas. Las formas de orar son los cauces o medios de expresión de la oración. Los cauces, formas o medios son maneras de expresar lo *sustancial*, que es la relación con el Dios-Trinidad, es decir: la oración.

Las celebraciones litúrgicas de la Iglesia.

Son y han de manifestarse como verdaderos espacios y tiempos de oración. Si no son verdadera oración no son celebraciones litúrgicas. El orante principal en ellas es Cristo y la Iglesia: Cabeza y Cuerpo. En toda celebración

litúrgica se da un diálogo entre Dios-por, con y en Cristo- y la Iglesia. En esa Iglesia nos integramos todos sus miembros. La oración litúrgica por ser oración de Cristo con la Iglesia al Padre, en el Espíritu Santo, es la oración por excelencia. Es la oración que alaba, da gracias y pide “según conviene”, de acuerdo con el Espíritu Santo, de acuerdo con la voluntad de Dios. Esta oración de Cristo-Iglesia siempre es escuchada. Es la oración que sintoniza con la que Cristo hace constantemente en el cielo, sentado a la derecha de Dios. Por eso, toda nuestra labor en la oración litúrgica es poner en concordancia la mente con la voz. La mente es nuestro ser, nuestra interioridad y corazón. La voz es la que formula Cristo-Iglesia, ya por medio del ministro, ya por medio de la entera comunidad. Esa voz es, en ocasiones, bíblica (en las lecturas, antífonas y salmos) y en otras, formulada por la Iglesia (eucología).

La celebración eucarística.

Incluyamos la Eucaristía dominical y diaria. Si no hay oración no hay celebración eucarística. Cristo ora *por* nosotros, *con* nosotros y *en* nosotros. Toda celebración es oración de la Cabeza y del Cuerpo. En la celebración litúrgica es necesario pasar del “yo” al “nosotros”. Todo en la liturgia es comunitario, eclesial. Es la oración por excelencia. Es personal y eclesial. Se concreta en las dos mesas: Palabra y Sacrificio. Es proclamación, hacer memoria, escucha, respuesta, ofrecimiento, acción de gracias, alabanza, glorificación, comunión con el sacrificio de Cristo y conciencia de la exigencia de

extender al mundo la eficacia de esta gracia: “Ite, Missa est”: “Seamos lo que hemos celebrado”. Seamos fermento en la masa, transformemos el mundo, hagamos que Cristo sea aceptado por todos. No tengamos vergüenza de testimoniar lo que hemos vivido.

-La Liturgia de las Horas.

Es una oración eclesial: de Cristo y la Iglesia. Es en gran parte oración poética y lírica (Salmos). Es la oración del AT, interpretada desde Cristo-culmen de las SS. Escrituras- y actualizada para nosotros por la Iglesia (antífonas, títulos de los Salmos y frases indicativas). Es oración que se une al canto de los bienaventurados, en comunión con el cielo. Es una oración que rima con el tiempo (Lit. de las Horas = servicio oracional al ritmo de las Horas); es una oración “sacrificio de alabanza”, oración con todas las formas y matices (alabanza, acción de gracias, narración de las maravillas de Dios, petición, súplica). Oración que es “liturgia” = servicio de Dios, obra de Dios dirigida a Dios mismo. Oración del Cristo, Cabeza y del Cristo, Cuerpo al Padre, por Cristo en el Espíritu. Es oración con dimensión escatológica: es el canto del cielo traído a la tierra por Cristo y que resuena con voces humanas. Y es el canto de la tierra que, por ser asumido en la persona de Cristo y por virtud del Espíritu Santo sube al cielo (Cf. SC 83).

-La oración de los sacramentos y sacramentales.

La celebración de los sacramentos y sacramentales es oración eclesial, li-

túrgica, personal y comunitaria, sacramental, bíblica y eucológica en favor de los hombres y que comunica la gracia a quien recibe el sacramento y al que participa en él. Los sacramentos y sacramentales celebrando actúan la oración.

Las formas de tipo individual y piadoso.

La liturgia no agota las formas de oración del cristiano. Hay otras formas de tipo devocional e individual. Veamos algunas.

-La “lectio divina” al ritmo de la Liturgia.

Es la lectura-escucha orada de la Palabra de Dios tanto en la celebración de la Eucaristía-sacramentos como en la LH. En la Palabra está presente Dios, habla Dios y Cristo (Evangelio); Dios sale al encuentro del hombre, desea estar con él, descubrir su voluntad y sus planes. Dios desea quedarse con el hombre, morar en él, que la Palabra sea su alimento, su luz, su báculo, su torre, su defensa. En la Palabra Dios pide respuesta: fe, silencio, apertura, escucha serena, comprensión. En la “lectio divina” ha de integrarse: la lectura serena de la Palabra, meditación, orar al Padre (diálogo con Dios), contemplar serenamente la Palabra para ordenar la vida según los criterios de la misma Palabra. Esta “lectio divina” conviene también hacerla individualmente y a solas con Dios-Palabra.

-La oración de los ejercicios piadosos.

La oración litúrgica no agota todas las formas de oración. Son aconseja-

bles y necesarios otros momentos de oración. Y en las Hermandades y Cofradías son connaturales los ejercicios piadosos de tipo comunitario e individual: procesiones, veneración de imágenes, viacrucis, novenas, triduos, rezo del Rosario, Vialucis, visitas al Santísimo Sacramento. En todas estas *formas*, sobre todo las recomendadas por los Papas y Obispos, es provechosa la oración: meditativa, contemplativo-afectiva, de acción de gracias, de alabanza, de petición y de súplica a partir de la creación, de las maravillas de Dios en nuestra redención, etc.

Con estos ejercicios piadosos conviene que preparemos las celebraciones litúrgicas, las extendamos a otros tiempos y circunstancias. Así, la Liturgia, (=oración por excelencia) llega más plenamente a la vida. De este modo el misterio celebrado por toda la comunidad en la Liturgia se personaliza, se profundiza más en la vida de cada fiel y de la comunidad. Ésta es la gran tarea en la oración: “gustar” los misterios, profundizar, rumiar con la fe en la Palabra y la presencia de Dios.

Hemos de tener claro que esta oración ha de conducir y como derivar de la Liturgia. Ha de tener en la oración litúrgica su modelo y culminación. Es más importante la celebración litúrgica del Viernes Santo, que la procesión por las calles, aunque ésta sea también importante; es más importante la misa del domingo que las prácticas de piedad de la Cofradía o Hermandad, con ser éstas importantes. Es más importante confesar y comulgar, que llevar a los hombros una imagen o ir descalzos en la

procesión. Es más grata a Dios la oración en la comunidad de la Iglesia que celebrar un sacramento o bendición, que orar machaconamente delante de una imagen de modo individual, aunque esto esté bien. Conviene primar esto (lo litúrgico) sin olvidar esto (lo devocional).

Conclusión.

Si la celebración litúrgica no es simultáneamente oración no es celebración. La liturgia por definición es el diálogo de Dios con el hombre (comunidad), por Cristo en el Espíritu Santo. Toda la liturgia tiene la estructura de un diálogo: el hombre escucha y Dios habla en la Palabra. Cristo + los cristianos responden y Dios acoge (en la liturgia eucarística). En la celebración, todos los que participan son actores y como tales son “sacerdotes” con Cristo. Su cometido es ofrecer con Él el culto “en espíritu y en verdad”. Esto es orar: dar gracias, contemplar, escuchar, alabar, aclamar y proclamar, hacer memoria de los acontecimientos salvíficos, narrar y contar, desear la vida eterna, gozarse en la gracia de Dios, suplicar, pedir, llamar en ayuda, etc. La oración litúrgica es la riqueza diaria de la Iglesia ofrecida a los hombres.

La Eucaristía es para participar (=orando), no sólo haciendo cosas, sino degustando las palabras, gozando en la intelección y significado de los signos, entrando mediante ellos en el misterio que se celebra, haciendo sintonizar la mente (inteligencia y corazón) con la Palabra de Dios y de la Iglesia. La Liturgia de las Horas es “sacrificium

laudis”=sacrificio de alabanza, oración gozosa que glorifica a Dios y santifica la vida humana. Es oración que no ofrece más que la alabanza y acción de gracias. Es oración que encierra todos los sentimientos y deseos humanos, contempla todas las circunstancias de la vida y se adecua a todos los estados de ánimo. Además, en la Liturgia de las Horas Cristo ora con nosotros, ora en nosotros y oramos a Él. No hay nada material que se ofrezca a Dios, sólo la alabanza que brota del corazón y se expresa con los labios.

Orar es también practicar ejercicios piadosos: el viacrucis, el Rosario, el “Ángelus”, el recitado o canto de la Salve, caminar procesionalmente, ayunar, visitar a un enfermo como ofrenda al Señor, leer el Evangelio, meditar en la Palabra de Dios, decir jaculatorias, cumplir unos compromisos como expresión de fidelidad a Jesucristo y amor a los hermanos. etc. Lo decisi-

vo en la oración es que ore el corazón incluyendo la mente. Hemos de orar con todo lo que somos, pero la plegaria debe brotar de lo más íntimo de nuestro yo. La oración personal debe arrancar del “sagrario de la conciencia”, de la intimidad más honda, para que exprese no una dimensión o un aspecto de la persona, sino la plenitud del ser, de la individualidad, de la entidad, del yo. Cuando la oración parte de ese núcleo, entonces no oculta nada, no cierra ningún rincón del alma, no esconde ningún recoveco del ser. En la oración me manifiesto ante Dios mi Padre como soy, con mis deseos e ilusiones, con mi esperanza y pesimismo, con mi alegría y mis frustraciones, con mi pecado y mis deseos de ser santo. Así me presento a Dios como un mendigo que muero de hambre de amor y busco encontrar mi sentido vital en saber que Dios me ama y, aunque yo me olvide de Él y le rechace, Él nunca se olvida de mí.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Declaración sobre el anteproyecto de “Ley del aborto”: atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho”, de la CCXIII Comisión Permanente de la CEE

ÍNDICE

I. La mera voluntad de la gestante anula el derecho a la vida del que va a nacer

II. La salud como excusa para eliminar a los que van a nacer

III. Se deniega o devalúa el ser humano para intentar justificar su eliminación

IV. No se apoya a la mujer para ahorrarle el trauma del aborto y sus graves secuelas

V. Privar de la vida a los que van a nacer no es algo privado

VI. La educación, instrumentalizada también al servicio del aborto

VII. Conclusión: por el pueblo de la vida

1. Hecho ya público, el pasado 14 de mayo, el denominado «Anteproyecto de Ley Orgánica de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo», los obispos tenemos el deber de pronunciarnos públicamente sobre sus graves implicaciones morales negativas; porque forma parte esencial

de nuestro servicio anunciar el esplendor del Evangelio de la vida, que ilumina la conciencia de los católicos y de todos los que deseen acogerlo en orden a una mejor convivencia en justicia y libertad. Estamos convencidos de que «todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rom 2, 14-14) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término»¹. Por eso, aunque nosotros hablamos desde la fe católica y la experiencia de la Iglesia, nuestras reflexiones se dirigen a todos y pensamos que podrían ser aceptadas también por muchos que no comparten esa fe, pues giran en torno al derecho a la vida de todo ser humano inocente, un patrimonio común de la razón humana.

2. Los obispos españoles han anunciado el Evangelio de la vida y han denunciado la cultura de la muerte en muchas ocasiones². Con esta nueva declaración deseamos poner de relieve algunos aspectos del Anteproyecto en cuestión que, de llegar a convertirse en Ley, supondrían un serio retroceso en la protección del derecho a la vida de los que van a nacer, un mayor abandono de las madres gestantes y, en definitiva, un daño muy serio para el bien común.

I. La mera voluntad de la gestante anula el derecho a la vida del que va a nacer

En las primeras catorce semanas, la gestante decide sobre la muerte del que va a nacer: la violación del derecho a la vida, tratada como si fuera un derecho.

3. El aspecto tal vez más sombrío del Anteproyecto es su pretensión de calificar el aborto provocado como un derecho que habría de ser protegido por el Estado. He ahí una fuente envenenada de inmoralidad e injusticia que vicia todo el texto.

4. En el artículo 3. 2. «se reconoce el derecho a la maternidad libremente decidida». Lamentablemente esta expresión no significa aquí que toda mujer tiene derecho a elegir si quiere o no quiere ser madre; significa, más bien, que tiene derecho a decidir eliminar a su hijo ya concebido. Tal es la lectura que viene exigida por las afirmaciones recogidas en la Exposición de motivos referentes a «los derechos humanos de las mujeres» en el ámbito de la «salud reproductiva»(I) y, en concreto, «al derecho de todo ser humano, y en particular de las mujeres, al respeto de su integridad física y a la libre disposición de su cuerpo y, en este contexto, a que la decisión última de recurrir o no a un aborto corresponda a la mujer interesada»(II). En consecuencia, el Anteproyecto establece un primer plazo de catorce semanas dentro del cual la voluntad de la madre se convierte en árbitro absoluto sobre la vida o la muerte del hijo que lleva en sus entrañas (artículo 14: «interrupción del embarazo a petición de la mujer»).

5. Ahora bien, decidir abortar es optar por quitar la vida a un hijo ya concebido y eso sobrepasa con mucho las posibles decisiones sobre el propio cuerpo, sobre la salud de la madre o sobre la elección de la maternidad. Es una decisión sobre un hijo indefenso y totalmente dependiente de quien lo lleva en su seno. Es, según el Concilio Vaticano II, un «crimen abominable»³, «un acto intrínsecamente malo que viola muy gravemente la dignidad de un ser humano inocente, quitándole la vida. Asimismo hiere gravemente la dignidad de quienes lo cometen, dejando profundos traumas psicológicos y morales»⁴.

6. El Estado que otorga la calificación de derecho a algo que, en realidad, es un atentado contra el derecho fundamental a la vida, pervierte el elemental orden de racionalidad que se encuentra en la base de su propia legitimidad. La tutela del bien fundamental de la vida humana y del derecho a vivir forma parte esencial de las obligaciones de la autoridad⁵. «El derecho a la vida no es una concesión del Estado, es un derecho anterior al Estado mismo y este tiene siempre la obligación de tutelarlos. Tampoco tiene el Estado autoridad para establecer un plazo, dentro de cuyos límites la práctica del aborto dejaría de ser un crimen»⁶.

II. La salud como excusa para eliminar a los que van a nacer

Hasta la vigésimo segunda semana, ambiguas indicaciones médico-sociales: la medicina y la sanidad, falseadas, al servicio de la muerte.

7. El Anteproyecto de Ley presenta el aborto provocado como un derecho que forma parte de un programa de «salud sexual y reproductiva». La salud, por su parte, es definida, a los efectos de lo dispuesto en esta ley, como «el estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente como la ausencia de afecciones o enfermedades» (art. 2. a).

8. El Anteproyecto establece que desde la decimocuarta semana de gestación el aborto ya no sería un derecho absoluto de la madre, puesto que para poder ser realizado sin sanción habrá de existir entonces «riesgo de graves anomalías en el feto» (art. 15, b) o «grave riesgo para la vida o la salud de la embarazada» (art. 15, a). A tenor de la definición de salud señalada, los facultativos podrán certificar la existencia de esta indicación médica para el aborto cuando el niño que va a nacer suponga un grave inconveniente para «el completo bienestar físico, mental y social» de la madre. Lo que no se sabe es cuáles serán los criterios que el médico habrá de emplear para poder diagnosticar un grave quebranto de un tal «completo bienestar» eventualmente causado por el que va a nacer. Ante esta indefinición, el segundo plazo, teóricamente ligado a indicaciones médicas, queda también prácticamente asimilado al primero, en el que prima el derecho absoluto de la madre a decidir sobre la vida de su hijo.

9. La inclusión del aborto entre los medios supuestamente necesarios para cuidar la salud es de por sí una grave falsedad. El acto médico se dirige a pre-

venir la enfermedad o a curarla. Pero el embarazo no será nunca de por sí una enfermedad, aunque pueda conllevar complicaciones de salud, ser inesperado o incluso fruto de la violencia. Por eso, abortar no es nunca curar, es siempre matar. Cosa distinta es que una determinada terapia necesaria lleve consigo un aborto como efecto indirecto no buscado. De ahí que incluir el aborto en la política sanitaria falsee siempre gravemente el acto médico, que queda desnaturalizado cuando es puesto al servicio de la muerte. La falsificación es más sangrante cuando el concepto de salud empleado -aunque sea el de la Organización Mundial de la Salud- se convierte en una excusa para encubrir el deseo particular de no tener un hijo, aun quitándole la vida. En efecto, si salud es «completo bienestar físico, mental y social», y tal bienestar se considera amenazado por el que va a nacer, éste puede ser tratado como un obstáculo para la calidad de vida, cuya eliminación pasa entonces a ser tenida por lícita.

10. Una auténtica política sanitaria debe tener siempre en cuenta la salud de la madre gestante, pero también la vida y la salud del niño que va a nacer. Por lo demás, la imposición del aborto procurado en el sistema sanitario como prestación asistencial para la salud bio-psico-social de la gestante, a la que ésta tendría un supuesto derecho, lleva consigo la transferencia de la obligatoriedad a los profesionales de la sanidad. De este modo queda abierta la posibilidad de que no se respete a quienes por muy justificados motivos de conciencia se nieguen a realizar

abortos, cargándolos arbitrariamente con un supuesto deber e incluso con eventuales sanciones⁷. Es necesario reconocer y agradecer el valor mostrado por tantos ginecólogos y profesionales de la sanidad que, fieles a su vocación y al verdadero sentido de su trabajo, resisten presiones de todo tipo e incluso afrontan ciertas marginaciones con tal de servir siempre a la vida de cada ser humano.

III. Se niega o devalúa al ser humano para intentar justificar su eliminación

Frente a la evidencia de que donde hay un cuerpo humano vivo, aunque sea incipiente, hay un ser humano y una dignidad humana inviolable, se establecen plazos de gestación y de presencia humana de los que no es posible dar razón suficiente.

11. Sorprendentemente, el Anteproyecto no explica en ningún momento por qué fragmenta el tiempo de la gestación en tres periodos o plazos pretendidamente determinantes de diferentes tipos de trato del ser humano en gestación. ¿Por qué durante las catorce primeras semanas «prevalece el derecho de autodeterminación de las mujeres» y el aborto puede ser realizado por simple petición de la gestante? ¿Por qué se establece un segundo plazo, hasta la semana vigésimo segunda, durante el cual será preciso aducir indicaciones supuestamente médicas? ¿Y por qué las «anomalías fetales incompatibles con la vida» o «una enfermedad extremadamente grave e incurable» del feto (art. 15, c) permitirían el aborto

en cualquier momento de la gestación? ¿Por qué no, entonces, en el momento mismo del nacimiento o un minuto después? En vano se buscará una respuesta a estas preguntas, todas ellas de gran calado moral.

12. Se oye decir a veces que durante algún tiempo determinado el ser vivo producto de la fecundación humana no sería un ser humano. Es necesario -no cabe duda- hacer tan irracional afirmación cuando se quiere justificar o tolerar que la mujer decida sobre la vida de ese ser que lleva en su seno, como si se tratara de un derecho suyo que el Estado debería tutelar y hacer respetar. Porque es muy duro reconocer que el fruto de la fecundación es un ser humano, distinto de la madre, aunque dependiente de ella, y, al mismo tiempo, afirmar que se le puede quitar la vida simplemente porque así lo decide quien lo gesta. Sería tanto como reconocer que hay un derecho a matar a un inocente. La razón humana se vendría abajo de modo clamoroso y, con ella, el Estado y la autoridad misma que tal cosa reconocieran. Se hace, pues, necesario, afirmar engañosamente que el objeto de la pretendida «decisión sanitaria», tomada en ejercicio de un supuesto derecho, no sería en realidad un ser humano.

13. Pero «el cuerpo humano, en cuanto elemento constitutivo de la persona humana, es una realidad personal básica, cuya presencia nos permite reconocer la existencia de una persona. La fecundación es precisamente el momento de la aparición de un cuerpo humano distinto del de los progenitores. Ése es, pues, el momento de la apa-

rición de una nueva persona humana (cf. *Evangelium vitæ*, 44-45). El cuerpo, naturalmente, se desarrolla, pero dentro de una continuidad fundamental que no permite calificar de prehumana ni de post-humana ninguna de las fases de su desarrollo. Donde hay un cuerpo humano vivo, hay persona humana y, por tanto, dignidad humana inviolable»⁸.

14. Estos principios antropológicos básicos han sido reconocidos también por la jurisprudencia constitucional de nuestro país⁹.

IV. No se apoya a la mujer para ahorrarle el trauma del aborto y sus graves secuelas

Se facilita a las gestantes la eliminación de sus hijos, en lugar de proteger la maternidad y la familia para evitar que las mujeres se conviertan en víctimas del aborto.

15. El Anteproyecto incorpora una definición de la salud en términos de bienestar psicológico y social que, por desgracia, se orienta más que nada a introducir subrepticamente la llamada «indicación social» para el aborto. Así lo pone también de manifiesto el que se silencien las graves consecuencias psicológicas y morales que el aborto tiene para quienes lo procuran. La inconsecuente apelación a la salud ignora y oculta que las mujeres que abortan se convierten también ellas mismas en víctimas del aborto.

16. El Anteproyecto estipula que se entregará a la mujer que solicita abor-

tar una información en sobre cerrado que podrá leer en un plazo máximo de tres días. Sin embargo, ningún proceso médico de consentimiento informado se realiza de un modo tan frío e impersonal. La situación de angustia que empuja a la mayoría de las mujeres que se plantean abortar, más que sobres cerrados reclama corazones abiertos que les presten el apoyo humano que necesitan para no equivocarse quitando la vida a un hijo y destrozando la propia.

17. Las dolorosas secuelas del aborto se intensifican en las personas que no han alcanzado todavía la madurez personal. Facilitar a las adolescentes la decisión de abortar, marginando a sus padres de tal decisión, es propiciar su soledad e indefensión ante un hecho muy nocivo para su salud espiritual y su desarrollo humano. Este proyecto legal no manifiesta interés real por el bien de las mujeres tentadas de abortar y, en particular, de las más jóvenes. Se limita a tratar de despejarles el camino hacia el abismo moral y hacia el síndrome post-aborto.

18. Por otro lado, es llamativa la ausencia total de la figura del padre del niño que va a ser abortado. ¿Por qué se le exime de toda responsabilidad y se le priva de todo derecho? No parece admisible que se margine a los padres en algo tan fundamental como es el nacimiento o la muerte de sus propios hijos.

19. Agradecemos la dedicación de tantas personas que, en un número cada vez mayor de instituciones eclesiales o civiles, se dedican a prestar su

apoyo personal a las mujeres gestantes. Es una alegría el testimonio de tantas madres y padres que, gracias a la ayuda recibida, han decidido por fin acoger a sus hijos, reconociendo en ellos un don inestimable que trae luz y sentido a sus vidas. También es laudable el trabajo realizado por las asociaciones de mujeres víctimas del aborto. Es muy valioso su valiente testimonio público, que ayuda a la sociedad a recapacitar sobre un camino ya demasiado largo de sufrimiento para las mujeres. Ellas ponen particularmente de relieve que no es este el tipo de legislación que se necesita para ayudar a las gestantes y para la dignificación de la sociedad. Las mujeres tentadas de abortar o las que ya han pasado por esa tragedia encontrarán siempre en la comunidad católica el hogar de la misericordia y del consuelo. Como madre, la Iglesia comprende sus dificultades y nunca las dejará solas con sus problemas ni con sus culpas.

V. Privar de la vida a los que van a nacer no es algo privado

Se deja al arbitrio individual la vida de los que van a nacer, en vez de reconocerla como un fundamental elemento constitutivo del bien común que merece protección y promoción.

20. El Anteproyecto de Ley presenta el aborto como si fuera un asunto privado ligado prácticamente sólo a la decisión individual de la gestante. La decisión de eliminar una vida humana incipiente es calificada una y otra vez de asunto íntimo suyo en el que nadie podría intervenir: ni el padre del que va a nacer, ni los padres de la menor, ni el Estado.

21. Sin embargo, es claro que no «se puede invocar el derecho a las decisiones íntimas o a la vida privada para privar a otros de la vida»¹⁰. Eliminar una vida humana no es nunca un asunto meramente privado. Por el contrario, se trata de un acto de gran trascendencia pública que afecta grave y directamente al bien común. La vida de cada ser humano es un bien básico, sagrado e intangible; y el derecho a vivir no está a disposición de nadie: no puede ser violado por ningún ciudadano ni por el Estado; menos, si cabe, por aquéllos que tienen particulares obligaciones de atención a la vida incipiente de un ser indefenso como son sus padres o los médicos.

22. Se reduce el aborto a mera decisión privada porque se concibe de modo perverso la libertad, como si se tratara de la mera capacidad de decidir cualquier cosa de modo absolutamente desvinculado del entorno humano en el que se mueve el yo solitario que decide. De este modo, se fomenta una visión individualista y antisocial de la persona, cuya libertad vendría a coincidir con su capacidad de hacer prevalecer el propio sentir o el propio interés. Pero eso no es libertad. La libertad es, más bien, la capacidad de querer el bien por encima del aparente interés inmediato de quien decide. Porque el bien propio no está desligado del bien del otro y del bien de todos. «Sí, cada hombre es “guarda de su hermano”, porque Dios confía el hombre al hombre»¹¹. Todos sin excepción tenemos el deber de proteger la vida del niño en el seno materno. Para todos es un bien esa vida incipiente, no sólo para sus padres y su familia.

23. El orden social justo no puede basarse en una concepción individualista de la libertad. La autoridad del Estado dimite de su obligación básica si da curso legal a la pretendida libertad que se siente autorizada para eliminar vidas humanas inocentes. El Estado no puede erigirse en árbitro sobre la vida humana adoptando medidas legales que toleran o justifican como supuestos derechos acciones individuales que atentan contra el derecho a la vida. Si lo hace, deja de ser garante del bien común en un asunto decisivo.

24. Por el contrario, como garante del bien común, el Estado debe legislar para proteger la vida de todos, en particular de los más indefensos y vulnerables, entre los cuales se hallan sin duda los que van a nacer, así como para establecer políticas de protección y promoción de la maternidad y la paternidad, ayudando de modo eficaz a los padres que experimentan dificultades para acoger a sus hijos; y debe favorecer las iniciativas sociales a este respecto¹².

VI. La educación, instrumentalizada también al servicio del aborto

Se comete la injusticia de imponer una determinada educación moral sexual, que, además, por ser abortista y «de género», tampoco será eficaz ni como verdadera educación ni como camino de prevención del aborto.

25. El Título primero del Anteproyecto de Ley trata fundamentalmente de la promoción de una estrategia de formación en «salud sexual y reproductiva» para todo el sistema educativo y, en particular, para los programas de

los estudios relacionados con las ciencias de la salud. Ciertamente -como se afirma en la Exposición de motivos- «el desarrollo de la sexualidad y de la capacidad de procreación está directamente vinculado a la dignidad de la persona». Pero las directivas de este Anteproyecto no pueden ayudar a una formación de los jóvenes en este campo tan decisivo para su felicidad, porque se mueven en el marco de una ideología contradictoria con la verdad del ser humano y la dignidad de la persona, como es la llamada ideología de género.

26. En efecto, el «enfoque de género» que se preceptúa en el artículo 5, 2a para toda la educación en el ámbito sanitario incorpora conceptos como «opción sexual individual» (art. 5, 1a), «orientación sexual» (art. 5, 2b) o «sexo seguro» (art. 5, 2c). Detrás de tales conceptos se hallan, como es sabido, opciones antropológicas incapaces de enfocar adecuadamente cuestiones de tanta belleza e importancia como las siguientes: el significado básico del cuerpo sexuado para la identidad de la persona, la íntima unión de las dimensiones unitiva y procreativa del amor conyugal y, en definitiva, la integración moral de la sexualidad y la vocación al amor de todo ser humano¹³.

27. ¡Es fascinante la educación en el amor y para el amor! Alentamos a los padres católicos, a las escuelas a quienes ellos han confiado la educación de sus hijos, a los sacerdotes, catequistas y a todos los agentes de la educación en la múltiple acción pastoral de la Iglesia a empeñarse seriamente en la educación de los jóvenes en este campo tan hermoso e importante de la afectividad

y la sexualidad de acuerdo con la visión del ser humano que dimana de una razón iluminada por la fe. A ellos corresponden primordialmente el deber y el derecho de la formación humana integral de la juventud. El Estado «no puede imponer ninguna moral a todos: ni una supuestamente mayoritaria, ni la católica, ni ninguna otra. Vulneraría los derechos de los padres y/o de la escuela libremente elegida por ellos según sus convicciones»¹⁴.

28. La injusta imposición de una determinada concepción del ser humano a toda la sociedad por medio del sistema educativo, inspirado además en modelos antropológicos parciales y poco respetuosos de la verdad del ser humano, no podrá dar frutos buenos. Es necesario permitir y promover que la sociedad desarrolle sus capacidades educativas y morales. Es necesario corregir la deriva que nos ha conducido a cifras escandalosas de abortos con todo su entorno de fracasos personales.

Conclusión: por el Pueblo de la Vida

29. El Evangelio de la vida proclama que cada ser humano que viene a este mundo no es ningún producto del azar ni de las leyes ciegas de la materia, sino un ser único, capaz de conocer y de amar a su Creador, precisamente porque Dios lo ha amado desde siempre por sí mismo. Cada ser humano es, por eso, un don sagrado para sus padres y para toda la sociedad. No ha de ser considerado jamás como un objeto subordinado al deseo de otras personas. Su vida no puede quedar al arbitrio de

nadie, y menos del Estado, cuyo cometido más básico es precisamente garantizar el derecho de todos a la vida, como elemento fundamental del bien común.

30. Hablamos precisamente en favor de quienes tienen derecho a nacer y a ser acogidos por sus padres con amor; hablamos en favor de las madres, que tienen derecho a recibir el apoyo social y estatal necesario para evitar convertirse en víctimas del aborto; hablamos en favor de la libertad de los padres y de las escuelas que colaboran con ellos para dar a sus hijos una formación afectiva y sexual de acuerdo con unas convicciones morales que los preparen de verdad para ser padres y acoger el don de la vida; hablamos en favor de una sociedad que tiene derecho a contar con leyes justas que no confundan la injusticia con el derecho¹⁵.

31. El Anteproyecto presentado constituye un serio retroceso respecto de la actual legislación despenalizada, ya de por sí injusta. Por tanto, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, ningún católico coherente con su fe podrá aprobarla ni darle su voto¹⁶. Tampoco debería hacerlo nadie que atienda a los justos imperativos de la razón.

32. Pedimos al Señor y a su Santísima Madre su gracia y su ayuda para el Pueblo de la Vida. Que las comunidades católicas y todos los fieles perseveren en la plegaria, en especial en este año dedicado a la oración por la vida de los que van a nacer.

Madrid, 17 de junio de 2009

NOTAS:

- 1 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Evangelium Vitae*, 2.
- 2 Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (27 de abril de 2001); XLII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral Actitudes morales y cristianas ante la despenalización del aborto* (28 de junio de 1985); y las Declaraciones de la COMISIÓN PERMANENTE *La vida y el aborto* (5 de febrero de 1983), *Despenalización del aborto y conciencia moral* (10 de mayo de 1985) y *Sobre la proyectada nueva «Ley del aborto»* (22 de septiembre de 1994). Estos y otros documentos se encuentran en la colección «Conferencia Episcopal Española», *La vida humana, don precioso de Dios. Documentos sobre la vida 1974-2006*, EDICE, Madrid 2006, así como también en: www.conferenciaepiscopal.es (Colección Documental Informática).
- 3 Constitución *Gaudium et spes*, 51
- 4 LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 111.
- 5 Cf. BENEDICTO XVI, Discurso en el Encuentro con las autoridades y el cuerpo diplomático, Viena, 7 de septiembre de 2007: «El derecho humano fundamental, el presupuesto de todos los demás derechos, es el derecho a la vida misma. Esto vale para la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural. En consecuencia, el aborto no puede ser un derecho humano; es exactamente lo opuesto. Es una profunda ‘herida social’ (...). Hago un llamamiento a los líderes políticos para que no permitan que los hijos sean considerados una especie de enfermedad, y para que en vuestro ordenamiento jurídico no sea abolida, en la práctica, la calificación de injusticia atribuida al aborto».
- 6 CLX COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Sobre la proyectada nueva «Ley del aborto»*, 6.
- 7 Hay que recordar la sentencia del Tribunal Constitucional de 11 de abril de 1985, en la que, tratando precisamente del aborto, afirma del «derecho a la objeción de conciencia que existe y puede ser ejercido con independencia de que se haya dictado o no tal regulación. La objeción de conciencia forma parte del contenido del derecho fundamental a la libertad ideológica y religiosa reconocido en el art. 16.1 de la Constitución y, como ha indicado este Tribunal en diversas ocasiones, la Constitución es directamente aplicable, especialmente en materia de derechos fundamentales».
- 8 LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 109.
- 9 El Tribunal Constitucional, en sentencia de 5 de abril de 1995, se expresa así: «El concebido tiene un patrimonio genético totalmente diferenciado y propio sistema inmunológico, que puede ser sujeto paciente dentro del útero», de modo que «negar al embrión o al feto condición humana independiente y alteridad, manteniendo la idea de *mulieris portio*, es desconocer la realidad». De ahí que «el mismo Código Civil -constata el alto Tribunal- se ve forzado a tener por persona al concebido a todos los efectos favorables (arts. 29 y 30), y no hay nada más beneficioso para el ser humano en gestación que el conservar la integridad física y psíquica». En otra sentencia anterior, de 11 de abril de 1985, que forma parte del llamado «bloque de constitucionalidad», el mismo Tribunal precisaba: «La vida humana es un devenir, un proceso que comienza con la gestación. Esta ha generado un *tertium existencialmente* distinto de la madre». Por tanto, el que va a nacer está protegido por la Cons-

titución, lo cual implica para el Estado la obligación «de establecer un sistema legal para la defensa de la vida que suponga la protección efectiva de la misma y que, dado el carácter fundamental de la vida, incluya también, como última garantía, las normas penales».

- 10 CLX COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Sobre la proyectada nueva «Ley del aborto», 8.
- 11 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Evangelium vite*, 19.
- 12 Todavía hay mucho por hacer en este campo, si se tiene presente que, según datos de 2005, el gasto público de España en la familia está muy por debajo de la media europea, con sólo un 1,2% del PIB, frente al 3,8% de Francia, el 3,0% de Alemania o el 1,7% de Portugal. O que las prestaciones por hijo a cargo se mantienen congeladas desde el año 2000, lo que supone que su porcentaje respecto al salario mínimo interprofesional ha disminuido del 5,71% al 3,92% en 2009. Un retraso y un estancamiento que nos coloca en niveles de protección a la maternidad/paternidad muy por debajo de los alcanzados en otros países de nuestro entorno. Así, por ejemplo, mientras que una familia con tres hijos recibe en Luxemburgo una prestación mensual de 1.492 euros o, en Italia, de 774 euros, en España tan sólo llega a los 72,75 euros.
- 13 Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 53-55.
- 14 CCIV COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, La Ley Orgánica de Educación (LOE), los Reales Decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas, 10.
- 15 Las legislaciones abortistas son un elemento de lo que Julián Marías ha calificado como «sin excepción, lo más grave que ha acontecido» en el siglo XX (Diario ABC, 10 de septiembre de 1992); a saber: la aceptación social del aborto. Pero este hecho, igual que ha tenido un comienzo, también puede y debe tener un fin. Conviene recordar a este respecto que el primer país europeo en legalizar el aborto fue la Unión Soviética de Lenin (el 18 de noviembre de 1920). Hitler utilizó el aborto legal como parte de sus políticas racistas (desde 1933) en Alemania y en la Europa sometida, donde el aborto fue legalizado para los no arios, mientras era severamente castigado para los pertenecientes a la «raza de los señores». Después de la guerra, Stalin forzó legislaciones abortistas en los países sometidos al yugo soviético. Más tarde, también los países occidentales introdujeron legislaciones semejantes bajo la presión de ideologías individualistas y materialistas.
- 16 Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Evangelium vite*, 73: «En el caso, pues, de una ley intrínsecamente injusta, como la que admite el aborto o la eutanasia, nunca es lícito someterse a ella, ni participar en una campaña de opinión a favor de una ley semejante, ni darle el sufragio del propio voto»

Madrid, 17 de junio de 2009

Memoria anual de actividades de la Iglesia en España 2007

Madrid 9 de junio de 2009

Los centros asistenciales de la Iglesia atendieron a casi 3 millones de personas

La inmensa actividad caritativa y asistencial es consecuencia directa del anuncio y la vivencia de la fe. Sólo los sacerdotes y agentes de pastoral dedicaron 46 millones de horas a los demás.

La Conferencia Episcopal Española (CEE) hace pública la Memoria Justificativa de Actividades correspondiente al ejercicio 2007. Anualmente, se ha venido entregando esta Memoria a la Dirección General de Asuntos Religiosos. Ahora se presenta mejorada, tras el compromiso adquirido con motivo del nuevo modelo de asignación tributaria.

En la Memoria se detallan el reparto del Fondo Común Interdiocesano y las diferentes actividades de la Iglesia Católica en nuestro país. Su contenido quiere ilustrar la gran labor que la Iglesia desarrolla y justificar el empleo de los recursos obtenidos mediante las libres aportaciones de los contribuyentes.

La labor de la Iglesia

La Vicesecretaría para Asuntos Económicos de la CEE ha encargado un estudio sobre la labor de la Iglesia Católica en España en el que se refleja la

ingente actividad de esta institución en nuestro país. En el estudio han participado la RED GÉNESIS y el G.I.S.I.C. (Grupo de Investigación para el Sostentamiento de la Iglesia Católica). Se ha llevado a cabo con los datos suministrados por las 69 diócesis españolas.

Entre los datos que se aportan, destacan las más de 46 millones de horas de dedicación de los sacerdotes y agentes de pastoral en las parroquias españolas a la actividad pastoral y litúrgica. Una actividad que supone, por ejemplo, la celebración de más de 5 millones de eucaristías al año o la formación de cerca de 1 millón de niños y jóvenes en las parroquias.

La inmensa actividad caritativa y asistencial de las instituciones de la Iglesia es consecuencia directa del anuncio y la vivencia de la fe, por lo que no puede disociarse de la actividad pastoral. Los 4.459 centros asistenciales de la Iglesia con un total de 2.955.132 personas asistidas suponen la expresión más visible de la Cáritas cristiana, como reflejo del amor de Dios al hombre.

En el campo educativo, 1.277.256 alumnos están escolarizados en centros de titularidad católica. Los centros católicos concertados, además de transmitir a los jóvenes valores de humanidad y convivencia que se derivan del Evangelio, ahorraron 3.372 millones de euros en 2007 a las administracio-

nes públicas. Tal ahorro resulta de la diferencia entre el coste de una plaza en un centro público y el importe asignado al concierto por plaza.

En el ámbito cultural, se destaca la gran aportación que realiza la Iglesia con el mantenimiento del 30% de los monumentos existentes en nuestro país.

Se ofrecen, por último, algunos datos económicos de las diócesis y parroquias correspondientes a 2007. Estos datos revelan que las aportaciones directas de los fieles son la fuente principal de sostenimiento de las diócesis y parroquias. El importe del Fondo Común Interdiocesano destinado a las diócesis españolas cubre en torno al 20% de su sostenimiento básico.

Resulta imposible cuantificar, en términos económicos, toda la aportación que realiza la Iglesia y el ahorro que para el conjunto de la sociedad española supone su presencia pública. En cualquier caso, por todos los conceptos citados, estaríamos hablando de varias decenas de miles de millones de euros.

XTANTOS que necesitan tanto

Desde 2008, el sostenimiento de la Iglesia depende exclusivamente de los católicos y todas aquellas personas que reconocen la labor de la Iglesia. Quienes libremente quieran hacerlo, pueden marcar la casilla de la Iglesia Católica en su Declaración de la Renta. Un 0,7 por ciento de sus impuestos se dedicarán así, sin coste adicional para el contribuyente, a la labor que la Iglesia realiza.

Con el fin de animar a marcar la X en la Declaración de la Renta, el Secretariado para el Sostenimiento Económico de la Iglesia de la CEE ha puesto en marcha la Campaña de la Renta 2009. Como en ocasiones anteriores, se utiliza la marca XTANTOS en diversos formatos publicitarios para explicar de forma gráfica la labor que la Iglesia desempeña y la necesidad de que cada vez más personas se comprometan con ella para que pueda seguir ayudando a tantos que todavía necesitan tanto.

Más información en:
www.conferenciaepiscopal.es y
www.portantos.es

Nota de prensa final de la CCXIII reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 18 de junio de 2009

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXIII reunión, en Madrid, durante los días 16 y 17 de junio.

Declaración sobre el Anteproyecto de “Ley del aborto”

Los obispos han dedicado parte de sus trabajos a analizar el Anteproyecto

de “Ley del aborto” que el Consejo de Ministros dio a conocer el pasado 14 de mayo. Como fruto de esta reflexión se hace pública una Declaración con el título *Sobre el Anteproyecto de “Ley del aborto”: atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho”*. (Se adjunta documento íntegro y resumen periodístico del texto).

Ponencia sobre la crisis económica y sus raíces morales

A la espera de la publicación de una encíclica sobre Doctrina Social de la Iglesia, por parte del Papa, **Benedicto XVI**, los obispos han reflexionado sobre la actual situación de crisis económica y sobre sus raíces morales.

En este contexto, han encargado a la Comisión Episcopal de Pastoral Social la preparación de una Ponencia que sirva como base para una reflexión más profunda acerca de este problema y de sus implicaciones pastorales, que se llevaría a cabo en la próxima Plenaria del mes de noviembre.

Mensaje episcopal en el 50º aniversario de Manos Unidas

La Comisión Permanente ha mantenido un amplio diálogo sobre Manos Unidas, en el que ha destacado la meritoria labor de esta organización católica, al cumplirse 50 años de su fundación. Con este motivo, el Arzobispo de Santiago de Compostela y Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Se-

glar, Mons. D. **Julián Barrio Barrio**, ha presentado un *Mensaje episcopal en el 50º aniversario de Manos Unidas*, una vez incorporadas las aportaciones que se hicieron en la Asamblea Plenaria del pasado mes de abril. El documento, que se aprobará, previsiblemente, en la Comisión Permanente de septiembre, se hará público en otoño, en el contexto de la celebración del aniversario.

Además, en el habitual capítulo de nombramientos se ha incluido el de **Myriam M^a Inmaculada García Abrisqueta**, laica de la Archidiócesis de Madrid, como nueva Presidenta de Manos Unidas, por un período de tres años. Sustituye en el cargo a **Begoña de Burgos López** quien ha estado al frente de esta organización desde junio de 2006.

Calendario de la CEE para el año 2010

La Comisión Permanente ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la CEE para el año 2010. Las Asambleas Plenarias tendrán lugar del 19 al 23 de abril y del 22 al 26 de noviembre y las reuniones de la Comisión Permanente, del 23 al 25 de febrero; del 22 al 24 de junio y del 28 al 30 de septiembre.

Otros temas

El Obispo de Sant Feliu de Llobregat y Presidente de la Subcomisión Episcopal de Universidades, Mons. D.

Agustín Cortés Soriano, ha informado sobre la aplicación del “proceso de Bolonia” a los centros de estudios superiores de la Iglesia.

Por otro lado, los obispos han recibido estos días la carta de la Santa Sede en la que la Congregación para la Educación Católica les concede el año de moratoria que se ha solicitado para que los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas (ISCR) en España puedan aplazar la aplicación de la *Instrucción sobre los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas*. Mientras tanto, se ha creado una Comisión que se encargará de estudiar la situación de los mencionados institutos. Está presidida por Mons. **Cortés Soriano** y forman también parte de ella D. **Fernando Lozano Pérez**, Secretario Técnico de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos, como especialista en Derecho Canónico; D. **Alfonso Fernández Benito**, Director del Instituto Santa María de la Archidiócesis de Toledo, en representación de los insti-

tutos; D. **Gonzalo Tejerina Arias**, Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, en representación de las Facultades de Teología y D. **Agustín del Agua Pérez**, Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Universidades, como Secretario de la Comisión.

Se ha completado el orden del día con asuntos de seguimiento, la aprobación de los balances económicos que se presentarán a la próxima Plenaria, nombramientos y la información de las distintas Comisiones Episcopales sobre el cumplimiento del Plan Pastoral.

Entre las informaciones dadas, destaca la ofrecida por la Comisión Episcopal del Clero que ha presentado un avance de programación de sus actividades con motivo del Año Sacerdotal, así como también las líneas generales de la Ponencia que tiene encargada sobre este asunto y que será presentada en la próxima Asamblea Plenaria.

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. D. Pedro-Luis Mielgo Torres, sacerdote de la Diócesis de Alcalá de Henares, como Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral.

D. José Pablo Vaquero, laico de la Diócesis de Zamora, como Presidente del *Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos* (MJRC).

Rvdo. D. Jesús Álvarez Alcaide, sacerdote del IEME incardinado en Ciudad Real, como Asesor eclesialístico de *OCASHA*.

Rvdo. D. Jorge Juan Fernández Sangrador, Director de Publicaciones de la Conferencia Episcopal Española, manteniendo el cargo de Director de la BAC.

Rvdo. D. Joan Güell Noguer, sacerdote de la Diócesis de Girona, como Director Central de los *Grupos de Oración y Amistad*.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

REGINA CAELI

Domingo, 31 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia esparcida por el mundo entero revive hoy, solemnidad de Pentecostés, el misterio de su nacimiento, de su “bautismo” en el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 5), que tuvo lugar en Jerusalén cincuenta días después de la Pascua, precisamente en la fiesta judía de Pentecostés. Jesús resucitado había dicho a sus discípulos: “Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto” (*Lc* 24, 49). Esto aconteció de forma sensible en el Cenáculo, mientras se encontraban todos reunidos en oración junto con María, la Virgen Madre.

Como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*, de repente aquel lugar se vio invadido por un viento impetuoso, y unas lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno de los presentes. Los Apóstoles salieron entonces y comenzaron a proclamar en diversas lenguas que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, que murió y resucitó (cf. *Hch* 2, 1-4). El Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo creó el universo, que guió la historia del pueblo de Israel y habló por los profetas, que en la plenitud de los

tiempos cooperó a nuestra redención, en Pentecostés bajó sobre la Iglesia naciente y la hizo misionera, enviándola a anunciar a todos los pueblos la victoria del amor divino sobre el pecado y sobre la muerte.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Sin él, ¿a qué se reduciría? Ciertamente, sería un gran movimiento histórico, una institución social compleja y sólida, tal vez una especie de agencia humanitaria. Y en verdad es así como la consideran quienes la ven desde fuera de la perspectiva de la fe. Pero, en realidad, en su verdadera naturaleza y también en su presencia histórica más auténtica, la Iglesia es plasmada y guiada sin cesar por el Espíritu de su Señor. Es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es precisamente fruto del Espíritu divino invisible.

Queridos amigos, este año la solemnidad de Pentecostés cae en el último día del mes de mayo, en el que habitualmente se celebra la hermosa fiesta mariana de la Visitación. Este hecho nos invita a dejarnos inspirar y, en cierto modo, instruir por la Virgen María, la cual fue protagonista de ambos acontecimientos. En Nazaret ella recibió el anuncio de su singular ma-

ternidad e, inmediatamente después de haber concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo, fue impulsada por el mismo Espíritu de amor a acudir en ayuda de su anciana prima Isabel, que ya se encontraba en el sexto mes de una gestación también prodigiosa. La joven María, que, llevando en su seno a Jesús y olvidándose de sí misma, acude en ayuda del prójimo, es icono estupendo de la Iglesia en la perenne juventud del Espíritu, de la Iglesia misionera del Verbo encarnado, llamada a llevarlo al

mundo y a testimoniarlo especialmente en el servicio de la caridad.

Invoquemos, por tanto, la intercesión de María santísima, para que obtenga a la Iglesia de nuestro tiempo la gracia de ser poderosamente fortalecida por el Espíritu Santo. Que sientan la presencia consoladora del Paráclito en especial las comunidades eclesiales que sufren persecución por el nombre de Cristo, para que, participando en sus sufrimientos, reciban en abundancia el Espíritu de la gloria (cf. *1 P* 4, 13-14).

ÁNGELUS

Solemnidad de la Santísima Trinidad.

Domingo, 7 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo pascual, que culmina en la fiesta de Pentecostés, la liturgia prevé estas tres solemnidades del Señor: hoy, la Santísima Trinidad; el jueves próximo, el *Corpus Christi*, que en muchos países, entre ellos Italia, se celebrará el domingo próximo; y, por último, el viernes sucesivo, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Cada una de estas celebraciones litúrgicas subraya una perspectiva desde la que se abarca todo el misterio de la fe cristiana; es decir, respectivamente, la realidad de Dios uno y trino, el sacramento de la Eucaristía y el centro divino-humano de la Per-

sona de Cristo. En verdad, son aspectos del único misterio de salvación, que en cierto sentido resumen todo el itinerario de la revelación de Jesús, desde la encarnación, la muerte y la resurrección hasta la ascensión y el don del Espíritu Santo.

Hoy contemplamos la Santísima Trinidad tal como nos la dio a conocer Jesús. Él nos reveló que Dios es amor “no en la unidad de una sola persona, sino en la trinidad de una sola sustancia” (*Prefacio*): es Creador y Padre misericordioso; es Hijo unigénito, eterna Sabiduría encarnada, muerto y resucitado por nosotros; y, por último, es Espíritu Santo, que lo mueve todo, el cosmos y la historia, hacia la plena recapitulación final. Tres Personas que son *un solo Dios*, porque el Padre es amor, el Hijo es amor y el Espíritu es amor. Dios es todo amor y sólo amor,

amor purísimo, infinito y eterno. No vive en una espléndida soledad, sino que más bien es fuente inagotable de vida que se entrega y comunica incesantemente.

Lo podemos intuir, en cierto modo, observando tanto el macro-universo -nuestra tierra, los planetas, las estrellas, las galaxias- como el micro-universo -las células, los átomos, las partículas elementales- En todo lo que existe está grabado, en cierto sentido, el “nombre” de la Santísima Trinidad, porque todo el ser, hasta sus últimas partículas, es ser en relación, y así se trasluce el Dios-relación, se trasluce en última instancia el Amor creador. Todo proviene del amor, tiende al amor y se mueve impulsado por el amor, naturalmente con grados diversos de conciencia y libertad.

“¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!” (*Sal* 8, 2), exclama el salmista. Hablando del “nombre”, la Biblia indica a Dios mismo, su identidad más verdadera, identidad que resplandece en toda la creación, donde cada ser, por el mismo hecho de existir y por el “tejido” del que está hecho, hace referencia a un Principio trascendente, a la Vida eterna e infinita que se entrega; en una palabra, al Amor. “En él -dijo san Pablo en el Areópago de Atenas- vivimos, nos movemos y existimos” (*Hcb* 17, 28). La prueba más fuerte de que hemos sido creados a imagen de la Trinidad es ésta: sólo el amor nos hace felices, porque vivimos en relación, y vivimos para amar y ser amados. Utilizando una analogía sugerida por la

biología, diríamos que el ser humano lleva en su “genoma” la huella profunda de la Trinidad, de Dios-Amor.

La Virgen María, con su dócil humildad, se convirtió en esclava del Amor divino: aceptó la voluntad del Padre y concibió al Hijo por obra del Espíritu Santo. En ella el Omnipotente se construyó un templo digno de él, e hizo de ella el modelo y la imagen de la Iglesia, misterio y casa de comunión para todos los hombres. Que María, espejo de la Santísima Trinidad, nos ayude a crecer en la fe en el misterio trinitario.

Solemnidad del Corpus Christi. Domingo, 14 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Se celebra hoy en varios países, entre los cuales Italia, el *Corpus Christi*, la fiesta de la Eucaristía, en la que el sacramento del Cuerpo del Señor se lleva solemnemente en procesión. ¿Qué significa para nosotros esta fiesta? No sólo hace pensar en el aspecto litúrgico; en realidad, el *Corpus Christi* es un día que implica la dimensión cósmica, el cielo y la tierra. Evoca ante todo -al menos en nuestro hemisferio- esta estación tan hermosa y perfumada en la que la primavera se transforma ya en verano, el sol brilla con fuerza en el cielo y en los campos madura el trigo. Las fiestas de la Iglesia, como las judías, siguen el ritmo del año solar, de la siembra y la

cosecha. En particular, esto destaca en la solemnidad de hoy, en cuyo centro está el signo del pan, fruto de la tierra y del cielo. Por eso, el Pan eucarístico es el signo visible de Aquel en el que el cielo y la tierra, Dios y el hombre, han llegado a ser uno. Y esto muestra que la relación con las estaciones no es para el año litúrgico algo meramente exterior.

La solemnidad del *Corpus Christi* está íntimamente relacionada con la Pascua y con Pentecostés: la muerte y la resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu Santo son sus presupuestos. Además, está inmediatamente unida a la fiesta de la Trinidad, celebrada el domingo pasado. Sólo porque Dios mismo es relación, puede existir relación con él; y sólo porque es amor, puede amar y ser amado. Así, el *Corpus Christi* es una manifestación de Dios, un testimonio de que Dios es amor.

De un modo único y peculiar, esta fiesta nos habla del amor divino, de lo que es y de lo que hace. Nos dice, por ejemplo, que se regenera al entregarse, se recibe al darse, no disminuye y no se consume, como canta un himno de santo Tomás de Aquino: “*nec sumptus con-*

sumitur”. El amor lo transforma todo y, por tanto, se comprende que en el centro de esta fiesta del *Corpus Christi* está el misterio de la transustanciación, signo de Jesucristo que transforma el mundo. Al contemplarlo y adorarlo, decimos: sí, el amor existe, y, puesto que existe, las cosas pueden mejorar y nosotros podemos esperar. La esperanza que brota del amor de Cristo nos da la fuerza para vivir y afrontar las dificultades. Por eso cantamos mientras llevamos en procesión el Santísimo Sacramento; cantamos y alabamos a Dios, que se ha revelado escondiéndose en el signo del pan partido. Todos tenemos necesidad de este Pan, porque es largo y fatigoso el camino hacia la libertad, la justicia y la paz.

Podemos imaginar con cuánta fe y amor la Virgen habrá recibido y adorado en su corazón la santa Eucaristía. Cada vez era para ella como revivir todo el misterio de su Hijo Jesús: desde la concepción hasta la resurrección. “Mujer eucarística” la llamó mi venerado y amado predecesor, Juan Pablo II. Aprendamos de ella a renovar continuamente nuestra comunión con el Cuerpo de Cristo, para amarnos unos a otros como él nos amó.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 27 de mayo de 2009
San Teodoro el Estudita

Queridos hermanos y hermanas:

El santo del que voy a hablar hoy, san Teodoro el Estudita, nos hace remontarnos al centro del período medieval bizantino, un período más bien turbulento desde el punto de vista religioso y

político. San Teodoro nació en el año 759 en una familia noble y piadosa: su madre, Teoctista, y uno de sus tíos, Platón, abad del monasterio de *Sakkudion*, en Bitinia, son venerados como santos. Fue precisamente su tío quien lo orientó hacia la vida monástica, que abrazó a la edad de 22 años. Fue ordenado sacerdote por el patriarca Tarasio, pero después rompió la comunión con él por la debilidad que mostró en el caso del matrimonio adúltero del emperador Constantino VI. La consecuencia fue el destierro de san Teodoro a Tesalónica, en el año 796. La reconciliación con la autoridad imperial se produjo en el año sucesivo bajo la emperatriz Irene, cuya benevolencia impulsó a san Teodoro y su tío Platón a trasladarse al monasterio urbano de *Studios*, junto con la mayor parte de la comunidad de los monjes de *Sakkudion*, para evitar las incursiones de los sarracenos. Así comenzó la importante “reforma estudita”.

La vida personal de san Teodoro, sin embargo, siguió siendo muy agitada. Con su acostumbrada energía, se convirtió en jefe de la resistencia contra la iconoclasia de León V el Armenio, que se opuso nuevamente a la existencia de imágenes e iconos en la Iglesia. La procesión de iconos organizada por los monjes de *Studios* desencadenó la reacción de la policía. Entre los años 815 y 821, san Teodoro fue flagelado, encarcelado y desterrado a varios lugares de Asia Menor. Al final pudo regresar a Constantinopla, pero no a su

monasterio. Entonces se estableció con sus monjes en la otra parte del Bósforo. Al parecer, murió en *Prinkipo* el 11 de noviembre del año 826, día en el que lo recuerda el calendario bizantino.

En la historia de la Iglesia, san Teodoro se distinguió por ser uno de los grandes reformadores de la vida monástica y también como defensor de las imágenes sagradas durante la segunda fase de la iconoclasia, junto al patriarca de Constantinopla, san Nicéforo. San Teodoro había comprendido que la cuestión de la veneración de los iconos afectaba a la verdad misma de la Encarnación. En sus tres libros *Antirretikoi* (*Refutaciones*), san Teodoro compara las relaciones eternas en el seno de la Trinidad, en donde la existencia de cada Persona divina no destruye la unidad, con las relaciones entre las dos naturalezas en Cristo, que no comprometen en él la única Persona del *Logos*. Y argumenta: abolir la veneración del icono de Cristo significaría cancelar su misma obra redentora, pues, al asumir la naturaleza humana, la *Palabra* eterna invisible se hizo visible en la carne humana y así santificó todo el cosmos visible. Los iconos, santificados por la bendición litúrgica y por las oraciones de los fieles, nos unen con la Persona de Cristo, con sus santos y, a través de ellos, con el Padre celestial, y testimonian la entrada de la realidad divina en nuestro cosmos visible y material.

San Teodoro y sus monjes, testigos de valentía en el tiempo de las perse-

cuciones iconoclastas, están inseparablemente unidos a la reforma de la vida cenobítica en el mundo bizantino. Su importancia se impone incluso por una circunstancia exterior: el número. Mientras los monasterios de la época tenían al máximo treinta o cuarenta monjes, por la *Vida de Teodoro* sabemos que los monjes estuditas eran más de mil. San Teodoro mismo nos informa que en su monasterio había unos trescientos monjes; por tanto, se ve el entusiasmo de la fe que nació en el contexto de este hombre realmente informado y formado por la fe misma.

Ahora bien, más que el número, influyó sobre todo el nuevo espíritu que imprimió el fundador a la vida cenobítica. En sus escritos insiste en la urgencia de un regreso consciente a la enseñanza de los Padres, especialmente de san Basilio, primer legislador de la vida monástica, y de san Doroteo de Gaza, famoso padre espiritual del desierto palestino. La contribución característica de san Teodoro consiste en su insistencia en la necesidad del orden y de la sumisión por parte de los monjes. Durante las persecuciones, éstos se habían dispersado, acostumbrándose a vivir cada uno según su propio criterio. Cuando se pudo restablecer la vida común, resultó necesario esforzarse a fondo para hacer que el monasterio volviera a constituir una auténtica comunidad orgánica, una verdadera familia o, como dice él, un verdadero “Cuerpo de Cristo”. En esa comunidad se realiza concretamente la realidad de la Iglesia en su conjunto.

Otra convicción de fondo de san Teodoro era que, con respecto a los seculares, los monjes asumen el compromiso de observar los deberes cristianos con mayor rigor e intensidad. Por eso pronuncian una profesión especial, que pertenece a los *hagiasmata* (*consagraciones*), y es casi un “nuevo bautismo”, del que es símbolo la toma de hábito. A diferencia de los seculares, es característico de los monjes el compromiso de pobreza, castidad y obediencia.

Dirigiéndose a los monjes, san Teodoro habla de manera concreta, en ocasiones casi pintoresca, de la pobreza, pero en el seguimiento de Cristo la pobreza es desde los inicios un elemento esencial del monaquismo e indica también un camino para todos nosotros. La renuncia a la propiedad privada, estar desprendido de las cosas materiales, así como la sobriedad y la sencillez, sólo valen de forma radical para los monjes, pero el espíritu de esta renuncia es igual para todos.

No debemos depender de la propiedad material; debemos aprender la renuncia, la sencillez, la austeridad y la sobriedad. Sólo así puede crecer una sociedad solidaria y se puede superar el gran problema de la pobreza de este mundo. Por tanto, en este sentido, el signo radical de los monjes pobres también indica fundamentalmente un camino para todos nosotros. Cuando explica las tentaciones contra la castidad, san Teodoro no oculta sus propias experiencias y demuestra el camino de

lucha interior para lograr el dominio de sí mismos y así el respeto del propio cuerpo y del cuerpo del otro como templo de Dios.

Pero las principales renunciaciones para él son las que exige la obediencia, pues cada uno de los monjes tiene su manera de vivir, y la integración en la gran comunidad de trescientos monjes implica realmente una nueva forma de vida, que él califica como el “martirio de la sumisión”. También en esto los monjes dan un ejemplo de cuán necesaria es la obediencia para nosotros mismos, pues tras el pecado original el hombre tiende a hacer su propia voluntad: el primer principio es la vida del mundo, y todo lo demás queda sometido a la propia voluntad. Pero de este modo, si cada quien sólo se sigue a sí mismo, el tejido social no puede funcionar.

Sólo aprendiendo a integrarse en la libertad común, compartiendo y sometiendo a ella, aprendiendo la legalidad, es decir, la sumisión y la obediencia a las reglas del bien común y de la vida común, puede sanar una sociedad, así como el *yo* mismo de la soberbia que quiere ocupar el centro del mundo. De este modo, san Teodoro ayuda con aguda introspección a sus monjes, y en definitiva también a nosotros, a comprender la verdadera vida, a resistir a la tentación de poner la propia voluntad como regla suprema de vida y a conservar la verdadera identidad personal -que es siempre una identidad junto con los demás-, así como la paz del corazón.

Para san Teodoro el Estudita, junto a la obediencia y la humildad, una virtud importante es la *philergia*, es decir, el amor al trabajo, en el que ve un criterio para comprobar la calidad de la devoción personal: quien es fervoroso en los compromisos materiales, quien trabaja con asiduidad -argumenta-, lo es también en los espirituales. Por eso, no admite que bajo el pretexto de la oración y de la contemplación, el monje se dispense del trabajo, incluido el trabajo manual, que en realidad, según él y según toda la tradición monástica, es un medio para encontrar a Dios. San Teodoro no tiene miedo de hablar del trabajo como del “sacrificio del monje”, de su “liturgia”, incluso de una especie de misa por la que la vida monástica se convierte en vida angélica. Y precisamente así el mundo del trabajo se debe humanizar y el hombre, a través del trabajo, se hace más hombre, más cercano a Dios. Merece la pena destacar una consecuencia de esta singular concepción: precisamente por ser fruto de una forma de “liturgia”, el dinero que se obtiene del trabajo común no debe servir para la comodidad de los monjes, sino que debe destinarse a ayudar a los pobres. Así todos podemos ver la necesidad de que el fruto del trabajo es un bien para todos.

Obviamente, el trabajo de los “estuditas” no era sólo manual: tuvieron gran importancia en el desarrollo religioso-cultural de la civilización bizantina como calígrafos, pintores, poetas, educadores de los jóvenes, maestros de escuelas y bibliotecarios.

Aunque llevó a cabo una vastísima actividad exterior, san Teodoro no se dejaba distraer de lo que consideraba íntimamente vinculado a su función de superior: ser el padre espiritual de sus monjes. Conocía el influjo decisivo que habían tenido en su vida tanto su buena madre como su santo tío, Platón, al que da el significativo título de “padre”. Por ello, impartía a los monjes dirección espiritual. Cada día, refiere el biógrafo, tras la oración de la tarde, se ponía ante el iconostasio para escuchar a todos. También aconsejaba espiritualmente a muchas personas que no eran del monasterio. Su *Testamento espiritual* y sus *Cartas* subrayan su carácter abierto y afectuoso, y muestran cómo de su paternidad surgieron verdaderas amistades espirituales en el ámbito monástico y fuera de él.

La *Regla*, conocida con el nombre de *Hypotyposis*, codificada poco después de la muerte de san Teodoro, fue adoptada, con alguna modificación, en el Monte Athos, cuando en el año 962 san Atanasio Athonita fundó allí la *Gran Lavra*, y en la Rus’ de Kiev, cuando al inicio del segundo milenio san Teodosio la introdujo en la *Lavra de las Grutas*. La Regla, comprendida en su significado genuino, es sumamente actual. Existen hoy numerosas corrientes que amenazan la unidad de la fe común y llevan hacia una especie de peligroso individualismo espiritual y de soberbia espiritual. Es necesario esforzarse por defender y hacer que crezca la perfecta unidad del Cuerpo

de Cristo, en la que pueden estar en armonía la paz del orden y las relaciones personales sinceras en el Espíritu.

Quizá conviene, al final, retomar algunos de los elementos principales de la doctrina espiritual de san Teodoro. Amor al Señor encarnado y a su visibilidad en la liturgia y en los iconos. Fidelidad al bautismo y esfuerzo por vivir en la comunión del Cuerpo de Cristo, entendida también como comunión de los cristianos entre sí. Espíritu de pobreza, de sobriedad, de renuncia; castidad, dominio de sí, humildad y obediencia contra la primacía de la propia voluntad, que destruye el tejido social y la paz de las almas. Amor al trabajo material y espiritual. Amistad espiritual nacida en la purificación de la propia conciencia, de la propia alma, de la propia vida. Tratemos deseguir estas enseñanzas, que realmente nos muestran el camino de la verdadera vida.

Miércoles, 3 de junio de 2009

Rabano Mauro

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy voy a hablar de un personaje del Occidente latino verdaderamente extraordinario: el monje Rabano Mauro. Junto a hombres como san Isidoro de Sevilla, san Beda el Venerable y san Ambrosio Auperto, de los que ya he hablado en catequesis precedentes, durante los siglos de la alta Edad Media

supo mantener el contacto con la gran cultura de los antiguos sabios y de los Padres cristianos.

Rabano Mauro, recordado con frecuencia como “*praeceptor Germaniae*”, tuvo una fecundidad extraordinaria. Con su capacidad de trabajo totalmente excepcional fue quizá el que más contribuyó a mantener viva la cultura teológica, exegética y espiritual a la que recurrirían los siglos sucesivos. A él hacen referencia grandes personajes pertenecientes al mundo de los monjes, como san Pedro Damiano, san Pedro el Venerable y san Bernardo de Claraval, así como un número cada vez mayor de “*clerici*” del clero secular, que en los siglos XII y XIII promovieron uno de los florecimientos más hermosos y fecundos del pensamiento humano.

Rabano nació en Maguncia, alrededor del año 780; al entrar, muy joven, en el monasterio se le añadió el nombre de Mauro, precisamente en referencia al joven Mauro que, según el *Libro segundo de los diálogos* de san Gregorio Magno, siendo niño, lo habían entregado sus padres, nobles romanos, al abad Benito de Nursia. El ingreso precoz de Rabano como “*puer oblatus*” en el mundo monástico benedictino, y los frutos que obtuvo para su crecimiento humano, cultural y espiritual, abrieron posibilidades interesantísimas no sólo para la vida de los monjes y de la Iglesia, sino también para toda la sociedad de su tiempo, tradicionalmente llamada “*carolingia*”.

Hablando de ellos, o quizá de sí mismo, Rabano Mauro escribe: “Hay algunos que han tenido la suerte de haber sido introducidos en el conocimiento de las Escrituras desde su más tierna infancia (“*a cunabulis suis*”) y se han alimentado tan bien de la comida que les ha ofrecido la santa Iglesia que pueden ser promovidos, con la educación adecuada, a las más altas órdenes sagradas” (*PL* 107, col 419 BC).

La extraordinaria cultura por la que se distinguía Rabano Mauro llamó muy pronto la atención de los grandes de su tiempo. Se convirtió en consejero de príncipes. Se esforzó por garantizar la unidad del Imperio y, en un nivel cultural más amplio, a quien le preguntaba nunca negó una respuesta ponderada, que se inspiraba preferentemente en la Biblia y en los textos de los santos Padres. A pesar de que fue elegido primero abad del famoso monasterio de Fulda y después arzobispo de su ciudad natal, Maguncia, prosiguió sus estudios, demostrando con el ejemplo de su vida que se puede estar al mismo tiempo a disposición de los demás, sin privarse por ello de un tiempo oportuno de reflexión, estudio y meditación.

Así, Rabano Mauro fue exegeta, filósofo, poeta, pastor y hombre de Dios. Las diócesis de Fulda, Maguncia, Limburgo y Breslavia lo veneran como santo o beato. Sus obras ocupan seis volúmenes de la Patrología Latina de Migne. Probablemente fue él quien compuso uno de los himnos más be-

llos y conocidos de la Iglesia latina, el “*Veni Creator Spiritus*”, síntesis extraordinaria de pneumatología cristiana. El primer compromiso teológico de Rabano se expresó, de hecho, en forma de poesía y tuvo como tema el misterio de la santa cruz, en una obra titulada “*De laudibus sanctae crucis*”, concebida para presentar no sólo contenidos conceptuales, sino también estímulos más exquisitamente artísticos, utilizando tanto la forma poética como la forma pictórica dentro del mismo códice manuscrito.

Por ejemplo, proponiendo iconográficamente entre las líneas de su escrito la imagen de Cristo crucificado, escribe: “Ésta es la imagen del Salvador que, con la posición de sus miembros, hace sagrada para nosotros la salubérrima, dulcísima y amadísima forma de la cruz, para que creyendo en su nombre y obedeciendo sus mandamientos podamos obtener la vida eterna gracias a su Pasión. Por eso, cada vez que elevamos la mirada a la cruz, recordamos a Aquél que sufrió por nosotros para arrancarnos del poder de las tinieblas, aceptando la muerte para hacernos herederos de la vida eterna” (Lib. 1, Fig. 1:PL 107 col 151 C).

Este método de combinar todas las artes, la inteligencia, el corazón y los sentidos, que procedía de Oriente, sería desarrollado ampliamente en Occidente, consiguiendo metas inalcanzables en los códices miniados de la Biblia y en otras obras de fe y de arte, que flore-

cieron en Europa hasta la invención de la imprenta e incluso después. En todo caso, demuestra que Rabano Mauro tenía una conciencia extraordinaria de la necesidad de involucrar en la experiencia de fe no sólo la mente y el corazón, sino también los sentidos a través de los otros aspectos del gusto estético y de la sensibilidad humana que llevan al hombre a disfrutar de la verdad con todo su ser, “espíritu, alma y cuerpo”.

Esto es importante: la fe no es sólo pensamiento, sino que implica a todo el ser. Dado que Dios se hizo hombre en carne y hueso, y entró en el mundo sensible, nosotros tenemos que tratar de encontrar a Dios con todas las dimensiones de nuestro ser. Así, la realidad de Dios, a través de la fe, penetra en nuestro ser y lo transforma. Por eso, Rabano Mauro concentró su atención sobre todo en la liturgia, como síntesis de todas las dimensiones de nuestra percepción de la realidad. Esta intuición de Rabano Mauro lo hace extraordinariamente actual.

Son famosos también sus “*Carmena*”, propuestos para ser utilizados sobre todo en las celebraciones litúrgicas. De hecho, es lógico el interés de Rabano por la liturgia, teniendo en cuenta que era ante todo un monje. Sin embargo, no se dedicó al arte de la poesía como fin en sí misma, sino que utilizó el arte y cualquier otro tipo de conocimiento para profundizar en la Palabra de Dios. Por ello, con gran empeño y rigor trató de introducir a

sus contemporáneos, sobre todo a los ministros (obispos, presbíteros y diáconos), en la comprensión del significado profundamente teológico y espiritual de todos los elementos de la celebración litúrgica.

Así, trató de comprender y presentar a los demás los significados teológicos escondidos en los ritos, recurriendo a la Biblia y a la tradición de los Padres. Por honradez y para dar mayor peso a sus explicaciones, no dudaba en citar las fuentes patristicas a las que debía su saber. Se servía de ellas con libertad y discernimiento atento, continuando el desarrollo del pensamiento patristico. Por ejemplo, al final de su "*Epistola prima*" dirigida a un corepíscopo de la diócesis de Maguncia, después de responder a las peticiones de aclaración sobre el comportamiento que se debe tener en el ejercicio de la responsabilidad pastoral, prosigue: "Te hemos escrito todo esto tal como lo hemos deducido de las Sagradas Escrituras y de los cánones de los Padres. Ahora bien, tú, santísimo hombre, toma tus decisiones como mejor te parezca, caso por caso, tratando de moderar tu evaluación de tal manera que se garantice en todo la discreción, pues ésta es la madre de todas las virtudes" (*Epistulae*, I: PL 112, col. 1510 C). Así se ve la continuidad de la fe cristiana, que tiene sus inicios en la Palabra de Dios, la cual siempre está viva, se desarrolla y se expresa de nuevas maneras, siempre en coherencia con toda la construcción, con todo el edificio de la fe.

Dado que la Palabra de Dios es parte integrante de la celebración litúrgica, Rabano Mauro se dedicó a ella con el máximo empeño durante toda su vida. Redactó explicaciones exegéticas apropiadas casi para todos los libros bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, con una finalidad claramente pastoral, que justificaba con palabras como estas: "He escrito esto (...) sintetizando explicaciones y propuestas de otros muchos para prestar un servicio al pobre lector que no puede tener a su disposición muchos libros, pero también para ayudar a quienes en muchos temas no logran profundizar en la comprensión de los significados descubiertos por los Padres" (*Commentariorum in Matthaeum praefatio*: PL 107, col. 727 D). De hecho, al comentar los textos bíblicos recurría ampliamente a los Padres antiguos, con predilección especial por san Jerónimo, san Ambrosio, san Agustín y san Gregorio Magno.

Su notable sensibilidad pastoral lo llevó después a afrontar uno de los problemas que más preocupaban a los fieles y a los ministros sagrados de su tiempo: el de la Penitencia. Compiló "Penitenciarios" -así los llamaba- en los que, según la sensibilidad de la época, se enumeraban los pecados y las penas correspondientes, utilizando en la medida de lo posible motivaciones tomadas de la Biblia, de las decisiones de los concilios, y de las Decretales de los Papas. De esos textos, se sirvieron también los "carolingios" en su intento de reforma de la Iglesia y de la so-

ciudad. Esta misma finalidad pastoral tenían obras como “*De disciplina ecclesiastica*” y “*De institutione clericorum*” en los que, recurriendo sobre todo a san Agustín, Rabano explicaba a personas sencillas y al clero de su diócesis los elementos fundamentales de la fe cristiana: eran una especie de pequeños catecismos.

Concluyo la presentación de este gran “hombre de Iglesia” citando algunas palabras suyas en las que se refleja su convicción de fondo: “Quien descuida la contemplación (“*qui vacare Deo negligit*”), se priva de la visión de la luz de Dios; quien se deja llevar de modo indiscreto por las preocupaciones y permite que sus pensamientos se vean arrollados por el tumulto de las cosas del mundo, se condena a la imposibilidad absoluta de penetrar en los secretos del Dios invisible” (Lib. I: *PL* 112, col. 1263 A).

Creo que Rabano Mauro nos dirige hoy estas palabras: en el trabajo, con sus ritmos frenéticos, y en los tiempos de vacaciones, debemos reservar momentos para Dios. Abrirle nuestra vida dirigiéndole un pensamiento, una reflexión, una breve oración; y, sobre todo, no debemos olvidar el domingo como el día del Señor, el día de la liturgia, para percibir en la belleza de nuestras iglesias, de la música sacra y de la Palabra de Dios, la belleza misma de Dios, dejándolo entrar en nuestro ser. Sólo así nuestra vida se hace grande, se hace vida de verdad.

Miércoles, 10 de junio de 2009
Juan Escoto Eriúgena

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy voy a hablar de un pensador notable del Occidente cristiano: Juan Escoto Eriúgena, cuyos orígenes sin embargo son oscuros. Ciertamente, procedía de Irlanda, donde nació a inicios del siglo IX, pero no sabemos cuándo salió de su isla, atravesando el canal de la Mancha, para entrar a formar parte plenamente del mundo cultural que estaba renaciendo en torno a los carolingios y, de modo particular, en torno a Carlos el Calvo, en la Francia del siglo IX. Del mismo modo que no se conoce la fecha exacta de su nacimiento, también ignoramos el año de su muerte que, según los estudiosos, debería haber acaecido alrededor del año 870.

Juan Escoto Eriúgena tenía una cultura patrística, tanto griega como latina, de primera mano: conocía directamente los escritos de los Padres latinos y griegos. Conocía bien, entre otras, las obras de san Agustín, san Ambrosio, san Gregorio Magno, grandes Padres del Occidente cristiano, pero también conocía a fondo el pensamiento de Orígenes, san Gregorio de Nisa, san Juan Crisóstomo y los demás Padres cristianos de Oriente no menos grandes. Era un hombre excepcional, que dominaba en ese tiempo la lengua griega. Prestó atención muy especial a san Máximo el Confesor y, sobre todo, a Dionisio el Areopagita. Bajo este seudónimo se oculta un escritor eclesiás-

tico del siglo V, de Siria, pero Juan Escoto Eriúgena, como todos en la Edad Media, estaba convencido de que este autor se identificaba con un discípulo directo de san Pablo, del que se habla en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. *Hch* 17, 34).

Escoto Eriúgena, convencido de esta apostolicidad de los escritos de Dionisio, lo definió “autor divino” por excelencia. Por eso, los escritos de Dionisio fueron una fuente eminente de su pensamiento. Juan Escoto tradujo al latín sus obras. Los grandes teólogos medievales, como san Buenaventura, conocieron las obras de Dionisio a través de esta traducción. Se dedicó durante toda su vida a profundizar y desarrollar su pensamiento, bebiendo en esos escritos, hasta el punto de que aún hoy alguna vez resulta difícil distinguir dónde se halla el pensamiento de Escoto Eriúgena y dónde en cambio no hace más que volver a presentar el pensamiento del Pseudo Dionisio.

En verdad, el trabajo teológico de Juan Escoto no tuvo mucha suerte. No sólo el final de la era carolingia hizo que se olvidaran sus obras, sino que, además, una censura por parte de la autoridad eclesiástica ensombreció su figura. En realidad, Juan Escoto representa un platonismo radical, que a veces parece acercarse a una visión panteísta, aunque su intención personal subjetiva fue siempre ortodoxa.

De Juan Escoto Eriúgena, se conservan varias obras, entre las cuales merece

la pena recordar, en particular, el tratado “*Sobre la división de la naturaleza*” y las “*Exposiciones sobre la jerarquía celeste de san Dionisio*”. En ellas, desarrolla reflexiones teológicas y espirituales estimulantes, que podrían sugerir interesantes puntos de profundización incluso para los teólogos contemporáneos. Me refiero, por ejemplo, a lo que escribe sobre el deber de realizar un discernimiento adecuado sobre lo que se presenta como *auctoritas vera*, o sobre el compromiso de seguir buscando la verdad hasta que se alcance una experiencia de ella en la adoración silenciosa de Dios.

Nuestro autor dice: “*Salus nostra ex fide inchoat*”, “Nuestra salvación comienza con la fe”. Es decir, no podemos hablar de Dios partiendo de nuestras propias ocurrencias, sino de lo que dice Dios de sí mismo en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, dado que Dios sólo dice la verdad, Escoto Eriúgena está convencido de que la autoridad y la razón nunca pueden oponerse; está convencido de que la verdadera religión y la verdadera filosofía coinciden.

Desde esta perspectiva, escribe: “Cualquier tipo de autoridad que no sea confirmada por una verdadera razón debería considerarse débil... Porque no existe verdadera autoridad si no es la que coincide con la verdad descubierta en virtud de la razón, aunque se tratara de una autoridad recomendada y transmitida para utilidad de las futuras generaciones por los Santos Padres” (I, *PL* 122, col. 513 bc). Por consi-

guiente, advierte: “Ninguna autoridad te debe atemorizar o distraer de lo que te hace comprender la persuasión obtenida gracias a una recta contemplación racional. En efecto, la autoridad auténtica no contradice nunca la recta razón, ni ésta puede contradecir una verdadera autoridad. Ambas proceden sin duda alguna de la misma fuente, que es la sabiduría divina” (I, *PL* 122, col. 511 b). Aquí vemos una valiente afirmación del valor de la razón, fundada en la certeza de que la verdadera autoridad es razonable, porque Dios es la razón creadora.

Según Escoto Eriúgena, también a la Escritura es necesario acercarse utilizando el mismo criterio de discernimiento, pues la Escritura -sostiene el teólogo irlandés, presentando una reflexión ya presente en san Juan Crisóstomo-, aunque procede de Dios, no sería necesaria si el hombre no hubiera pecado. Por tanto, se debería deducir que Dios nos dio la Escritura con una finalidad pedagógica y por condescendencia, para que el hombre pudiera recordar todo lo que había sido grabado en su corazón desde el momento de su creación “a imagen y semejanza de Dios” (*Gn* 1, 26) y que la caída original le había hecho olvidar.

Juan Escoto escribe en las *Expositiones*: “No es que el hombre haya sido creado para la Escritura, de la cual no hubiera tenido necesidad si no hubiera pecado, sino que, más bien, es la Escritura, tejida de doctrina y de símbo-

los, la que ha sido dada para el hombre. Gracias a ella, nuestra naturaleza racional puede ser introducida en los secretos de la auténtica y pura contemplación de Dios” (II, *PL* 122, col. 146 c). La palabra de la Sagrada Escritura purifica nuestra razón un poco ciega y nos ayuda a volver al recuerdo de lo que nosotros, como imagen de Dios, llevamos en nuestro corazón, lamentablemente herido por el pecado.

De aquí, derivan algunas consecuencias hermenéuticas, sobre el modo de interpretar la Escritura, que pueden indicar también hoy el camino real para una lectura correcta de la Sagrada Escritura. Se trata de descubrir el sentido oculto en el texto sagrado y esto supone un ejercicio interior particular, gracias al cual, la razón se abre al camino seguro que lleva a la verdad. Ese ejercicio consiste en cultivar una disponibilidad constante a la conversión. Para llegar a comprender en profundidad el texto es necesario progresar simultáneamente en la conversión del corazón y en el análisis conceptual de la página bíblica, sea de carácter cósmico, histórico o doctrinal. Porque sólo se puede llegar a una comprensión exacta gracias a la constante purificación tanto del ojo del corazón como del ojo de la mente.

Este camino arduo, exigente y entusiasmante, hecho de continuas conquistas y relativizaciones del saber humano, lleva a la criatura inteligente hasta el umbral del Misterio divino, donde todas las nociones muestran

su debilidad e incapacidad, y por eso, con la sencilla fuerza libre y dulce de la verdad, obligan a ir continuamente más allá de todo lo conseguido. Así, el reconocimiento adorante y silencioso del Misterio, que desemboca en la comunión unificadora, se revela como el único camino de una relación con la verdad que sea a la vez la más íntima posible y la más escrupulosamente respetuosa de la alteridad.

Juan Escoto, utilizando también aquí un vocabulario arraigado en la tradición cristiana de lengua griega, llamó a esta experiencia, a la que tendemos, “*theosis*” o divinización, con afirmaciones tan atrevidas que en algunos suscitaron sospechas de panteísmo heterodoxo. Por lo demás, se experimenta una fuerte emoción al leer textos como el siguiente, donde, recurriendo a la antigua metáfora de la fusión del hierro, escribe: “Por tanto, del mismo modo que todo el hierro candente se licúa hasta el punto de que parece haber sólo fuego, pero siguen siendo distintas las sustancias de uno y otro, así se debe aceptar que, después del fin de este mundo, toda la naturaleza, tanto la corpórea como la incorpórea, sólo manifiesta a Dios, aunque permanezca íntegra de tal modo que a Dios se le pueda comprender aunque siga siendo incomprendible y la criatura misma sea transformada, con maravilla inefable, en Dios” (V, *PL* 122, col. 451 b).

En realidad, todo el pensamiento teológico de Juan Escoto es la demos-

tración más evidente del intento de expresar lo comprensible del Dios incomprendible, fundándose únicamente en el misterio del Verbo encarnado en Jesús de Nazaret. Las numerosas metáforas que utiliza para indicar esta realidad inefable demuestran que es consciente de que los términos con que hablamos de estas cosas son absolutamente inadecuados. Sin embargo, queda el encanto y el clima de auténtica experiencia mística que de vez en cuando se puede palpar en sus textos. Baste citar, como confirmación, una página del *De divisione naturae* que toca a fondo incluso el corazón de nosotros, los creyentes del siglo XXI: “No se debe desear otra cosa -escribe- sino la alegría de la verdad, que es Cristo, ni evitar otra cosa sino el estar alejados de él, pues esto se debería considerar como causa única de tristeza total y eterna. Si me quitas a Cristo, no me quedará ningún bien, y nada me asustará como estar lejos de él. El mayor tormento de una criatura racional es estar privado de él o lejos de él” (V, *PL* 122, col. 989 a). Son palabras que podemos hacer nuestras, transformándolas en oración a Aquel que constituye también el anhelo de nuestro corazón.

Miércoles, 17 de junio de 2009

San Cirilo y san Metodio

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de san Cirilo y san Metodio, hermanos en la sangre y en la fe, llamados apóstoles de los es-

lavos. San Cirilo nació en Tesalónica; era el más joven de los siete hijos de León, magistrado imperial en los años 826-827. De niño aprendió la lengua eslava. A los catorce años fue enviado a Constantinopla para educarse y fue compañero del joven emperador Miguel III. En aquellos años fue introducido en las diferentes materias universitarias, entre ellas, la dialéctica, teniendo como maestro a Focio. Después de rechazar un matrimonio brillante, decidió recibir las órdenes sagradas y se convirtió en “bibliotecario” en el patriarcado. Más tarde, deseando retirarse a la soledad, se escondió en un monasterio, pero pronto fue descubierto y le encomendaron la enseñanza de las ciencias sagradas y profanas, tarea que desempeñó tan bien que se ganó el apelativo de “filósofo”.

Mientras tanto, su hermano Miguel (nacido en torno al año 815), tras una carrera administrativa en Macedonia, hacia el año 850 abandonó el mundo para retirarse a la vida monástica en el monte Olimpo, en Bitinia, donde recibió el nombre de Metodio (el nombre monástico debía comenzar por la misma letra del de bautismo) y se convirtió en egúmeno (abad) del monasterio de *Polychron*.

También san Cirilo, atraído por el ejemplo de su hermano, decidió dejar la enseñanza para dedicarse a meditar y rezar en el monte Olimpo. Ahora bien, algunos años más tarde (en torno al 861), el gobierno imperial le encargó una mi-

sión entre los cázaros del mar de Azov, que pidieron que se les enviara un literato que supiera discutir con los judíos y los sarracenos. San Cirilo, acompañado por su hermano san Metodio, vivió largo tiempo en Crimea, donde aprendió el hebreo. Allí buscó también el cuerpo del Papa Clemente I, que había sido desterrado a ese lugar. Encontró su tumba y, cuando emprendió el regreso, juntamente con su hermano, llevó las preciosas reliquias. Al llegar a Constantinopla, los dos hermanos fueron enviados a Moravia por el emperador Miguel III, a quien el príncipe de Moravia, Ratislao, había hecho una petición precisa: “Nuestro pueblo -le había dicho-, desde que renunció al paganismo, observa la ley cristiana; pero no tenemos un maestro capaz de explicarnos la verdadera fe en nuestro idioma”. La misión tuvo muy pronto un éxito insólito. Al traducir la liturgia a la lengua eslava, los dos hermanos se ganaron una gran simpatía entre el pueblo.

Esto, sin embargo, suscitó la hostilidad contra ellos por parte del clero franco, que había llegado precedentemente a Moravia y consideraba el territorio como perteneciente a su propia jurisdicción eclesial. Para justificarse, en el año 867 los dos hermanos viajaron a Roma. Durante el viaje se detuvieron en Venecia, donde tuvo lugar una acalorada discusión con los que defendían la así llamada “herejía trilingüe”: éstos consideraban que había sólo tres idiomas en los que se podía alabar lícitamente a Dios: hebreo, griego y latín.

Obviamente los dos hermanos se opusieron a esto con fuerza. En Roma, san Cirilo y san Metodio fueron recibidos por el Papa, Adriano II, que les salió al encuentro en procesión para acoger dignamente las reliquias de san Clemente. El Papa también había comprendido la gran importancia de su excepcional misión. De hecho, desde la mitad del primer milenio los eslavos se habían asentado en gran número en los territorios situados entre las dos partes del Imperio romano, la oriental y la occidental, que experimentaban tensiones entre sí. El Papa intuyó que los pueblos eslavos podían desempeñar el papel de puente, contribuyendo así a conservar la unión entre los cristianos de ambas partes del Imperio. Por eso, no dudó en aprobar la misión de los dos hermanos en la Gran Moravia, acogiendo y aprobando el uso de la lengua eslava en la liturgia. Los libros eslavos fueron colocados en el altar de Santa María de Phatmé (Santa María la Mayor) y se celebró la liturgia en lengua eslava en las basílicas de San Pedro, San Andrés y San Pablo.

Por desgracia, en Roma san Cirilo enfermó gravemente. Al sentir que se acercaba su muerte, quiso consagrarse totalmente a Dios como monje en uno de los monasterios griegos de la ciudad (probablemente en Santa Práxedes) y tomó el nombre monástico de Cirilo (su nombre de bautismo era Constantino). Luego pidió con insistencia a su hermano Metodio, que mientras tanto había sido consagrado obispo, que

no abandonara la misión en Moravia y regresara a aquellas poblaciones. Y dirigió a Dios esta invocación: “Señor, Dios mío..., escucha mi oración y conserva fiel a ti el rebaño que me habías encomendado... Líbralos de la herejía de las tres lenguas, reúnelos a todos en la unidad, y haz que el pueblo que has elegido viva concorde en la auténtica fe y en la recta confesión”. Falleció el 14 de febrero del año 869.

Fiel al compromiso asumido con su hermano, al año siguiente, 870, san Metodio regresó a Moravia y a Panonia (hoy Hungría), donde afrontó nuevamente la violenta animadversión de los misioneros francos, que lo encarcelaron. No se desalentó y cuando, en el año 873, fue liberado se dedicó activamente a la organización de la Iglesia, cuidando la formación de un grupo de discípulos. Gracias a estos discípulos, se superó la crisis que se había desencadenado tras la muerte de san Metodio, que tuvo lugar el 6 de abril del año 885: algunos de estos discípulos, perseguidos y encarcelados, fueron vendidos como esclavos y llevados a Venecia, donde fueron rescatados por un funcionario de Constantinopla, quien les permitió regresar a los países de los eslavos balcánicos. Acogidos en Bulgaria, pudieron continuar la misión comenzada por san Metodio, difundiendo el Evangelio en la “tierra de la Rus”. Así, Dios, en su misteriosa providencia, se servía de la persecución para salvar la obra de los santos hermanos. De ella, queda también la documentación literaria. Basta

pensar en obras como el *Evangelario* (perícopas litúrgicas del Nuevo Testamento), el *Salterio*, varios *textos litúrgicos* en lengua eslava, en los que trabajaron los dos hermanos. Tras la muerte de san Cirilo, se debe a san Metodio y a sus discípulos, entre otras cosas, la traducción de toda la *Sagrada Escritura*, el *Nomocanon* y el *Libro de los Padres*.

Resumiendo brevemente el perfil espiritual de los dos hermanos, hay que constatar ante todo la pasión con la que san Cirilo se acercó a los escritos de san Gregorio Nacianceno, aprendiendo de él el valor del idioma en la transmisión de la Revelación. San Gregorio había expresado el deseo de que Cristo hablara a través de él: “Soy servidor del Verbo, por eso me pongo al servicio de la Palabra”. Queriendo imitar a san Gregorio en este servicio, san Cirilo pidió a Cristo que hablara en eslavo por medio de él. Introduce su obra de traducción con la invocación solemne: “Escuchad, eslavos todos, escuchad la Palabra que procede de Dios, la Palabra que alimenta las almas, la Palabra que lleva al conocimiento de Dios”.

En realidad, ya algunos años antes de que el príncipe de Moravia pidiera al emperador Miguel III el envío de misioneros a su tierra, parece que san Cirilo y su hermano san Metodio, rodeados por un grupo de discípulos, estaban trabajando en el proyecto de recoger los dogmas cristianos en libros escritos en lengua eslava. Entonces se constató con claridad la necesidad de contar con nuevos signos gráficos, que fueran más

adecuados a la lengua hablada: nació así el alfabeto glagolítico que, modificado posteriormente, fue designado con el nombre de “cirílico” en honor a su inspirador. Fue un hecho decisivo para el desarrollo de la civilización eslava en general. San Cirilo y san Metodio estaban convencidos de que los diferentes pueblos no podían considerar que habían recibido plenamente la Revelación hasta que no la hubieran escuchado en su propio idioma y leído en los caracteres propios de su alfabeto.

A san Metodio corresponde el mérito de haber permitido que la obra emprendida por su hermano no quedara bruscamente interrumpida. Mientras san Cirilo, el “filósofo”, tendía a la contemplación, él se inclinaba más bien a la vida activa. Gracias a ello, pudo poner los cimientos de la sucesiva afirmación de lo que podríamos llamar la “idea cirilo-metodiana”, que acompañó en los diferentes períodos históricos a los pueblos eslavos, favoreciendo su desarrollo cultural, nacional y religioso. Lo reconoció ya el Papa, Pío XI, con la carta apostólica *Quod sanctum Cyrillum*, en la que definía a los dos hermanos: “hijos de Oriente, bizantinos de patria, griegos de origen, romanos por su misión, eslavos por los frutos apostólicos” (AAS 19 [1927] 93-96). Después, el papel histórico que desempeñaron fue proclamado oficialmente por el Papa, Juan Pablo II, que, con la carta apostólica *Egregiae virtutis viri*, los declaró copatronos de Europa junto con san Benito (AAS 73 [1981] 258-262).

En efecto, san Cirilo y san Metodio constituyen un ejemplo clásico de lo que hoy se indica con el término “inculturación”: cada pueblo debe hacer que penetre en su propia cultura el mensaje revelado y expresar la verdad salvífica con su lenguaje propio. Esto supone un trabajo de “traducción” muy arduo, pues exige encontrar términos adecuados para volver a proponer, sin traicionarla, la riqueza de la Palabra revelada. En este sentido, los dos santos hermanos han dejado un testimonio muy significativo, que la Iglesia sigue mirando también hoy para inspirarse y orientarse.

Miércoles, 24 de junio de 2009
Año sacerdotal

Queridos hermanos y hermanas:

El pasado viernes, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, tuve la alegría de inaugurar el Año Sacerdotal,

con ocasión del ciento cincuenta aniversario de la muerte de san Juan María Vianney. El objetivo de este Año, como he escrito en la carta que he enviado a los sacerdotes, es renovar, en cada uno de ellos, la aspiración a la perfección espiritual, de la que depende en gran medida la eficacia de su ministerio. Asimismo, esta iniciativa servirá para reforzar en todo el Pueblo de Dios la conciencia del don inmenso que supone el ministerio ordenado para quien lo ha recibido, para toda la Iglesia y para el mundo. Espero que este Año Sacerdotal sea un tiempo de abundantes gracias para todos los sacerdotes, en el que profundicen en su íntima unión con Cristo crucificado y resucitado. Que a imitación de San Juan Bautista, cuya fiesta celebramos hoy, estén dispuestos a “disminuir” para que Él crezca, y así, siguiendo también el ejemplo del Cura de Ars, consideren la enorme responsabilidad de la misión que les ha sido encomendada, que es signo y presencia de la infinita misericordia de Dios.

CARTAS

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del décimo Aniversario
de la visita de Juan Pablo II a
Bucarest***

Al venerado hermano Monseñor Ioan Robu, Arzobispo metropolitano de Bucarest

Me ha alegrado saber que la Iglesia católica que está en Rumanía, la Iglesia ortodoxa rumana y el Estado rumano, han querido recordar juntos el décimo aniversario de la memorable visita del siervo de Dios, Juan Pablo II, a tierra rumana, a donde viajó con el fin de “fortalecer los vínculos entre Rumanía

y la Santa Sede, que tanta importancia han tenido en la historia del cristianismo en la región” (*Discurso durante la ceremonia de bienvenida*, 7 de mayo de 1999, n. 3: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de mayo de 1999, p. 5) y para “rendir homenaje al pueblo rumano y a sus raíces cristianas” (*Audiencia general del miércoles 12 de mayo de 1999: ib.*, p. 3).

Por tanto, me complace vivamente enviar mi cordial saludo a las personas que participen en ese significativo acontecimiento. Se trata de una interesante iniciativa que une a los fieles católicos y ortodoxos de ese país, el cual, por su posición geográfica, por su larga historia, por su cultura y por su tradición, conserva como grabada en sus raíces una singular vocación ecuménica.

Formulo de corazón el deseo de que los creyentes en Cristo no sólo conserven vivo el recuerdo de esas inolvidables jornadas, sino también que, recogiendo las enseñanzas de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, se comprometan todos a buscar caminos valientes para afrontar juntos con confianza los grandes desafíos de nuestros días. Pienso, de modo especial, en la defensa de la vida humana en todas sus fases, en la protección de la familia, en el respeto de la creación y en la promoción del bien común.

Asimismo, haciendo míos los deseos del amado Papa, Juan Pablo II, invito a orar para que cuanto antes se pueda lle-

gar a la plena comunión fraterna entre todos los cristianos, tanto en Occidente como en Oriente. Precisamente por “esta unidad, vivificada por el amor, el divino Maestro oró en el Cenáculo, la víspera de su pasión y muerte” (*Homilía en Bucarest*, 9 de mayo de 1999, n. 3: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de mayo de 1999, p. 6).

Con estos sentimientos, aseguro mi recuerdo en la oración y envío mi bendición a usted, venerado hermano, a los presentes y a toda la comunidad cristiana que está en Rumanía. También envío un cordial saludo y mi bendición al amado Patriarca ortodoxo y a todos los miembros de esa noble Iglesia.

Vaticano, 6 de mayo de 2009

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
para la convocación de un Año
Sacerdotal con ocasión del 150
Aniversario del DIES NATALIS del
Santo cura de Ars***

Queridos hermanos en el Sacerdocio:

He resuelto convocar oficialmente un “Año Sacerdotal” con ocasión del 150 aniversario del “*dies natalis*” de Juan María Vianney, el Santo Patrón de todos los párrocos del mundo, que comenzará el viernes, 19 de junio de 2009, solemnidad del Sagrado Cora-

zón de Jesús –jornada tradicionalmente dedicada a la oración por la santificación del clero–[1]. Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo, y se concluirá en la misma solemnidad de 2010.

“*El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús*”, repetía con frecuencia el Santo Cura de Ars[2]. Esta conmovedora expresión nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma. Tengo presente a todos los presbíteros que con humildad repiten cada día las palabras y los gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, identificándose con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida. ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprendiones, perseveran en su vocación de “amigos de Cristo”, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?

Todavía conservo en el corazón el recuerdo del primer párroco con el que comencé mi ministerio como joven sacerdote: fue para mí un ejemplo de entrega sin reservas al propio ministerio pastoral, llegando a morir cuando

llevaba el viático a un enfermo grave. También repasó los innumerables hermanos que he conocido a lo largo de mi vida y últimamente en mis viajes pastorales a diversas naciones, comprometidos generosamente en el ejercicio cotidiano de su ministerio sacerdotal.

Pero la expresión utilizada por el Santo Cura de Ars evoca también la herida abierta en el Corazón de Cristo y la corona de espinas que lo circunda. Y así, pienso en las numerosas situaciones de sufrimiento que aquejan a muchos sacerdotes, porque participan de la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones o por las incomprendiones de los destinatarios mismos de su ministerio: ¿Cómo no recordar tantos sacerdotes ofendidos en su dignidad, obstaculizados en su misión, a veces incluso perseguidos hasta ofrecer el supremo testimonio de la sangre?

Sin embargo, también hay situaciones, nunca bastante deploradas, en las que la Iglesia misma sufre por la infidelidad de algunos de sus ministros. En estos casos, es el mundo el que sufre el escándalo y el abandono. Ante estas situaciones, lo más conveniente para la Iglesia no es tanto resaltar escrupulosamente las debilidades de sus ministros, cuanto renovar el reconocimiento gozoso de la grandeza del don de Dios, plasmado en espléndidas figuras de Pastores generosos, religiosos llenos de amor a Dios y a las almas, directores espirituales clarividentes y pa-

cientes. En este sentido, la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente: “Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”[3]. Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del *don* y de la *tarea* confiados a una criatura humana: “¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...”[4]. Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: “Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¿Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”[5]. Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo

párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacramento del sacerdocio. Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de la responsabilidad: “Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros”[6].

Llegó a Ars, una pequeña aldea de 230 habitantes, advertido por el Obispo sobre la precaria situación religiosa: “No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá”. Bien sabía él que tendría que encarnar la presencia de Cristo dando testimonio de la ternura de la salvación: “Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida”. Con esta oración, comenzó su misión[7]. El Santo Cura de Ars se dedicó a la conversión de su parroquia con todas sus fuerzas, insistiendo por encima de todo en la formación cristiana del pueblo que le había sido confiado.

Queridos hermanos en el Sacerdocio, pidamos al Señor Jesús la gracia de aprender también nosotros el método pastoral de san Juan María Vianney. En primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. En Jesús, Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación. Aunque no se puede olvidar que la eficacia sustancial del ministerio no depende de la santidad del ministro, tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro. El Cura de Ars emprendió en seguida esta humilde y paciente tarea de armonizar su vida como ministro con la santidad del ministerio confiado, “*viviendo*” incluso materialmente en su Iglesia parroquial: “En cuanto llegó, consideró la Iglesia como su casa... Entraba en la Iglesia antes de la aurora y no salía hasta después del *Ángelus* de la tarde. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar”, se lee en su primera biografía[8].

La devota exageración del piadoso hagiógrafo no nos debe hacer perder de vista que el Santo Cura de Ars también supo “hacerse presente” en todo el territorio de su parroquia: visitaba sistemáticamente a los enfermos y a las familias; organizaba misiones populares

y fiestas patronales; recogía y administraba dinero para sus obras de caridad y para las misiones; adornaba la iglesia y la dotaba de paramentos sacerdotales; se ocupaba de las niñas huérfanas de la “*Providence*” (un Instituto que fundó) y de sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños; fundaba hermandades y llamaba a los laicos a colaborar con él.

Su ejemplo me lleva a poner de relieve los ámbitos de colaboración en los que se debe dar cada vez más cabida a los laicos, con los que los presbíteros forman un único pueblo sacerdotal[9] y entre los cuales, en virtud del sacerdocio ministerial, están puestos “para llevar a todos a la unidad del amor: ‘amándose mutuamente con amor fraterno, rivalizando en la estima mutua’ (*Rm* 12, 10)”[10]. En este contexto, hay que tener en cuenta la encarecida recomendación del Concilio Vaticano II a los presbíteros de “reconocer sinceramente y promover la dignidad de los laicos y la función que tienen como propia en la misión de la Iglesia... Deben escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder junto con ellos reconocer los signos de los tiempos”[11].

El Santo Cura de Ars enseñaba a sus parroquianos, sobre todo, con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar, acudiendo con

gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía[12]. “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien”, les enseñaba el Cura de Ars. “Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abramosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración”[13]. Y les persuadía: “Venid a comulgar, hijos míos, venid donde Jesús. Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...”[14]. “Es verdad que no sois dignos, pero *lo necesitáis*”[15]. Dicha educación de los fieles *en la presencia eucarística y en la comunión* era particularmente eficaz cuando lo veían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Los que asistían decían que “no se podía encontrar una figura que expresase mejor la adoración... Contemplaba la hostia con amor”[16]. Les decía: “Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios”[17]. Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!”[18]. Siempre que celebraba, tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”[19].

Esta identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba —con una sola moción interior— del altar al confesonario. Los sacerdotes no debe-

rían resignarse nunca a ver vacíos sus confesonarios ni limitarse a constatar la indiferencia de los fieles hacia este sacramento. En Francia, en tiempos del Santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la presencia eucarística. Supo iniciar así un “*círculo virtuoso*”. Con su prolongado estar ante el sagrario en la Iglesia, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Al final, una muchedumbre cada vez mayor de penitentes, provenientes de toda Francia, lo retenía en el confesonario hasta 16 horas al día. Se comentaba que Ars se había convertido en “el gran hospital de las almas”[20]. Su primer biógrafo afirma: “La gracia que conseguía [para que los pecadores se convirtiesen] era tan abundante que salía en su búsqueda sin dejarles un momento de tregua”[21]. En este mismo sentido, el Santo Cura de Ars decía: “No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él”[22]. “Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”[23].

Todos los sacerdotes hemos de considerar como dirigidas personalmente a nosotros aquellas palabras que él ponía en boca de Jesús: “Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita”[24]. Los sacerdotes podemos aprender del Santo Cura de Ars no sólo una confianza infinita en el sacramento de la Penitencia, que nos impulse a ponerlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del “diálogo de salvación” que en él se debe entablar. El Cura de Ars se comportaba de manera diferente con cada penitente. Quien se acercaba a su confesor con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios, encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el “torrente de la divina misericordia” que arrastra todo con su fuerza. Y si alguno estaba afligido por su debilidad e inconstancia, con miedo a futuras recaídas, el Cura de Ars le revelaba el secreto de Dios con una expresión de una belleza conmovedora: “El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que *le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro*, con tal de perdonarnos!”[25]. A quien, en cambio, se acusaba de manera fría y casi indolente, le mostraba, con sus propias lágrimas, la evidencia seria y dolorosa de lo “abominable” de su actitud: “Lloro porque vosotros no lloráis”[26], decía. “Si el Señor no fuese tan bueno...

pero lo es. Hay que ser un bárbaro para comportarse de esta manera ante un Padre tan bueno”[27]. Provocaba el arrepentimiento en el corazón de los tibios, obligándoles a ver con sus propios ojos el sufrimiento de Dios por los pecados como “encarnado” en el rostro del sacerdote que los confesaba. Si alguno manifestaba deseos y actitudes de una vida espiritual más profunda, le mostraba abiertamente las profundidades del amor, explicándole la inefable belleza de vivir unidos a Dios y estar en su presencia: “Todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo para agradecer a Dios... ¡Qué maravilla!”[28]. Y les enseñaba a orar: “Dios mío, concédeme la gracia de amarte tanto cuanto yo sea capaz”[29].

El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del Amor: *Deus caritas est* (1 Jn 4, 8). Con la Palabra y con los Sacramentos de su Jesús, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su

propia vocación y misión con una ascesis severa: “La mayor desgracia para nosotros los párrocos –deploraba el Santo– es que el alma se endurezca”; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas[30]. Dominaba su cuerpo con vigiliyas y ayunos para evitar que opusiera resistencia a su alma sacerdotal. Y se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote, le explicaba: “Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos”[31]. Más allá de las penitencias concretas que el Cura de Ars hacía, el núcleo de su enseñanza sigue siendo en cualquier caso válido para todos: las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el “alto precio” de la redención.

En la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con su vida y obras, se distingan por un *vigoroso testimonio evangélico*. Pablo VI ha observado oportunamente: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio”[32]. Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con ello la eficacia de nuestro ministerio, debemos pre-

guntarnos constantemente: “¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?”[33]. Así como Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él (cf. *Mc* 3, 14), y sólo después los mandó a predicar, también en nuestros días los sacerdotes están llamados a asimilar el “nuevo estilo de vida” que el Señor Jesús inauguró y que los Apóstoles hicieron suyo[34].

La identificación sin reservas con este “nuevo estilo de vida” caracterizó la dedicación al ministerio del Cura de Ars. El Papa, Juan XXIII, en la Carta encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, publicada en 1959, en el primer centenario de la muerte de san Juan María Vianney, presentaba su fisonomía ascética refiriéndose particularmente a los tres consejos evangélicos, considerados como necesarios también para los presbíteros: “Y, si para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se le presenta como el camino real de la santificación cristiana”[35]. El Cura de Ars supo vivir los “consejos evangélicos” de acuerdo a su condición de presbítero. En efecto, su *pobreza* no

fue la de un religioso o un monje, sino la que se pide a un sacerdote: a pesar de manejar mucho dinero (ya que los peregrinos más pudientes se interesaban por sus obras de caridad), era consciente de que todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de la "Providence"[36], sus familias más necesitadas. Por eso "era rico para dar a los otros y era muy pobre para sí mismo". [37] Y explicaba: "Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada"[38]. Cuando se encontraba con las manos vacías, decía contento a los pobres que le pedían: "Hoy soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros"[39]. Así, al final de su vida, pudo decir con absoluta serenidad: "No tengo nada... Ahora el buen Dios me puede llamar cuando quiera"[40]. También su *castidad* era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. Se puede decir que era la castidad que conviene a quien debe tocar habitualmente con sus manos la Eucaristía y contemplarla con todo su corazón arrebatado y con el mismo entusiasmo la distribuye a sus fieles. Decían de él que "la castidad brillaba en su mirada", y los fieles se daban cuenta cuando clavaba la mirada en el sagrario con los ojos de un enamorado[41]. También la *obediencia* de san Juan María Vianney quedó plasmada totalmente en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio. Se sabe cuánto le atormentaba no sentirse idóneo para el ministerio parroquial y su deseo de retirarse "a llorar su pobre vida, en soledad"[42]. Sólo la obediencia y la pasión por las almas conseguían

convencerlo para seguir en su puesto. A los fieles y a sí mismo explicaba: "No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servirlo como Él quiere ser servido"[43]. Consideraba que la regla de oro para una vida obediente era: "Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios"[44].

En el contexto de la espiritualidad apoyada en la práctica de los consejos evangélicos, me complace invitar particularmente a los sacerdotes, en este Año dedicado a ellos, a percibir la nueva primavera que el Espíritu está suscitando en nuestros días en la Iglesia, a la que los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades han contribuido positivamente. "El Espíritu es multiforme en sus dones... Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas... Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único Cuerpo"[45]. A este propósito, vale la indicación del Decreto *Presbyterorum ordinis*: "Examinando los espíritus para ver si son de Dios, [los presbíteros] han de descubrir mediante el sentido de la fe los múltiples carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos, reconocerlos con alegría y fomentarlos con empeño". [46] Dichos dones, que llevan a muchos a una vida espiritual más elevada, pueden hacer bien no sólo a los fieles laicos sino también a los ministros mismos. La comunión entre ministros ordenados y carismas "puede impulsar un renovado compromiso de la Igle-

sia en el anuncio y en el testimonio del Evangelio de la esperanza y de la caridad en todos los rincones del mundo”. [47] Quisiera añadir además, en línea con la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* del Papa, Juan Pablo II, que el ministerio ordenado tiene una radical “*forma comunitaria*” y sólo puede ser desempeñado en la comunión de los presbíteros con su Obispo[48]. Es necesario que esta comunión entre los sacerdotes y con el propio Obispo, basada en el sacramento del Orden y manifestada en la concelebración eucarística, se traduzca en diversas formas concretas de fraternidad sacerdotal efectiva y afectiva[49]. Sólo así los sacerdotes sabrán vivir en plenitud el don del celibato y serán capaces de hacer florecer comunidades cristianas en las cuales se repitan los prodigios de la primera predicación del Evangelio.

El Año Paulino que está por concluir orienta nuestro pensamiento también hacia el Apóstol de los gentiles, en quien podemos ver un espléndido modelo sacerdotal, totalmente “entregado” a su ministerio. “Nos apremia el amor de Cristo –escribía-, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron” (2 Co 5, 14). Y añadía: “Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5, 15). ¿Qué mejor programa se podría proponer a un sacerdote que quiera avanzar en el camino de la perfección cristiana?

Queridos sacerdotes, la celebración

del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney (1859) viene inmediatamente después de las celebraciones apenas concluidas del 150 aniversario de las apariciones de Lourdes (1858). Ya en 1959, el Beato Papa, Juan XXIII, había hecho notar: “Poco antes de que el Cura de Ars terminase su carrera tan llena de méritos, la Virgen Inmaculada se había aparecido en otra región de Francia a una joven humilde y pura, para comunicarle un mensaje de oración y de penitencia, cuya inmensa resonancia espiritual es bien conocida desde hace un siglo. En realidad, la vida de este sacerdote cuya memoria celebramos, era anticipadamente una viva ilustración de las grandes verdades sobrenaturales enseñadas a la vidente de Massabielle. Él mismo sentía una devoción vivísima hacia la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; él, que ya en 1836 había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado, y que con tanta fe y alegría había de acoger la definición dogmática de 1854”[50]. El Santo Cura de Ars recordaba siempre a sus fieles que “Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir de su Santa Madre”[51].

Confío este Año Sacerdotal a la Santísima Virgen María, pidiéndole que suscite en cada presbítero un generoso y renovado impulso de los ideales de total donación a Cristo y a la Iglesia que inspiraron el pensamiento y la tarea del

Santo Cura de Ars. Con su ferviente vida de oración y su apasionado amor a Jesús crucificado, Juan María Vianney alimentó su entrega cotidiana sin reservas a Dios y a la Iglesia. Que su ejemplo fomente en los sacerdotes el testimonio de unidad con el Obispo, entre ellos y con los laicos, tan necesario hoy como siempre. A pesar del mal que hay en el mundo, conservan siempre su actualidad las palabras de Cristo a sus discípulos en el Cenáculo: “En el mundo tendréis luchas; pero

tened valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33). La fe en el Maestro divino nos da la fuerza para mirar con confianza el futuro. Queridos sacerdotes, Cristo cuenta con vosotros. A ejemplo del Santo Cura de Ars, dejaos conquistar por Él y seréis también vosotros, en el mundo de hoy, mensajeros de esperanza, reconciliación y paz.

Con mi bendición.

Vaticano, 16 de junio de 2009.

NOTAS:

-
- [1] Así lo proclamó el Sumo Pontífice Pío XI en 1929.
- [2] “*Le Sacerdoce, c’est l’amour du coeur de Jésus*” (in *Le curé d’Ars. Sa pensée – Son Coeur*. Présentés par l’Abbé Bernard Nodet, éd. Xavier Mappus, Foi Vivante 1966, p. 98). En adelante: *NODET*. La expresión aparece citada también en el *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1589.
- [3] Nodet, p. 101.
- [4] *Ibid.*, p. 97.
- [5] *Ibid.*, pp. 98-99.
- [6] *Ibid.*, pp. 98-100.
- [7] *Ibid.*, p. 183.
- [8] A. Monnin, *Il Curato d’Ars. Vita di Gian-Battista-Maria Vianney*, vol. I, Ed. Marietti, Torino 1870, p. 122.
- [9] Cf. *Lumen gentium*, 10.
- [10] *Presbyterorum ordinis*, 9.
- [11] *Ibid.*
- [12] “La contemplación es *mirada* de fe, fijada en Jesús. ‘Yo le miro y él me mira’, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario”: *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2715.
- [13] Nodet, p. 85.
- [14] *Ibid.*, p. 114.
- [15] *Ibid.*, p. 119.
- [16] A. Monnin, *o.c.*, II, pp. 430 ss.
- [17] Nodet, p. 105.
- [18] *Ibid.*, p. 105.
- [19] *Ibid.*, p. 104.
- [20] A. Monnin, *o.c.*, II, p. 293.

- [21] *Ibid.*, II, p. 10.
- [22] Nodet, p. 128.
- [23] *Ibid.*, p. 50.
- [24] *Ibid.*, p. 131.
- [25] *Ibid.*, p. 130.
- [26] *Ibid.*, p. 27.
- [27] *Ibid.*, p. 139.
- [28] *Ibid.*, p. 28.
- [29] *Ibid.*, p. 77.
- [30] *Ibid.*, p. 102.
- [31] *Ibid.*, p. 189.
- [32] *Evangelii nuntiandi*, 41.
- [33] Benedicto XVI, *Homilía en la solemne Misa Crismal*, 9 de abril de 2009.
- [34] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para el Clero*. 16 de marzo de 2009.
- [35] P. I.
- [36] Nombre que dio a la casa para la acogida y educación de 60 niñas abandonadas. Fue capaz de todo con tal de mantenerla: “*J’ai fait tous les commerces imaginables*”, decía sonriendo (Nodet, p. 214).
- [37] Nodet, p. 216.
- [38] *Ibid.*, p. 215.
- [39] *Ibid.*, p. 216.
- [40] *Ibid.*, p. 214.
- [41] Cf. *Ibid.*, p. 112.
- [42] Cf. *Ibid.*, pp. 82-84; 102-103.
- [43] *Ibid.*, p. 75.
- [44] *Ibid.*, p. 76.
- [45] Benedicto XVI, *Homilía en la celebración de las primeras vísperas en la vigilia de Pentecostés*, 3 de junio de 2006.
- [46] N. 9.
- [47] Benedicto XVI, *Discurso a un grupo de Obispos amigos del Movimiento de los Focolares y a otro de amigos de la Comunidad de San Egidio*, 8 de febrero de 2007.
- [48] Cf. n. 17.
- [49] Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Pastores dabo vobis*, 74.
- [50] Carta enc. *Sacerdotii nostri primordia*, P. III.
- [51] Nodet, p. 244.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Academia Eclesiástica Pontificia

Sala de los Papas del palacio apostólico vaticano. Sábado, 23 de mayo de 2009

Excelencia; queridos hermanos sacerdotes:

Para mí es una alegría renovada acogeros y saludaros a todos vosotros, que también este año habéis venido a manifestar al Sucesor de Pedro el testimonio de vuestro afecto y vuestra fidelidad. Saludo al presidente de la Academia eclesiástica pontificia, monseñor Beniamino Stella, y le agradezco las palabras que ha tenido la amabilidad de dirigirme, así como el servicio que realiza con gran esmero. Saludo a sus colaboradores, a las religiosas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús, y a todos vosotros, que en estos años de vuestra juventud sacerdotal, os estáis preparando para servir a la Iglesia y a su Pastor universal, en un ministerio singular como es precisamente el que se lleva a cabo en las Representaciones pontificias.

El servicio en las nunciaturas apostólicas se puede considerar, de alguna manera, como una vocación sacerdotal específica, un ministerio pastoral que conlleva una inserción particular en el mundo y en sus problemáticas a menudo demasiado complejas, de carácter social y político. Por eso, es importante que aprendáis a descifrarlas, sabiendo

que el “código”, por decirlo así, de análisis y de comprensión de estas dinámicas no puede menos de ser el Evangelio y el Magisterio perenne de la Iglesia.

Es necesario que os forméis en la lectura atenta de las realidades humanas y sociales, a partir de cierta sensibilidad personal, que todo servidor de la Santa Sede debe poseer, y contando con una experiencia específica que es preciso adquirir durante estos años. Además, la capacidad de diálogo con la modernidad que se os pide, así como el contacto con las personas y las instituciones que representan, exigen una robusta estructura interior y una solidez espiritual que permitan salvaguardar, más aún, poner cada vez más de manifiesto vuestra identidad cristiana y sacerdotal. Sólo así podréis evitar que os afecten los efectos negativos de la mentalidad mundana, y no os dejaréis atraer ni contaminar por lógicas demasiado terrenas.

Dado que es el Señor mismo quien os pide que llevéis a cabo en la Iglesia esa misión, a través de la llamada de vuestro obispo que os señala y os pone a disposición de la Santa Sede, es al Señor mismo a quien debéis hacer referencia siempre y sobre todo. En los momentos de oscuridad y de dificultad interior, dirigid vuestra mirada hacia Cristo, que un día os miró con amor y os llamó a estar con él y a ocuparos de su reino, siguiéndolo a él.

Recordad siempre que para el ministerio sacerdotal, cualquiera que sea el modo como se ejerza, es esencial y fundamental mantener una relación personal con Jesús. Él quiere que seamos sus “amigos”, amigos que busquen su intimidad, que sigan sus enseñanzas y se comprometan a hacer que todos lo conozcan y lo amen. El Señor quiere que seamos santos, es decir, totalmente “suyos”, sin preocuparnos de construirnos una carrera humanamente interesante o cómoda, sin buscar el aplauso y la aprobación de la gente, sino completamente entregados al bien de las almas, dispuestos a cumplir a fondo nuestro deber, conscientes de que somos “siervos inútiles”, y alegres de poder dar nuestra pobre aportación a la difusión del Evangelio.

Queridos sacerdotes, sed, en primer lugar, hombres de intensa oración, cultivando una comunión de amor y de vida con el Señor. Sin esta sólida base espiritual, ¿cómo podríais perseverar en vuestro ministerio? Quien trabaja así en la viña del Señor, sabe que lo que se realiza con esmero, con sacrificio y con amor, nunca se pierde. Y si a veces nos toca saborear el cáliz de la soledad, la incomprensión y el sufrimiento; si el servicio en ocasiones nos resulta pesado y la cruz a veces dura de llevar, nos ha de sostener y confortar la certeza de que Dios sabe hacer fecundo todo.

Sabemos que la dimensión de la cruz, bien simbolizada en la parábola del grano de trigo que, sepultado en la

tierra, muere para dar fruto -imagen que usó Jesús poco antes de su pasión-, es parte esencial de la vida de todo hombre y de toda misión apostólica. En cualquier situación debemos dar el testimonio gozoso de nuestra adhesión al Evangelio, aceptando la invitación del apóstol san Pablo a gloriarnos únicamente de la cruz de Cristo, con la única ambición de completar en nosotros mismos lo que falta a la pasión del Señor, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col 1, 24*).

Una ocasión muy propicia para renovar y reforzar vuestra respuesta generosa a la llamada del Señor, para intensificar vuestra relación con él, es el Año sacerdotal, que comenzará el próximo día 19 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y Jornada de santificación sacerdotal. Aprovechad al máximo esta oportunidad para ser sacerdotes según el Corazón de Cristo, como san Juan María Vianney, el santo cura de Ars, de cuya muerte nos disponemos a celebrar el 150° aniversario. A su intercesión y a la de san Antonio Abad, patrono de la Academia, encomiando estos deseos y auspicios.

Que vele maternal sobre vosotros y os proteja María, Madre de la Iglesia. Por lo que a mí respecta, a la vez que os agradezco vuestra visita, os aseguro mi recuerdo especial en la oración, e impartido de corazón la bendición apostólica a cada uno de vosotros, a las reverendas religiosas, al personal de la casa y a todos vuestros seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la inauguración de la
Asamblea Eclesial de la Diócesis de
Roma***

*Basilica papal de San Juan de Letrán.
Martes, 26 de mayo de 2009*

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos religiosos y religiosas; queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo una costumbre ya arraigada, me alegra inaugurar también este año la Asamblea diocesana pastoral. A cada uno de vosotros, que aquí representáis a toda la comunidad diocesana, dirijo con afecto mi saludo y expreso mi viva gratitud por el trabajo pastoral que realizáis. A través de vosotros, extendiendo a todas las parroquias mi saludo cordial con las palabras del apóstol san Pablo: “A todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación, a vosotros gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (*Rm* 1, 7). Agradezco de corazón al cardenal vicario las estimulantes palabras que me ha dirigido, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos, y la ayuda que, juntamente con los obispos auxiliares, me presta en el servicio apostólico diario al que el Señor me ha llamado como Obispo de Roma.

Nos acaban de recordar que, a lo largo del decenio pasado, la atención de la diócesis se concentró inicialmente, durante tres años, en la familia; des-

pués, durante el trienio sucesivo, en la educación de las nuevas generaciones en la fe, tratando de responder a la “emergencia educativa”, que para todos es un desafío difícil; y, por último, también con referencia a la educación, estimulados por la carta encíclica *Spe salvi*, habéis tomado en consideración el tema de educar en la esperanza. A la vez que doy gracias con vosotros al Señor por el gran bien que nos ha concedido realizar -pienso, en particular, en los párrocos y en los sacerdotes que no escatiman esfuerzos en la guía de las comunidades que les han sido encomendadas-, deseo expresar mi aprecio por la opción pastoral de dedicar tiempo a una verificación del camino recorrido, con la finalidad de examinar, a la luz de la experiencia vivida, algunos ámbitos fundamentales de la pastoral ordinaria, para precisarlos mejor y permitir una mayor participación.

El fundamento de este compromiso, al que ya os estáis dedicando desde hace algunos meses en todas las parroquias y en las demás realidades eclesiales, debe ser una renovada toma de conciencia de nuestro ser Iglesia y de la corresponsabilidad pastoral que, en nombre de Cristo, todos estamos llamados a asumir. Y precisamente de este aspecto quisiera tratar ahora.

El concilio Vaticano II, queriendo transmitir pura e íntegra la doctrina sobre la Iglesia desarrollada a lo largo de dos mil años, dio de ella una “definición más meditada”, ilustrando,

ante todo, su naturaleza misteriosa, es decir, su “realidad penetrada por la presencia divina y, por esto, siempre capaz de nuevas y más profundas investigaciones” (Pablo VI, *Discurso de inauguración de la segunda sesión*, 29 de septiembre de 1963). Ahora bien, la Iglesia, que tiene su origen en el Dios trinitario, es un misterio de comunión. En cuanto comunión, la Iglesia no es una realidad solamente espiritual, sino que vive en la historia, por decirlo así, en carne y hueso. El concilio Vaticano II la describe “como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1). Y la esencia del sacramento es precisamente que en lo visible se palpa lo invisible, que lo visible palpable abre la puerta a Dios mismo.

Hemos dicho que la Iglesia es una comunión, una comunión de personas que, por la acción del Espíritu Santo, forman el pueblo de Dios, que es al mismo tiempo el Cuerpo de Cristo. Reflexionemos un poco sobre estas dos palabras clave. El concepto de “pueblo de Dios” nació y se desarrolló en el Antiguo Testamento: para entrar en la realidad de la historia humana, Dios eligió a un pueblo determinado, el pueblo de Israel, para que fuera su pueblo. La intención de esta elección particular es llegar a muchos a través de pocos, y desde muchos a todos. Con otras palabras, la intención de la elección particular es la universalidad. A través de este pueblo, Dios entra realmente, de

modo concreto, en la historia. Y esta apertura a la universalidad se realizó en la cruz y en la resurrección de Cristo. En la cruz -así dice san Pablo-, Cristo derribó el muro de separación. Dándonos su Cuerpo, nos reúne en su Cuerpo para hacer de nosotros uno. En la comunión del “Cuerpo de Cristo” todos llegamos a ser un solo pueblo, el pueblo de Dios, donde -por citar de nuevo a san Pablo- todos somos uno y ya no hay distinción, diferencia, entre griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y hebreo, sino que Cristo es todo en todos. Él derribó el muro de separación entre los pueblos, las razas y las culturas: todos estamos unidos en Cristo.

Así, vemos que los dos conceptos -“pueblo de Dios” y “Cuerpo de Cristo”- se completan y forman juntos el concepto neotestamentario de Iglesia. Y mientras “pueblo de Dios” expresa la continuidad de la historia de la Iglesia, “Cuerpo de Cristo” manifiesta la universalidad inaugurada en la cruz y en la resurrección del Señor. Por tanto, para nosotros, los cristianos, “Cuerpo de Cristo” no sólo es una imagen, sino también un verdadero concepto, porque Cristo nos entrega su Cuerpo real, no sólo una imagen. Resucitado, Cristo nos une a todos en el Sacramento para convertirnos en un único cuerpo. Por eso los conceptos de “pueblo de Dios” y “Cuerpo de Cristo” se completan: en Cristo, llegamos a ser realmente el pueblo de Dios. Y, en consecuencia, “pueblo de Dios” significa “todos”:

desde el Papa hasta el último niño bautizado. La primera plegaria eucarística, el llamado Canon romano, escrito en el siglo iv, distingue entre “tus siervos” y “*plebs tua sancta*”; por tanto, si se quiere distinguir, se habla de “siervos” y *plebs sancta*, mientras que el término “pueblo de Dios” expresa a todos juntos en su ser común la Iglesia.

Después del concilio Vaticano II, esta doctrina eclesiológica ha tenido amplia acogida y, gracias a Dios, en la comunidad cristiana han madurado muchos frutos buenos. Sin embargo, debemos recordar también que la recepción de esta doctrina en la práctica y su consiguiente asimilación en el entramado de la conciencia eclesial, no se han realizado siempre y en todas partes sin dificultad y según una correcta interpretación. Como aclaré en el discurso a la Curia romana del 22 de diciembre de 2005, una corriente de interpretación, apelando a un presunto “espíritu del Concilio”, ha intentado establecer una discontinuidad, e incluso una contraposición, entre la Iglesia anterior y la Iglesia posterior al Concilio, superando a veces los mismos confines que existen objetivamente entre el ministerio jerárquico y las responsabilidades de los laicos en la Iglesia.

La noción de “pueblo de Dios”, en particular, fue interpretada por algunos según una visión puramente sociológica, desde una perspectiva casi exclusivamente horizontal, que excluía la referencia vertical a Dios. Esta posi-

ción contrasta totalmente con la letra y el espíritu del Concilio, que no quiso una ruptura, otra Iglesia, sino una verdadera y profunda renovación, en la continuidad del único sujeto Iglesia, que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre idéntico, único sujeto del pueblo de Dios en peregrinación.

En segundo lugar, es preciso reconocer que el despertar de energías espirituales y pastorales durante estos años no ha producido siempre el incremento y el desarrollo deseados. Debemos constatar que en algunas comunidades eclesiales, después de un período de fervor e iniciativas, se ha sucedido un tiempo de debilitamiento del compromiso, una situación de cansancio, a veces casi de estancamiento, incluso de resistencia y contradicción entre la doctrina conciliar y diversos conceptos formulados en nombre del Concilio, pero, en realidad, opuestos a su espíritu y a su letra. También por esta razón, al tema de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo se dedicó la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos de 1987.

Este hecho nos dice que las luminosas páginas que el Concilio dedicó al laicado aún no habían sido traducidas y realizadas suficientemente en la conciencia de los católicos y en la práctica pastoral. Por una parte, existe todavía la tendencia a identificar unilateralmente la Iglesia con la jerarquía, olvidando la responsabilidad común,

la misión común del pueblo de Dios, que somos todos nosotros en Cristo. Por otra, persiste también la tendencia a concebir el pueblo de Dios, como ya he dicho, según una idea puramente sociológica o política, olvidando la novedad y la especificidad de ese pueblo, que sólo se convierte en pueblo en la comunión con Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, ahora tenemos que preguntarnos: ¿En qué situación se encuentra nuestra diócesis de Roma? ¿En qué medida se reconoce y favorece la responsabilidad pastoral de todos, en particular la de los laicos? Durante los siglos pasados, gracias al generoso testimonio de muchos bautizados que han dedicado su vida a educar en la fe a las nuevas generaciones, a cuidar a los enfermos y socorrer a los pobres, la comunidad cristiana ha anunciado el Evangelio a los habitantes de Roma.

Esta misma misión se nos confía a nosotros hoy, en situaciones diversas, en una ciudad donde muchos bautizados han perdido el camino de la Iglesia, y los que no son cristianos no conocen la belleza de nuestra fe. El Sínodo diocesano, promovido por mi amado predecesor, Juan Pablo II, fue una *receptio* efectiva de la doctrina conciliar, y el *Libro del Sínodo* comprometió a la diócesis a ser cada vez más Iglesia viva y activa en el corazón de la ciudad, a través de la acción coordinada y responsable de todos sus componentes.

La *Misión ciudadana*, que siguió en preparación al gran jubileo del año 2000, permitió a nuestra comunidad eclesial tomar conciencia de que el mandato de evangelizar no implica sólo a algunos bautizados, sino a todos. Fue una experiencia positiva que contribuyó a hacer madurar en las parroquias, en las comunidades religiosas, en las asociaciones y en los movimientos, la conciencia de pertenecer al único pueblo de Dios que, según las palabras del apóstol san Pedro, “Dios se ha adquirido para anunciar sus maravillas” (cf. *1 P 2, 9*). Por eso, queremos dar gracias esta tarde.

Aún queda mucho camino por recorrer. Demasiados bautizados no se sienten parte de la comunidad eclesial y viven al margen de ella, dirigiéndose a las parroquias sólo en algunas circunstancias para recibir servicios religiosos. En proporción al número de habitantes de cada parroquia, todavía son pocos los laicos que, aun declarándose católicos, están dispuestos a trabajar en los diversos campos apostólicos. Ciertamente, no faltan dificultades de orden cultural y social, pero, fieles al mandato del Señor, no podemos resignarnos a conservar lo que tenemos. Confiando en la gracia del Espíritu, que Cristo resucitado nos ha garantizado, debemos reanudar el camino con renovado impulso.

¿Qué caminos podemos recorrer? En primer lugar, es preciso renovar el esfuerzo en favor de una formación más atenta y conforme a la visión de Iglesia de la que he hablado, tanto por parte de

los sacerdotes como de los religiosos y laicos. Comprender cada vez mejor qué es esta Iglesia, este pueblo de Dios en el Cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo, es necesario mejorar los planes pastorales para que, respetando las vocaciones y las funciones de los consagrados y de los laicos, se promueva gradualmente la corresponsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Esto exige un cambio de mentalidad, en particular por lo que respecta a los laicos, pasando de considerarlos “colaboradores” del clero a reconocerlos realmente como “corresponsables” del ser y actuar de la Iglesia, favoreciendo la consolidación de un laicado maduro y comprometido.

Esta conciencia de ser Iglesia, común a todos los bautizados, no disminuye la responsabilidad de los párrocos. Precisamente a vosotros, queridos párrocos, os corresponde promover el crecimiento espiritual y apostólico de quienes ya son asiduos y están comprometidos en las parroquias: ellos son el núcleo de la comunidad que se convertirá en fermento para los demás. Para que dichas comunidades, aunque a veces sean pequeñas numéricamente, no pierdan su identidad y su vigor, es necesario educarlas en la escucha orante de la Palabra de Dios, a través de la práctica de la *lectio divina*, recomendada fervientemente por el reciente Sínodo de los obispos.

Alimentémonos realmente de la escucha, de la meditación de la Palabra de Dios. Nuestras comunidades deben tener siempre clara conciencia de

que son “Iglesia”, porque Cristo, Palabra eterna del Padre, las convoca y las convierte en su pueblo. La fe, por una parte, es una relación profundamente personal con Dios, pero, por otra, posee un componente comunitario esencial, y ambas dimensiones son inseparables. Así, también los jóvenes, que están más expuestos al creciente individualismo de la cultura contemporánea, la cual conlleva como consecuencias inevitables el debilitamiento de los vínculos interpersonales y la disminución del sentido de pertenencia, podrán experimentar la belleza y la alegría de ser y sentirse Iglesia. Por la fe en Dios estamos unidos en el Cuerpo de Cristo; todos somos uno en el mismo Cuerpo; así, precisamente creyendo de modo profundo, podemos vivir también la comunión entre nosotros y superar la soledad del individualismo.

Si la Palabra convoca a la comunidad, la Eucaristía la transforma en un cuerpo: “Porque aun siendo muchos -escribe san Pablo-, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10, 17). Por tanto, la Iglesia no es el resultado de una suma de individuos, sino una unidad entre quienes se alimentan de la única Palabra de Dios y del único Pan de vida. La comunión y la unidad de la Iglesia, que nacen de la Eucaristía, son una realidad de la que debemos tener cada vez mayor conciencia, también cuando recibimos la sagrada Comunión; debemos ser cada vez más conscientes de que entramos en unidad con Cristo, y así llegamos a ser uno entre nosotros. Debemos aprender siem-

pre de nuevo a conservar esta unidad y defenderla de rivalidades, controversias y celos, que pueden nacer dentro de las comunidades eclesiales y entre ellas.

En particular, quiero pedir a los movimientos y a las comunidades surgidos después del Vaticano II, que también en nuestra diócesis son un don valioso que debemos agradecer siempre al Señor, quiero pedir a estos movimientos que, repito, son un don, que se preocupen siempre de que sus itinerarios formativos lleven a sus miembros a madurar un verdadero sentido de pertenencia a la comunidad parroquial. El centro de la vida de la parroquia, como he dicho, es la Eucaristía, y en particular la celebración dominical. Si la unidad de la Iglesia nace del encuentro con el Señor, no es secundario que se cuide mucho la adoración y la celebración de la Eucaristía, permitiendo que los que participan en ellas experimenten la belleza del misterio de Cristo. Dado que la belleza de la liturgia “no es mero esteticismo sino el modo en que nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo” (*Sacramentum caritatis*, 35), es importante que la celebración eucarística manifieste, comunique, a través de los signos sacramentales, la vida divina y revele a los hombres y a las mujeres de esta ciudad el verdadero rostro de la Iglesia.

El crecimiento espiritual y apostólico de la comunidad lleva, además, a promover su ampliación mediante una convencida acción misionera. Por tanto, esforzaos por revitalizar en todas las pa-

roquias, como en el tiempo de la Misión ciudadana, los pequeños grupos o centros de escucha de fieles que anuncian a Cristo y su Palabra, lugares donde sea posible experimentar la fe, practicar la caridad y organizar la esperanza. Esta articulación de las grandes parroquias urbanas a través de la multiplicación de pequeñas comunidades permite una actividad misionera más vasta, que tiene en cuenta la densidad de la población, su fisonomía social y cultural, a menudo notablemente diversa. Sería importante que este método pastoral tuviera una aplicación eficaz también en los lugares de trabajo, que hoy se deben evangelizar con una pastoral de ambiente bien pensada, pues por la notable movilidad social la población pasa en ellos gran parte de su jornada.

Por último, no hay que olvidar el testimonio de la caridad, que une los corazones y abre a la pertenencia eclesial. A la pregunta de cómo se explica el éxito del cristianismo de los primeros siglos, la elevación de una presunta secta judía al rango de religión del Imperio, los historiadores responden que fue sobre todo la experiencia de la caridad de los cristianos lo que convenció al mundo. Vivir la caridad es la forma primaria de la actividad misionera. La Palabra anunciada y vivida resulta creíble si se encarna en comportamientos de solidaridad, de compartir, en gestos que muestran a Cristo como verdadero Amigo del hombre.

Ojalá que el testimonio silencioso y diario de caridad que dan las parro-

quias gracias al compromiso de numerosos fieles laicos siga extendiéndose cada vez más, para que quienes viven en el sufrimiento sientan cercana a la Iglesia y experimenten el amor del Padre, rico en misericordia. Por tanto, sed “buenos samaritanos”, dispuestos a curar las heridas materiales y espirituales de vuestros hermanos. Los diáconos, conformados mediante la ordenación a Cristo siervo, podrán prestar un servicio útil en la promoción de una renovada atención a las antiguas y nuevas formas de pobreza. Pienso, además, en los jóvenes. Queridos jóvenes, os invito a poner al servicio de Cristo y del Evangelio vuestro entusiasmo y vuestra creatividad, convirtiéndoos en apóstoles de vuestros coetáneos, dispuestos a responder generosamente al Señor si os llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada.

Queridos hermanos y hermanas, el futuro del cristianismo y de la Iglesia en Roma también depende del compromiso y del testimonio de cada uno de nosotros. Por esto invoco la intercesión materna de la Virgen María, venerada desde hace siglos en la basílica de Santa María la Mayor como *Salus populi romani*. Que, como hizo con los Apóstoles en el Cenáculo en espera de Pentecostés, nos acompañe también a nosotros y nos impulse a mirar con confianza al futuro. Con estos sentimientos, a la vez que os agradezco vuestro continuo trabajo, os imparto de corazón a todos una bendición apostólica especial.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Conferencia Episcopal Italiana

Sala del Sínodo. Jueves, 28 de mayo de 2009

Queridos hermanos obispos italianos:

Me alegra encontrarme una vez más con todos vosotros juntos, con ocasión de esta significativa cita anual, en la que os reunís en asamblea para compartir las preocupaciones y las alegrías de vuestro ministerio en las diócesis de la amada nación italiana. De hecho, vuestra asamblea expresa visiblemente y promueve la comunión de la que vive la Iglesia, y que se realiza también en la concordia de las iniciativas y de la acción pastoral.

Con mi presencia, vengo a confirmar la comunión eclesial que he visto crecer y fortalecerse constantemente. Doy las gracias, en particular, al cardenal presidente, que, en nombre de todos, ha confirmado la adhesión fraterna y la comunión cordial con el magisterio y el servicio pastoral del Sucesor de Pedro, reafirmando así la singular unidad que vincula a la Iglesia de Italia con la Sede apostólica. Durante estos meses, he recibido muchos testimonios conmovedores de esta adhesión. Os digo de todo corazón: ¡gracias! En este clima de comunión, el pueblo cristiano, que experimenta la profunda inserción en el territorio, el vivo sentido de la fe y la sincera pertenencia a la comunidad eclesial -todo ello gracias a vuestra guía pastoral, al servicio generoso de tantos

presbíteros y diáconos, y de religiosos y fieles laicos que, con su entrega constante, sostienen el entramado eclesial y la vida diaria de las numerosas parroquias esparcidas por todos los rincones del país-, se puede alimentar provechosamente de la Palabra de Dios y de la gracia de los sacramentos.

No ignoramos las dificultades que las parroquias encuentran al llevar a sus miembros a una plena adhesión a la fe cristiana en nuestro tiempo. No es casualidad que muchos pidan una renovación marcada por una colaboración cada vez mayor de los laicos y de su corresponsabilidad misionera. Por estas razones, en la acción pastoral oportunamente habéis querido profundizar el compromiso misionero que ha caracterizado el camino de la Iglesia en Italia después del Concilio, poniendo en el centro de la reflexión de vuestra asamblea la tarea fundamental de la educación. Como he reafirmado en varias ocasiones, se trata de una exigencia constitutiva y permanente de la vida de la Iglesia, que hoy tiende a asumir carácter de urgencia e incluso de emergencia.

Durante estos días, habéis tenido ocasión de escuchar, reflexionar y debatir sobre la necesidad de preparar una especie de proyecto educativo, que brote de una visión coherente y completa del hombre, como puede surgir únicamente de la imagen y realización perfecta que tenemos en Jesucristo. Él es el Maestro en cuya escuela se ha de

redescubrir la tarea educativa como una altísima vocación a la que, con diversas modalidades, están llamados todos los fieles. En este tiempo, en el que es fuerte la fascinación de concepciones relativistas y nihilistas de la vida y en el que se pone en tela de juicio la legitimidad misma de la educación, la primera contribución que podemos dar es la de testimoniar nuestra confianza en la vida y en el hombre, en su razón y en su capacidad de amar.

Esta confianza no es fruto de un optimismo ingenuo, sino que nos viene de la “esperanza fiable” (*Spe salvi*, 1) que se nos da mediante la fe en la redención realizada por Jesucristo. Con referencia a este fundado acto de amor al hombre, puede surgir una alianza educativa entre todos los que tienen responsabilidades en este delicado ámbito de la vida social y eclesial.

La conclusión, el domingo próximo, del trienio del *Ágora de los jóvenes italianos*, en el que vuestra Conferencia ha llevado a cabo un itinerario articulado de animación de la pastoral juvenil, constituye una invitación a verificar el camino educativo que se está realizando y a emprender nuevos proyectos destinados a una franja de destinatarios, la de las nuevas generaciones, sumamente amplia y significativa para las responsabilidades educativas de nuestras comunidades eclesiales y de toda la sociedad.

Por último, la obra formativa se extiende también a la edad adulta, que no

queda excluida de una verdadera responsabilidad de educación permanente. Nadie queda excluido de la tarea de ocuparse del crecimiento propio y del ajeno hasta “la medida de la plenitud de Cristo” (*Ef 4, 13*).

La dificultad de formar cristianos auténticos se mezcla, hasta confundirse, con la dificultad de hacer que crezcan hombres y mujeres responsables y maduros, en los que la conciencia de la verdad y del bien, y la adhesión libre a ellos, estén en el centro del proyecto educativo, capaz de dar forma a un itinerario de crecimiento global debidamente preparado y acompañado. Por esto, junto con un adecuado proyecto que indique la finalidad de la educación a la luz del modelo acabado que se quiere seguir, hacen falta educadores autorizados a los que las nuevas generaciones puedan mirar con confianza.

En este Año paulino, que hemos vivido con la profundización de la palabra y del ejemplo del gran Apóstol de los gentiles, y que de diversos modos habéis celebrado en vuestras diócesis y precisamente ayer todos juntos en la basílica de San Pablo extramuros, resuena con singular eficacia su invitación: “Sed imitadores míos” (*1 Co 11, 1*). Son palabras valientes, pero un verdadero educador pone en juego en primer lugar su persona y sabe unir autoridad y ejemplaridad en la tarea de educar a los que le han sido encomendados. De ello somos conscientes nosotros mismos, que hemos sido constituidos guías en medio

del pueblo de Dios, a los que el apóstol san Pedro dirige, a su vez, la invitación a apacentar la grey de Dios “siendo modelos de la grey” (*1 P 5, 3*). También sobre estas palabras nos conviene meditar.

Así pues, resulta singularmente feliz esta circunstancia: después del año dedicado al Apóstol de los gentiles, nos disponemos a celebrar un Año sacerdotal. Juntamente con nuestros sacerdotes, estamos llamados a redescubrir la gracia y la tarea del ministerio presbiteral. Este ministerio es un servicio a la Iglesia y al pueblo cristiano, que exige una espiritualidad profunda. En respuesta a la vocación divina, esa espiritualidad debe alimentarse de la oración y de una intensa unión personal con el Señor, para poder servirle en los hermanos mediante la predicación, los sacramentos, una vida de comunidad ordenada y la ayuda a los pobres. En todo el ministerio sacerdotal, resalta, de este modo, la importancia de la tarea educativa, para que crezcan personas libres, verdaderamente libres, es decir, responsables, cristianos maduros y conscientes.

No cabe duda de que del espíritu cristiano recibe vitalidad siempre renovada el sentido de solidaridad, que está profundamente arraigado en el corazón de los italianos y encuentra la manera de expresarse con particular intensidad en algunas circunstancias dramáticas de la vida del país, la última de las cuales ha sido el devastador terremoto que asoló algunas áreas de Los Abruzos. Como dijo ya vuestro presidente, du-

rante mi visita a esa tierra trágicamente herida pude darme cuenta personalmente de los lutos, el dolor y los desastres producidos por ese terrible seísmo, pero también he constatado -y esto me ha impresionado enormemente- la fortaleza de espíritu de esas poblaciones, así como el movimiento de solidaridad que se activó inmediatamente en todas las partes de Italia. Nuestras comunidades han respondido con gran generosidad a la petición de ayuda que procedía de aquella región sosteniendo las iniciativas promovidas por la Conferencia episcopal a través de las *Cáritas*. Deseo renovar a los obispos de Los Abruzos, y a través de ellos a las comunidades locales, la seguridad de mi oración constante y de mi continua cercanía afectuosa.

Desde hace meses, estamos constatando los efectos de una crisis financiera y económica que ha sacudido duramente al mundo entero y ha afectado en diversa medida a todos los países. A pesar de las medidas tomadas en varios niveles, se siguen sintiendo los efectos sociales de la crisis, e incluso duramente, de modo especial sobre las franjas más débiles de la sociedad y sobre las familias. Por eso, deseo expresar mi aprecio y mi aliento por la iniciativa del fondo de solidaridad denominado "Préstamo de la esperanza", que precisamente el domingo próximo tendrá un momento de participación coral en la colecta nacional, que constituye la base del fondo mismo. Esta renovada petición de generosidad, que se añade a las numerosas iniciativas puestas en marcha por muchas diócesis,

evocando el gesto de la colecta impulsada por el apóstol san Pablo en favor de la Iglesia de Jerusalén, es un testimonio elocuente de que unos comparten el peso de los otros. En este momento de dificultad, que afecta de modo especial a los que han perdido el empleo, eso es un verdadero acto de culto que brota de la caridad suscitada por el Espíritu del Resucitado en el corazón de los creyentes. Es un anuncio elocuente de la conversión interior generada por el Evangelio y una manifestación conmovedora de comunión eclesial.

Las Iglesias, en Italia, también están fuertemente comprometidas en una forma esencial de caridad: la caridad intelectual. Un ejemplo significativo es el compromiso en favor de la promoción de una mentalidad generalizada en favor de la vida, en todos sus aspectos y momentos, con una atención particular a la que se encuentra en condiciones de gran fragilidad y precariedad. Testimonia muy bien ese compromiso el manifiesto "Libres para vivir. Amar la vida hasta el final", por el que el laicado católico se empeña de forma unánime en trabajar para que no falte en el país la conciencia de la verdad plena sobre el hombre y la promoción del auténtico bien de las personas y de la sociedad. El "sí" y el "no" que se expresan en ese manifiesto definen los contornos de una auténtica acción educativa y son expresión de un amor fuerte y concreto por cada persona. Por eso, el pensamiento vuelve al tema central de vuestra asamblea -la tarea urgente de la educación- que exige el arraigo en la Palabra de Dios y el

discernimiento espiritual, los proyectos culturales y sociales, el testimonio de la unidad y de la gratuidad.

Queridos hermanos en el episcopado, faltan ya pocos días para la solemnidad de Pentecostés, en la que celebraremos el don del Espíritu, que derriba las fronteras y abre a la comprensión de la verdad completa. Invoquemos al Consolador, que no abandona a quienes se dirigen a él, encomendándole el camino de la Iglesia en Italia y a toda persona que vive en este amadísimo país. Que venga sobre todos nosotros el Espíritu de vida y encienda nuestro corazón con el fuego de su amor infinito.

De corazón os bendigo a vosotros y a vuestras comunidades.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a ocho nuevos Embajadores ante la
Santa Sede***

*Sala Clementina. Viernes, 29 de mayo
de 2009*

Excelencias:

Me alegra recibiros esta mañana con ocasión de la presentación de las cartas que os acreditan como embajadores extraordinarios y plenipotenciarios de vuestros países ante la Santa Sede: Mongolia, India, Benín, Nueva Zelanda, República Sudafricana, Burkina

Faso, Namibia y Noruega. Os doy las gracias por haberme transmitido las amables palabras de vuestros respectivos jefes de Estado. Os pido que les hagáis llegar mi cordial saludo y mis mejores deseos para sus personas y para su elevada misión al servicio de sus países y pueblos.

Me permito saludar, por medio de vosotros, a todas las autoridades civiles y religiosas de vuestras naciones, así como a vuestros compatriotas. Mis oraciones y mis pensamientos se dirigen en particular a las comunidades católicas presentes en vuestros países. Podéis estar seguros de que desean colaborar fraternalmente en la edificación nacional aportando, de la mejor manera que les sea posible, su propia contribución fundada en el Evangelio.

Señora y señores embajadores, el compromiso al servicio de la paz y el afianzamiento de las relaciones fraternas entre las naciones constituye el centro de vuestra misión diplomática. Hoy, en la crisis social y económica que vive el mundo, es urgente tomar de nuevo conciencia de que hay que luchar de manera eficaz para instaurar una paz auténtica con vistas a la construcción de un mundo más justo y próspero para todos. En efecto, las injusticias, a menudo escandalosas, entre las naciones o en su seno, al igual que todos los procesos que contribuyen a suscitar divisiones entre los pueblos o a marginarlos, son peligrosos atentados contra la paz y crean graves riesgos de conflictos.

Por tanto, todos estamos llamados a dar nuestra contribución al bien común y a la paz, cada uno según sus propias responsabilidades. Como escribí en mi *Mensaje para la Jornada mundial de la paz*, el 1 de enero pasado, “uno de los caminos reales para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana. Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte *solidaridad global* tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico” (n. 8: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de diciembre de 2008, p. 9). La paz sólo puede construirse tratando valientemente de eliminar las desigualdades engendradas por sistemas injustos, para garantizar a todos un nivel de vida que permita una existencia digna y próspera.

Estas desigualdades se han hecho todavía más escandalosas a causa de la crisis financiera y económica actual, que se difunde a través de diferentes canales en los países de escaso rédito. Me limito a mencionar algunos: el reflujo de las inversiones extranjeras, la caída de la demanda de materias primas y la tendencia a la disminución de la ayuda internacional. A esto, se añade la reducción de las remesas enviadas a las familias que se quedaron en su país por los trabajadores emigrantes, víctimas de la recesión que afecta también a los países que los acogen.

Esta crisis puede transformarse en catástrofe humana para los habitantes

de los países más débiles. Los que ya vivían en una pobreza extrema son los primeros afectados, pues son los más vulnerables. Esta crisis hace caer en la pobreza también a personas que antes vivían de manera decorosa, aunque no fueran acomodadas. La pobreza aumenta y tiene consecuencias graves, a veces irreversibles. Así, la recesión engendrada por la crisis económica puede llegar a ser una amenaza para la existencia misma de innumerables individuos. Los niños son las primeras víctimas inocentes; y es preciso protegerlos a ellos con prioridad.

La crisis económica tiene otro efecto. La desesperación que provoca lleva a algunas personas a la búsqueda angustiada de una solución que les permita sobrevivir diariamente. Por desgracia, esta búsqueda a menudo va acompañada de actos individuales o colectivos de violencia, que pueden desembocar en conflictos internos, corriendo el riesgo de desestabilizar aún más a las sociedades ya debilitadas.

Para afrontar la actual situación de crisis y encontrar una solución, algunos países han decidido no disminuir su ayuda a los países más amenazados, proponiéndose por el contrario aumentarla. Convendría que otros países desarrollados siguieran su ejemplo para que los países necesitados puedan sostener su economía y consolidar las medidas sociales destinadas a proteger a las poblaciones más necesitadas. Hago un llamamiento a una fraternidad y so-

lidaridad mayores, y a una generosidad global realmente vivida. Esto requiere que los países desarrollados reencuentren el sentido de la medida y de la sobriedad en la economía y en su estilo de vida.

Señora y señores embajadores, no ignoráis que en estos últimos años se han manifestado nuevas formas de violencia, que, por desgracia, se apoyan en el nombre de Dios para justificar actos peligrosos. Dios, que conoce la fragilidad del hombre, ¿no le reveló en el Sinaí estas palabras: “No tomarás en falso el nombre del Señor, tu Dios; porque el Señor no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso”? (*Ex* 20, 7). Esos excesos han llevado en ocasiones a considerar las religiones como una amenaza para las sociedades. A las religiones se las ataca y desacredita, afirmando que no son factores de paz. Los líderes religiosos tienen el deber de acompañar a los creyentes y de iluminarlos para que progresen en santidad e interpreten las palabras divinas a la luz de la verdad.

Es necesario favorecer el resurgimiento de un mundo en el que las religiones y las sociedades se abran unas a otras, gracias a la apertura que practican en su seno y entre ellas. Así se daría un testimonio auténtico de vida. Así, se crearía un espacio que favorecería un diálogo positivo y necesario. Dando al mundo su contribución propia, la Iglesia católica quiere testimoniar una visión positiva del porvenir de la

humanidad. Estoy convencido “de la función insustituible de la religión para la formación de las conciencias, y de la contribución que puede aportar, junto a otras instancias, para la creación de un consenso ético de fondo en la sociedad” (*Discurso en el Elíseo*, París, 12 de septiembre de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de septiembre de 2008, p. 5).

Vuestra misión ante la Santa Sede, señora y señores embajadores, acaba de comenzar. En mis colaboradores encontraréis el apoyo necesario para realizarla adecuadamente. Os expreso de nuevo mis mejores deseos de éxito en vuestra delicada función. Que el Todopoderoso os sostenga y os acompañe a vosotros, a vuestros seres queridos, a vuestros colaboradores y a todos vuestros compatriotas. Que Dios os colme de la abundancia de sus bendiciones.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los muchachos de la Obra Misional Pontificia de la Infancia Misionera

Sala Pablo VI. Sábado, 30 de mayo de 2009

Me llamo Anna Filippone, tengo doce años, soy monaguilla, vengo de Calabria, de la diócesis de Oppido Mamertina-Palmi. Papa Benedicto, el papá de mi amigo Giovanni es italiano y su mamá, ecuatoriana; y él es muy feliz. ¿Crees que

las diferentes culturas podrán vivir un día sin pelearse en el nombre de Jesús?

Entiendo que queréis saber cómo nosotros nos ayudábamos unos a otros cuando éramos niños. Os puedo decir que viví los años de la escuela primaria en un pequeño pueblo de 400 habitantes, muy lejos de los grandes centros. Por tanto, éramos algo ingenuos; en ese pueblo, había unos agricultores muy ricos y otros menos ricos pero acomodados; y también había empleados pobres, artesanos. Poco antes de que yo comenzara la escuela primaria, nuestra familia había llegado a ese pueblo procedente de otro; por eso, éramos casi extranjeros para ellos; incluso el dialecto era diferente. Por tanto, en esa escuela se reflejaban situaciones sociales muy diversas. Sin embargo, reinaba gran comunión entre nosotros. Me enseñaron su dialecto, pues yo todavía no lo conocía. La colaboración era buena, y debo reconocer que, como es natural, en alguna ocasión también nos peleábamos, pero después nos reconciliábamos y olvidábamos lo que había sucedido.

Esto me parece importante. A veces, en la vida humana parece inevitable pelearse; pero, en cualquier caso, lo importante es el arte de reconciliarse, el perdón, volver a comenzar de nuevo y no dejar amargura en el alma. Recuerdo con gratitud cómo colaborábamos todos: uno ayudaba al otro y seguíamos juntos nuestro camino. Todos éramos católicos, y naturalmente esto era una

gran ayuda. Así aprendimos juntos a conocer la Biblia, desde la creación hasta el sacrificio de Jesús en la cruz y los inicios de la Iglesia. Juntos aprendimos el catecismo, aprendimos a rezar juntos, nos preparamos juntos para la primera confesión, para la primera Comunión, que fue un día espléndido. Comprendimos que Jesús mismo viene a nosotros y que no es un Dios lejano: entra en nuestra vida, en nuestra alma. Y, si Jesús mismo entra en cada uno de nosotros, nosotros somos hermanos, hermanas, amigos y, por tanto, debemos comportarnos como tales.

Para nosotros esta preparación para la primera confesión como purificación de nuestra conciencia, de nuestra vida, y después también para la primera Comunión como encuentro concreto con Jesús, que viene a mí, que viene a todos nosotros, fueron factores que contribuyeron a formar nuestra comunidad. Nos ayudaron a avanzar juntos, a aprender juntos a reconciliarnos, cuando era necesario. Hacíamos también pequeños espectáculos: es importante también colaborar, prestar atención a los demás.

A los ocho o nueve años, me hice monaguillo. En aquel tiempo no había todavía monaguillas, pero las muchachas leían mejor que nosotros. Por eso, ellas leían las lecturas de la liturgia, mientras que nosotros éramos monaguillos. En aquel tiempo, todavía había muchos textos en latín que había que aprender; así, cada uno tenía que

hacer su parte de esfuerzo. Como he dicho, no éramos santos: nos peleábamos, pero había gran comunión, en la que no contaban las distinciones entre ricos y pobres, inteligentes y menos inteligentes. Contaba la comunión con Jesús en el camino de la fe común y en la responsabilidad común, en los juegos, en el trabajo común. Éramos capaces de vivir juntos, de ser amigos; y aunque desde 1937, es decir, desde hace más de setenta años, no he vuelto a ese pueblo, seguimos siendo amigos. Aprendimos a aceptarnos unos a otros, a soportarnos unos a otros.

Esto me parece importante: a pesar de nuestras debilidades, nos aceptamos; y con Jesucristo, con la Iglesia, encontramos juntos el camino de la paz y aprendemos a vivir bien.

Me llamo Letizia y te quería hacer una pregunta. Querido Papa, Benedicto XVI, cuando eras pequeño, ¿qué quería decir para ti el lema: "Los niños ayudan a los niños"? ¿Pensaste alguna vez que llegarías a ser Papa?

A decir verdad, nunca pensé que llegaría a ser Papa, pues, como ya he dicho, era un muchacho bastante ingenuo, en un pequeño pueblo muy alejado de las ciudades, en una provincia olvidada. Éramos felices de vivir en esa provincia y no pensábamos en otras cosas. Naturalmente conocíamos, venerábamos y amábamos al Papa -era Pío XI-, pero para nosotros estaba a una altura inalcanzable, casi otro mundo; era

nuestro padre, pero una realidad muy superior a todos nosotros. Y tengo que decir que todavía hoy me cuesta comprender cómo el Señor pudo pensar en mí, destinándome a este ministerio. Pero lo acepto de sus manos, aunque es algo sorprendente y me parece que supera con mucho mis fuerzas. Sin embargo, el Señor me ayuda.

Querido Papa, Benedicto, soy Alessandro. Quiero preguntarte a ti que eres el primer misionero: nosotros, los muchachos, ¿cómo podemos ayudarte a anunciar el Evangelio?

Una primera manera es colaborar con la Obra pontificia de la Infancia Misionera. Así formáis parte de una gran familia, que lleva el Evangelio al mundo. Así pertenecéis a una gran red. Aquí se ve representada la familia de los diferentes pueblos. Vosotros estáis en esta gran familia: cada uno hace lo que está de su parte y juntos sois misioneros, promotores de la obra misionera de la Iglesia. Tenéis un hermoso programa, indicado por vuestra portavoz: escuchar, rezar, conocer, compartir, ser solidarios. Estos son los elementos esenciales que constituyen realmente una forma de ser misionero, de hacer que crezca la Iglesia y la presencia del Evangelio en el mundo. Quiero subrayar algunos de estos puntos.

Ante todo, rezar. La oración es una realidad: Dios nos escucha y, cuando rezamos, Dios entra en nuestra vida, se hace presente entre nosotros, y ac-

túa. Rezar es algo muy importante, que puede cambiar el mundo, pues hace presente la fuerza de Dios. Y es importante ayudarse para rezar: rezamos juntos en la liturgia, rezamos juntos en la familia. Es importante comenzar el día con una pequeña oración y también acabar el día con una pequeña oración: recordar a vuestros padres en la oración. Rezar antes de la comida, antes de la cena, y con motivo de la celebración común del domingo. Un domingo sin misa, la gran oración común de la Iglesia, no es un verdadero domingo: le falta el corazón del domingo, y la luz para la semana. Podéis también ayudar a los demás, especialmente cuando no se reza en casa, cuando no se conoce la oración, enseñándoles a rezar: al rezar con ellos se introduce a los demás en la comunión con Dios.

Luego hay que escuchar, es decir, aprender realmente lo que nos dice Jesús. Además, hay que conocer la Sagrada Escritura, la Biblia. En la historia de Jesús -como ha dicho el cardenal- descubrimos el rostro de Dios, aprendemos cómo es Dios. Es importante conocer a Jesús de forma profunda y personal. Así entra en nuestra vida y, a través de nuestra vida, entra en el mundo.

También hay que compartir, no querer las cosas sólo para uno mismo, sino para todos; compartir con los demás. Y si vemos que otro tiene necesidad, que tiene menos cualidades, debemos ayudarle, para hacer presente el amor de

Dios sin grandes palabras en nuestro pequeño mundo personal, que forma parte del gran mundo. Así, juntos nos convertimos en una familia, en la que uno respeta al otro: soporta al otro en su alteridad, acepta incluso a los anti-páticos, no deja que uno quede marginado, sino que lo ayuda a integrarse en la comunidad.

Todo esto quiere decir simplemente vivir en esta gran familia de la Iglesia, en esta gran familia misionera. Vivir los puntos esenciales como el compartir, el conocimiento de Jesús, la oración, la escucha recíproca y la solidaridad es una obra misionera, pues ayuda a que el Evangelio se haga realidad en nuestro mundo.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final del rezo del Rosario como
conclusión del mes de mayo***

Jardines Vaticanos. Sábado, 30 de mayo de 2009

Venerados hermanos; queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos con afecto al final de la tradicional velada mariana con la que se concluye el mes de mayo en el Vaticano. Este año ha adquirido un valor muy especial, pues coincide con la vigilia de Pentecostés. Al reuniros aquí, congregados espiritualmente en torno a la Virgen María y contemplando los

misterios del santo rosario, habéis vivido la experiencia de los primeros discípulos, reunidos en el Cenáculo con “la madre de Jesús”, “perseverando todos en la oración con un mismo espíritu” a la espera de la venida del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14). También nosotros, en esta penúltima tarde de mayo, desde la colina del Vaticano invocamos la efusión del Espíritu Paráclito sobre nosotros, sobre la Iglesia que está en Roma y sobre todo el pueblo cristiano.

La gran fiesta de Pentecostés nos invita a meditar en la relación entre el Espíritu Santo y María, una relación muy íntima, privilegiada e indisoluble. La Virgen de Nazaret fue elegida para convertirse en la Madre del Redentor por obra del Espíritu Santo: en su humildad halló gracia a los ojos de Dios (cf. *Lc* 1, 30). De hecho, en el Nuevo Testamento vemos que la fe de María, por decirlo así, “atrajo” el don del Espíritu Santo. Ante todo en la concepción del Hijo de Dios, misterio que el mismo arcángel Gabriel explicó así: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (*Lc* 1, 35). Inmediatamente después María fue a ayudar a Isabel, y cuando llegó a su casa y la saludó, el Espíritu Santo hizo que el niño saltara de gozo en el seno de su anciana prima (cf. *Lc* 1, 44); y todo el diálogo entre las dos madres fue inspirado por el Espíritu de Dios, sobre todo el cántico de alabanza con el que María expresó sus sentimientos profundos, el *Magnificat*.

Todos los acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús y con sus primeros años de vida estuvieron dirigidos de manera casi palpable por el Espíritu Santo, aunque no siempre se le nombre. El corazón de María, en perfecta sintonía con su Hijo divino, es templo del Espíritu de verdad, donde cada palabra y cada acontecimiento son conservados en la fe, en la esperanza y en la caridad (cf. *Lc* 2, 19.51).

Así podemos tener la certeza de que el corazón santísimo de Jesús en todo el arco de su vida oculta en Nazaret encontró en el corazón inmaculado de su Madre un “hogar” siempre encendido de oración y de atención constante a la voz del Espíritu. Un testimonio de esta singular sintonía entre la Madre y el Hijo, buscando la voluntad de Dios, es lo que aconteció en las bodas de Caná. En una situación llena de símbolos de la alianza, como es el banquete nupcial, la Virgen Madre intercede y provoca, por decirlo así, un signo de gracia sobreabundante: el “vino bueno” que hace referencia al misterio de la Sangre de Cristo.

Esto nos remite directamente al Calvario, donde María está al pie de la cruz junto con las demás mujeres y con el apóstol san Juan. La Madre y el discípulo recogen espiritualmente el testamento de Jesús: sus últimas palabras y su último aliento, en el que comienza a derramar el Espíritu; y recogen el grito silencioso de su Sangre, derramada totalmente por nosotros (cf. *Jn* 19,25-

34). María sabía de dónde venía esa sangre, pues se había formado en ella por obra del Espíritu Santo, y sabía que ese mismo “poder” creador resucitaría a Jesús, como él mismo había prometido.

Así, la fe de María sostuvo la de los discípulos hasta el encuentro con el Señor resucitado, y siguió acompañándolos incluso después de su Ascensión al cielo, a la espera del “bautismo en el Espíritu Santo” (cf. *Hch* 1, 5). En Pentecostés, la Virgen Madre aparece de nuevo como Esposa del Espíritu, para una maternidad universal con respecto a todos los que son engendrados por Dios mediante la fe en Cristo. Precisamente por eso, María es para todas las generaciones imagen y modelo de la Iglesia, que juntamente con el Espíritu camina en el tiempo invocando la vuelta gloriosa de Cristo: “¡Ven, Señor Jesús!” (cf. *Ap* 22, 17.20).

Queridos amigos, siguiendo el ejemplo de María, aprendamos también nosotros a reconocer la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, a escuchar sus inspiraciones y a seguirlo dócilmente. Él nos hace crecer según la plenitud de Cristo, según los frutos buenos que el apóstol san Pablo enumera en la *carta a los Gálatas*: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (*Ga* 5, 22).

Os deseo que seáis colmados de estos dones y que caminéis siempre con

María según el Espíritu y, a la vez que os agradezco y os felicito por vuestra participación en esta celebración vespertina, os imparto de corazón a todos vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los profesores y alumnos del
Pontificio Seminario Francés de
Roma***

*Sala Clementina. Sábado, 6 de junio
de 2009*

*Señores cardenales; queridos hermanos
en el episcopado; señor rector; queridos
sacerdotes y seminaristas:*

Con gran alegría os recibo con ocasión de las celebraciones que en estos días marcan un momento importante de la historia del Pontificio Seminario Francés de Roma. La Congregación del Espíritu Santo, que desde su fundación asumió su gestión, la entrega ahora, después de un siglo y medio de fiel servicio, a la Conferencia episcopal de Francia.

Debemos dar gracias al Señor por la labor realizada en esta institución, en la que, desde su apertura, cerca de cinco mil seminaristas o sacerdotes jóvenes se han preparado para su futura vocación. A la vez que manifiesto mi aprecio por el trabajo de los miembros de la Congregación del Espíritu Santo, padres y

hermanos, deseo encomendar de modo particular al Señor los apostolados que la Congregación fundada por el venerable padre Liberman conserva y desarrolla en todo el mundo, especialmente en África, a partir de su carisma, que no ha perdido nada de su fuerza y de su especificidad. Que el Señor bendiga a la Congregación y sus misiones.

La tarea de formar sacerdotes es una misión delicada. La formación propuesta en el seminario es exigente, pues a la solicitud pastoral de los futuros sacerdotes se encomendará una porción del pueblo de Dios, que Cristo salvó y por el que dio su vida. Conviene que los seminaristas recuerden que si la Iglesia se muestra exigente con ellos es porque deberán cuidar de quienes Cristo adquirió a un precio tan elevado.

Son muchas las aptitudes que se exigen a los futuros sacerdotes: la madurez humana, las cualidades espirituales, el celo apostólico, el rigor intelectual... Para conseguir estas virtudes, los candidatos al sacerdocio no sólo deben poder ser sus testigos entre sus formadores; más aún, deben poder ser los primeros beneficiarios de estas cualidades vividas y dispensadas por quienes tienen la tarea de hacerlos crecer. Es ley de nuestra humanidad y de nuestra fe que, con mucha frecuencia, sólo somos capaces de dar lo que hemos recibido antes de Dios a través de las mediaciones eclesiales y humanas que él ha instituido. Quien recibe la tarea del discernimiento y de la formación

debe recordar que la esperanza que tiene para los demás es en primer lugar un deber para sí mismo.

Este paso de testigo coincide con el inicio del *Año sacerdotal*. Es una gracia para el nuevo grupo de sacerdotes formadores reunidos por la Conferencia episcopal de Francia. Mientras recibe sumisión, se le da, como a toda la Iglesia, la posibilidad de escrutar más profundamente la identidad del sacerdote, misterio de gracia y de misericordia.

Me complace citar aquí al cardenal Suhard, personalidad eminente, el cual dijo a propósito de los ministros de Cristo: «Eterna paradoja del sacerdote. Lleva en sí realidades contrarias. Concilia, al precio de su vida, la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre. Parece pobre y sin fuerza... No cuenta con medios políticos, ni con recursos financieros, ni con la fuerza de las armas, de los que otros se valen para conquistar la tierra. Su fuerza consiste en estar desarmado y en que “todo lo puede en Aquél que lo conforta”» (*Ecclesia* n. 141, p. 21, diciembre de 1960).

Ojalá que estas palabras, que evocan muy bien la figura del santo cura de Ars, resuenen como una llamada vocacional para numerosos jóvenes cristianos de Francia que desean una vida útil y fecunda para servir al amor de Dios.

El Seminario Francés tiene la particularidad de estar situado en la ciudad de Pedro. Retomando el deseo expresa-

do por Pablo VI (cf. *Discurso a los ex alumnos del Seminario Francés*, 11 de septiembre de 1968), deseo que durante su estancia en Roma los seminaristas se familiaricen de modo privilegiado con la historia de la Iglesia, descubran la amplitud de su catolicidad y su unidad viva en torno al Sucesor de Pedro, y que así se grabe para siempre en su corazón de pastores el amor de la Iglesia.

Invocando sobre todos vosotros abundantes gracias del Señor por intercesión de la santísima Virgen María, de santa Clara y del beato Pío IX, os imparto de corazón la bendición apostólica a todos vosotros, a vuestras familias, a los ex alumnos que no han podido venir y al personal laico del seminario.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Fundación
“CENTESIMUS ANNUS, PRO
PONTIFICE”***

*Sala Clementina. Sábado, 13 de junio
de 2009*

*Venerados hermanos en el episcopado y
en el sacerdocio; ilustres y queridos ami-
gos:*

Gracias por vuestra visita, que se sitúa en el contexto de vuestra reunión anual. Os saludo a todos con afecto y os agradezco lo que hacéis, con gran generosidad, al servicio de la Iglesia. Saludo y expreso mi agradecimiento

al conde Lorenzo Rossi di Montelera, vuestro presidente, que ha interpretado con fina sensibilidad vuestros sentimientos, exponiendo en grandes líneas la actividad de la Fundación.

También doy las gracias a los que, en diversas lenguas, han querido presentarme el testimonio de la devoción común. Este encuentro asume un significado y un valor particulares a la luz de la situación que vive la humanidad en este momento.

En efecto, la crisis financiera y económica que ha afectado a los países industrializados, a los emergentes y a los que están en vías de desarrollo, demuestra de modo evidente que es necesario revisar ciertos paradigmas económico-financieros que han prevalecido durante los últimos años. Por eso, vuestra Fundación ha hecho bien en tratar de descubrir, durante la asamblea internacional que se celebró ayer, cuáles son los valores y las reglas a las que debería atenerse el mundo económico para dar vida a un nuevo modelo de desarrollo más atento a las exigencias de la solidaridad y más respetuoso de la dignidad humana.

Me alegra saber que habéis examinado, en particular, las interdependencias entre instituciones, sociedades y mercado, partiendo, de acuerdo con la encíclica *Centesimus annus* de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, de la reflexión según la cual la economía de mercado, entendida como “sistema económico

que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía” (n. 42), sólo puede reconocerse como camino de progreso económico y civil si está orientada al bien común (cf. n. 43).

Con todo, ese enfoque también debe ir acompañado de otra reflexión según la cual la libertad en el sector de la economía debe encuadrarse “en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral”, una libertad responsable “cuyo centro es ético y religioso” (n. 42). Oportunamente la encíclica mencionada afirma: “Así como la persona se realiza plenamente en la libre donación de sí misma, así también la propiedad se justifica moralmente cuando crea, en los debidos modos y circunstancias, oportunidades de trabajo y crecimiento humano para todos” (n. 43).

Deseo que las reflexiones llevadas a cabo durante vuestros trabajos, inspi-

rándose en los principios eternos del Evangelio, lleven a la elaboración de un enfoque de la economía moderna que respete las necesidades y los derechos de los débiles. Como sabéis, dentro de poco tiempo se publicará mi encíclica dedicada precisamente al amplio tema de la economía y del trabajo: en ella se pondrán de relieve los objetivos que, según nosotros los cristianos, se deben perseguir y los valores que se deben promover y defender de modo incansable, con el fin de realizar una convivencia humana realmente libre y solidaria.

También me ha complacido tener conocimiento de lo que realizáis en favor del Instituto pontificio de estudios árabes y de islamismo, a cuyas finalidades, compartidas por vosotros, atribuyo gran valor para un diálogo interreligioso cada vez más fecundo.

Queridos amigos, os agradezco una vez más vuestra visita. A cada uno de vosotros aseguro un recuerdo en la oración, y de corazón os bendigo a todos.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Solemnidad de Pentecostés

*Basilica de San Pedro. Domingo, 31
de mayo de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Cada vez que celebramos la eucaristía vivimos en la fe el misterio que se realiza en el altar; es decir, participamos en el acto supremo de amor que Cristo realizó con su muerte y su resurrección. El único y mismo centro de la liturgia y de la vida cristiana -el

misterio pascual-, en las diversas solemnidades y fiestas asume “formas” específicas, con nuevos significados y con dones particulares de gracia. Entre todas las solemnidades, Pentecostés destaca por su importancia, pues en ella se realiza lo que Jesús mismo anunció como finalidad de toda su misión en la tierra. En efecto, mientras subía a Jerusalén, declaró a los discípulos: “He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!” (*Lc 12, 49*). Estas palabras se cumplieron de la forma más evidente cincuenta días después de la resurrección, en Pentecostés, antigua fiesta judía que en la Iglesia ha llegado a ser la fiesta por excelencia del Espíritu Santo: “Se les aparecieron unas lenguas como de fuego (...) y quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (*Hch 2, 3-4*). Cristo trajo a la tierra el fuego verdadero, el Espíritu Santo. No se lo arrebató a los dioses, como hizo Prometeo, según el mito griego, sino que se hizo mediador del “don de Dios” obteniéndolo para nosotros con el mayor acto de amor de la historia: su muerte en la cruz.

Dios quiere seguir dando este “fuego” a toda generación humana y, naturalmente, es libre de hacerlo como quiera y cuando quiera. Él es espíritu, y el espíritu “sopla donde quiere” (cf. *Jn 3, 8*). Sin embargo, hay un “camino normal” que Dios mismo ha elegido para “arrojar el fuego sobre la tierra”: este camino es Jesús, su Hijo unigénito encarnado, muerto y resucitado. A su vez, Jesucristo constituyó la Iglesia

como su Cuerpo místico, para que prolongue su misión en la historia. “Recibid el Espíritu Santo”, dijo el Señor a los Apóstoles la tarde de la Resurrección, acompañando estas palabras con un gesto expresivo: “sopló” sobre ellos (cf. *Jn 20, 22*). Así manifestó que les transmitía su Espíritu, el Espíritu del Padre y del Hijo.

Ahora, queridos hermanos y hermanas, en esta solemnidad, la Escritura nos dice una vez más cómo debe ser la comunidad, cómo debemos ser nosotros, para recibir el don del Espíritu Santo. En el relato que describe el acontecimiento de Pentecostés, el autor sagrado recuerda que los discípulos “estaban todos reunidos en un mismo lugar”. Este “lugar” es el Cenáculo, la “sala grande en el piso superior” (cf. *Mc 14, 15*) donde Jesús había celebrado con sus discípulos la última Cena, donde se les había aparecido después de su resurrección; esa sala se había convertido, por decirlo así, en la “sede” de la Iglesia naciente (cf. *Hch 1, 13*). Sin embargo, los *Hechos de los Apóstoles*, más que insistir en el lugar físico, quieren poner de relieve la actitud interior de los discípulos: “Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu” (*Hch 1, 14*). Por consiguiente, la concordia de los discípulos es la condición para que venga el Espíritu Santo; y la concordia presupone la oración.

Esto, queridos hermanos y hermanas, vale también para la Iglesia hoy;

vale para nosotros, que estamos aquí reunidos. Si queremos que Pentecostés no se reduzca a un simple rito o a una conmemoración, aunque sea sugestiva, sino que sea un acontecimiento actual de salvación, debemos disponernos con religiosa espera a recibir el don de Dios mediante la humilde y silenciosa escucha de su Palabra. Para que Pentecostés se renueve en nuestro tiempo, tal vez es necesario -sin quitar nada a la libertad de Dios- que la Iglesia esté menos “ajetreada” en actividades y más dedicada a la oración.

Nos lo enseña la Madre de la Iglesia, María santísima, Esposa del Espíritu Santo. Este año Pentecostés cae precisamente el último día de mayo, en el que de ordinario se celebra la fiesta de la Visitación. También la Visitación fue una especie de pequeño “pentecostés”, que hizo brotar el gozo y la alabanza en el corazón de Isabel y en el de María, una estéril y la otra virgen, ambas convertidas en madres por una intervención divina extraordinaria (cf. *Lc* 1, 41-45). También la música y el canto que acompañan nuestra liturgia nos ayudan a “perseverar en la oración con un mismo espíritu”; por eso, expreso mi viva gratitud al coro de la catedral y a la *Kammerorchester* de Colonia. Para esta liturgia, en el bicentenario de la muerte de Joseph Haydn, se eligió muy oportunamente su *Harmóniemesse*, la última de las “Misas” que compuso ese gran músico, una sinfonía sublime para gloria de Dios. A todos los que os habéis reunido aquí en esta

circunstancia os dirijo mi más cordial saludo.

Los *Hechos de los Apóstoles*, para indicar al Espíritu Santo, utilizan dos grandes imágenes: la de la tempestad y la del fuego. Claramente, san Lucas tiene en su mente la teofanía del Sinaí, narrada en los libros del *Éxodo* (*Ex* 19, 16-19) y el *Deuteronomio* (*Dt* 4, 10-12.36). En el mundo antiguo, la tempestad se veía como signo del poder divino, ante el cual el hombre se sentía subyugado y aterrizado. Pero quiero subrayar también otro aspecto: la tempestad se describe como “viento impetuoso”, y esto hace pensar en el aire, que distingue a nuestro planeta de los demás astros y nos permite vivir en él. Lo que el aire es para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual; y, como existe una contaminación atmosférica que envenena el ambiente y a los seres vivos, también existe una contaminación del corazón y del espíritu, que daña y envenena la existencia espiritual. Así, como no conviene acostumbrarse a los venenos del aire -y por eso el compromiso ecológico constituye hoy una prioridad-, se debería actuar del mismo modo con respecto a lo que corrompe el espíritu. En cambio, parece que nos estamos acostumbrando sin dificultad a muchos productos que circulan en nuestras sociedades contaminando la mente y el corazón, por ejemplo imágenes que enfatizan el placer, la violencia o el desprecio del hombre y de la mujer. También esto es libertad, se dice, sin reconocer que

todo eso contamina, intoxica el alma, sobre todo de las nuevas generaciones, y acaba por condicionar su libertad misma. En cambio, la metáfora del viento impetuoso de Pentecostés hace pensar en la necesidad de respirar aire limpio, tanto con los pulmones, el aire físico, como con el corazón, el aire espiritual, el aire saludable del espíritu, que es el amor.

La otra imagen del Espíritu Santo que encontramos en los *Hechos de los Apóstoles* es el fuego. Al inicio, aludí a la comparación entre Jesús y la figura mitológica de Prometeo, que recuerda un aspecto característico del hombre moderno. Al apoderarse de las energías del cosmos -el “fuego”-, parece que el ser humano hoy se afirma a sí mismo como dios y quiere transformar el mundo, excluyendo, dejando a un lado o incluso rechazando al Creador del universo. El hombre ya no quiere ser imagen de Dios, sino de sí mismo; se declara autónomo, libre, adulto. Evidentemente, esta actitud revela una relación no auténtica con Dios, consecuencia de una falsa imagen que se ha construido de él, como el hijo pródigo de la parábola evangélica, que cree realizarse a sí mismo alejándose de la casa del padre. En las manos de un hombre que piensa así, el “fuego” y sus enormes potencialidades resultan peligrosas: pueden volverse contra la vida y contra la humanidad misma, como por desgracia lo demuestra la historia. Como advertencia perenne quedan las tragedias de Hiroshima y Nagasaki, donde

la energía atómica, utilizada con fines bélicos, acabó sembrando la muerte en proporciones inauditas.

En verdad, se podrían encontrar muchos ejemplos menos graves, pero igualmente sintomáticos, en la realidad de cada día. La Sagrada Escritura nos revela que la energía capaz de mover el mundo no es una fuerza anónima y ciega, sino la acción del “espíritu de Dios que aleteaba por encima de las aguas” (*Gn* 1, 2) al inicio de la creación. Y Jesucristo no “trajo a la tierra” la fuerza vital, que ya estaba en ella, sino el Espíritu Santo, es decir, el amor de Dios que “renueva la faz de la tierra” purificándola del mal y liberándola del dominio de la muerte (cf. *Sal* 104, 29-30). Este “fuego” puro, esencial y personal, el fuego del amor, vino sobre los Apóstoles, reunidos en oración con María en el Cenáculo, para hacer de la Iglesia la prolongación de la obra renovadora de Cristo.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos sugieren, por último, otro pensamiento: el Espíritu Santo vence el miedo. Sabemos que los discípulos se habían refugiado en el Cenáculo después del arresto de su Maestro y allí habían permanecido segregados por temor a padecer su misma suerte. Después de la resurrección de Jesús, su miedo no desapareció de repente. Pero en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se posó sobre ellos, esos hombres salieron del Cenáculo sin miedo y comenzaron a anunciar a todos la buena nueva de Cristo crucifi-

cado y resucitado. Ya no tenían miedo alguno, porque se sentían en las manos del más fuerte.

Sí, queridos hermanos y hermanas, el Espíritu de Dios, donde entra, expulsa el miedo; nos hace conocer y sentir que estamos en las manos de una Omnipotencia de amor: suceda lo que suceda, su amor infinito no nos abandona. Lo demuestra el testimonio de los mártires, la valentía de los confesores de la fe, el ímpetu intrépido de los misioneros, la franqueza de los predicadores, el ejemplo de todos los santos, algunos incluso adolescentes y niños. Lo demuestra la existencia misma de la Iglesia que, a pesar de los límites y las culpas de los hombres, sigue cruzando el océano de la historia, impulsada por el sople de Dios y animada por su fuego purificador.

Con esta fe y esta gozosa esperanza repitamos hoy, por intercesión de María: “Envía tu Espíritu, Señor, para que renueve la faz de la tierra”.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Concelebración Eucarística en
la Solemnidad del Corpus Christi***

Atrio de la basílica papal de San Juan de Letrán. Jueves, 11 de junio de 2009

“Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre”.

Queridos hermanos y hermanas:

Estas palabras, que pronunció Jesús en la última Cena, se repiten cada vez que se renueva el sacrificio eucarístico. Las acabamos de escuchar en el evangelio de san Marcos, y resuenan con singular fuerza evocadora hoy, solemnidad del *Corpus Christi*. Nos llevan espiritualmente al Cenáculo, nos hacen revivir el clima espiritual de aquella noche cuando, al celebrar la Pascua con los suyos, el Señor anticipó, en el misterio, el sacrificio que se consumaría al día siguiente en la cruz. De este modo, la institución de la Eucaristía se nos presenta como anticipación y aceptación por parte de Jesús de su muerte. Al respecto, escribe san Efrén Sirio: Durante la cena, Jesús se inmoló a sí mismo; en la cruz fue inmolado por los demás (cf. *Himno sobre la crucifixión* 3, 1).

“Esta es mi sangre”. Aquí es clara la referencia al lenguaje que se empleaba en Israel para los sacrificios. Jesús se presenta a sí mismo como el sacrificio verdadero y definitivo, en el cual se realiza la expiación de los pecados que, en los ritos del Antiguo Testamento, no se había cumplido nunca totalmente. A esta expresión le siguen otras dos muy significativas. Ante todo, Jesucristo dice que su sangre “es derramada por muchos” con una comprensible referencia a los cantos del Siervo de Dios, que se encuentran en el libro de Isaías (cf. *Is* 53). Al añadir “sangre de la alianza”, Jesús manifiesta además que,

gracias a su muerte, se cumple la profecía de la nueva alianza fundada en la fidelidad y en el amor infinito del Hijo hecho hombre; una alianza, por tanto, más fuerte que todos los pecados de la humanidad. La antigua alianza había sido sancionada en el Sinaí con un rito de sacrificio de animales, como hemos escuchado en la primera lectura, y el pueblo elegido, librado de la esclavitud de Egipto, había prometido cumplir todos los mandamientos dados por el Señor (cf. *Ex* 24, 3).

En verdad, desde el comienzo, con la construcción del becerro de oro, Israel fue incapaz de mantenerse fiel a esa promesa y así al pacto sellado, que de hecho transgredió muy a menudo, adaptando a su corazón de piedra la Ley que debería haberle enseñado el camino de la vida. Sin embargo, el Señor no faltó a su promesa y, por medio de los profetas, se preocupó de recordar la dimensión interior de la alianza y anunció que iba a escribir una nueva en el corazón de sus fieles (cf. *Jr* 31, 33), transformándolos con el don del Espíritu (cf. *Ez* 36, 25-27). Y fue durante la última Cena cuando estableció con los discípulos esta nueva alianza, confirmando no con sacrificios de animales, como ocurría en el pasado, sino con su sangre, que se convirtió en “sangre de la nueva alianza”. Así pues, la fundó sobre su propia obediencia, más fuerte, como dije, que todos nuestros pecados.

Esto se pone muy bien de manifiesto en la segunda lectura, tomada de la *car-*

ta a los Hebreos, donde el autor sagrado declara que Jesús es “mediador de una nueva alianza” (*Hb* 9, 15). Lo es gracias a su sangre o, con mayor exactitud, gracias a su inmolación, que da pleno valor al derramamiento de su sangre. En la cruz, Jesús es al mismo tiempo víctima y sacerdote: víctima digna de Dios, porque no tiene mancha, y sumo sacerdote que se ofrece a sí mismo, bajo el impulso del Espíritu Santo, e intercede por toda la humanidad. Así pues, la cruz es misterio de amor y de salvación que -como dice la *carta a los Hebreos*- nos purifica de las “obras muertas”, es decir, de los pecados, y nos santifica esculpiendo la alianza nueva en nuestro corazón; la Eucaristía, renovando el sacrificio de la cruz, nos hace capaces de vivir fielmente la comunión con Dios.

Queridos hermanos y hermanas, os saludo a todos con afecto, comenzando por el cardenal vicario y los demás cardenales y obispos presentes. Como el pueblo elegido, reunido en la asamblea del Sinaí, también nosotros esta tarde queremos renovar nuestra fidelidad al Señor. Hace algunos días, al inaugurar la asamblea diocesana anual, recordé la importancia de permanecer, como Iglesia, a la escucha de la Palabra de Dios en la oración y escrutando las Escrituras, especialmente con la práctica de la *lectio divina*, es decir, de la lectura meditativa y adorante de la Biblia. Sé que se han promovido numerosas iniciativas al respecto en las parroquias, en los seminarios, en las comunidades religiosas, en las cofradías, en las asociaciones y los

movimientos apostólicos, que enriquecen a nuestra comunidad diocesana.

A los miembros de estos múltiples organismos eclesiales les dirijo mi saludo fraterno. Vuestra presencia tan numerosa en esta celebración, queridos amigos, muestra que Dios plasma nuestra comunidad, caracterizada por una pluralidad de culturas y de experiencias diversas, como “su” pueblo, como el único Cuerpo de Cristo, gracias a nuestra sincera participación en la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Alimentados con Cristo, nosotros, sus discípulos, recibimos la misión de ser “el alma” de nuestra ciudad (cf. *Carta a Diogneto*, 6: ed. Funk, I, p. 400; ver también *Lumen gentium*, 38), fermento de renovación, pan “partido” para todos, especialmente para quienes se hallan en situaciones de dificultad, de pobreza y de sufrimiento físico y espiritual. Somos testigos de su amor.

Me dirijo en particular a vosotros, queridos sacerdotes, que Cristo ha elegido para que junto con él, viváis vuestra vida como sacrificio de alabanza por la salvación del mundo. Sólo de la unión con Jesús podéis obtener la fecundidad espiritual que genera esperanza en vuestro ministerio pastoral. San León Magno recuerda que “nuestra participación en el cuerpo y la sangre de Cristo sólo tiende a convertirnos en aquello que recibimos” (*Sermón 12, De Passione 3, 7: PL 54*). Si esto es verdad para cada cristiano, con mayor razón lo es para nosotros, los sacerdotes.

Ser Eucaristía. Que éste sea, precisamente, nuestro constante anhelo y compromiso, para que el ofrecimiento del cuerpo y la sangre del Señor que hacemos en el altar vaya acompañando del sacrificio de nuestra existencia. Cada día el Cuerpo y la Sangre del Señor nos comunica el amor libre y puro que nos hace ministros dignos de Cristo y testigos de su alegría. Es lo que los fieles esperan del sacerdote: el ejemplo de una auténtica devoción a la Eucaristía; quieren verlo pasando largos ratos de silencio y adoración ante Jesús, como hacía el santo cura de Ars, al que vamos a recordar de forma particular durante el ya inminente Año sacerdotal.

San Juan María Vianney solía decir a sus parroquianos: “Venid a la Comunión... Es verdad que no sois dignos, pero la necesitáis” (Bernad Nodet, *Le curé d'Ars. Sa pensée - Son cœur*, ed. Xavier Mappus, París 1995, p. 119). Conscientes de ser indignos a causa de los pecados, pero necesitados de alimentarnos con el amor que el Señor nos ofrece en el sacramento eucarístico, renovemos esta tarde nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. No hay que dar por descontada nuestra fe. Hoy existe el peligro de una secularización que se infiltra incluso dentro de la Iglesia y que puede traducirse en un culto eucarístico formal y vacío, en celebraciones sin la participación del corazón que se expresa en la veneración y respeto de la liturgia.

Siempre es fuerte la tentación de reducir la oración a momentos superficiales y apresurados, dejándose arrastrar por las actividades y por las preocupaciones terrenales. Cuando, dentro de poco, recemos el Padrenuestro, la oración por excelencia, diremos: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, pensando naturalmente en el pan de cada día para nosotros y para todos los hombres. Sin embargo, esta petición contiene algo más profundo. El término griego *epioúsios*, que traducimos como “diario”, podría aludir también al pan “super-sustancial”, al pan “del mundo futuro”. Algunos Padres de la Iglesia vieron aquí una referencia a la Eucaristía, el pan de la vida eterna, del nuevo mundo, que ya se nos da hoy en la santa misa, para que desde ahora el mundo futuro comience en nosotros. Por tanto, con la Eucaristía el cielo viene a la tierra, el mañana de Dios desciende al presente, y en cierto modo el tiempo es abrazado por la eternidad divina.

Queridos hermanos y hermanas, como cada año, al final de la santa misa se realizará la tradicional procesión eucarística y, con las oraciones y los cantos, elevaremos una imploración común al Señor presente en la Hostia consagrada. Le diremos en nombre de toda la ciudad: “Quédate con nosotros, Jesús; entrégate a nosotros y danos el pan que nos alimenta para la vida eterna. Libra a este mundo del veneno del mal, de la violencia y del odio que contamina las conciencias; purifícalo con el poder de tu amor misericordioso”.

Y tú, María, que fuiste mujer “eucarística” durante toda tu vida, ayúdanos a caminar unidos hacia la meta celestial, alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pan de vida eterna y medicina de la inmortalidad divina. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Solemnidad del Sacratísimo
Corazón de Jesús: Segundas
Vísperas. Apertura del Año
Sacerdotal y del 50 Aniversario de la
muerte de San Juan María Vianney***

Basilica del Vaticano. Viernes, 19 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En la antífona del Magnificat dentro de poco cantaremos: «El Señor nos ha acogido en su corazón»- «Suscepit nos Dominus in sinum et cor suum». En el Antiguo Testamento se habla 26 veces del corazón de Dios, considerado como el órgano de su voluntad: en referencia al corazón de Dios, el hombre es juzgado. A causa del dolor que su corazón siente por los pecados del hombre, Dios decide el diluvio, pero después se conmueve ante la debilidad humana y perdona.

Luego hay un pasaje del Antiguo Testamento en el que el tema del corazón de Dios se expresa de manera totalmente clara: se encuentra en el ca-

pítulo 11 del libro del profeta Oseas, donde los primeros versículos describen la dimensión del amor con el que el Señor se dirige a Israel en la aurora de su historia: «Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo» (v. 1). En realidad, a la incansable predilección divina, Israel responde con indiferencia e incluso con ingratitud. «Cuanto más los llamaba --constata el Señor--, más se alejaban de mí» (v. 2). Sin embargo, Él no abandona Israel en las manos de los enemigos, pues «mi corazón --dice el Creador del universo-- está en mí trastornado, y a la vez se estremecen mis entrañas» (v. 8).

¡El corazón de Dios se estremece de compasión! En la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia presenta a nuestra contemplación este misterio, el misterio del corazón de un Dios que se conmueve y ofrece todo su amor a la humanidad. Un amor misterioso, que en los textos del Nuevo Testamento, se nos revela como inconmensurable pasión de Dios por el hombre. No se rinde ante la ingratitud, ni siquiera ante el rechazo del pueblo que ha escogido; es más, con infinita misericordia envía al mundo a su unigénito Hijo para que cargue sobre sí el destino del amor destruido; para que, derrotando el poder del mal y de la muerte, pueda restituir la dignidad de hijos a los seres humanos esclavizados por el pecado. Todo esto a caro precio: el Hijo unigénito del Padre se inmola en la cruz: «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Cf.

Juan 13, 1). Símbolo de este amor que va más allá de la muerte es su costado atravesado por una lanza. En este sentido, un testigo ocular, el apóstol Juan, afirma: «uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Cf. Juan 19,34).

Queridos hermanos y hermanas: gracias, pues respondiendo a mi invitación, habéis venido en gran número a esta celebración en la que entramos en el Año Sacerdotal. Saludo a los señores cardenales y a los obispos, en particular al cardenal prefecto y al secretario de la Congregación para el Clero, junto a sus colaboradores, y al obispo de Ars. Saludo a los sacerdotes y a los seminaristas de los colegios de Roma; a los religiosos y religiosas y a todos los fieles. Dijo un saludo especial a Su Beatitud Ignace Youssef Younan, patriarca de Antioquía de los Sirios, venido a Roma para visitarme y manifestar públicamente la «ecclesiastica communio» [comunión eclesial, ndt.] que le he concedido.

Queridos hermanos y hermanas: detengámonos a contemplar juntos el Corazón traspasado del Crucificado. Una vez más acabamos de escuchar, en la breve lectura tomada de la Carta de san Pablo a los Efesios, que «Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo - por gracia habéis sido salvados y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (Efesios 2,4-6). Estar en Cristo

Jesús significa ya sentarse en los cielos. En el Corazón de Jesús se expresa el núcleo esencial del cristianismo; en Cristo se nos revela y entrega toda la novedad revolucionaria del Evangelio: el Amor que nos salva y nos hace vivir ya en la eternidad de Dios. Escribe el evangelista Juan: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (3,16). Su Corazón divino llama entonces a nuestro corazón; nos invita a salir de nosotros mismos, y a abandonar nuestras seguridades humanas para fiarnos de Él y, siguiendo su ejemplo, a hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas.

Si es verdad que la invitación de Jesús a «permanecer en su amor» (Cf. Juan 15, 9) se dirige a todo bautizado, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de Santificación Sacerdotal, esta invitación resuena con mayor fuerza para nosotros sacerdotes, en particular esta tarde, solemne inicio del Año Sacerdotal, que he convocado con motivo del 150° aniversario de la muerte del santo Cura de Ars. Me viene inmediatamente a la mente una hermosa y conmovedora afirmación, referida en el Catecismo de la Iglesia Católica: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús» (n. 1589). ¿Cómo no recordar con conmoción que directamente de este Corazón ha manado el don de nuestro ministerio sacerdotal? ¿Cómo olvidar que nosotros, presbíteros, hemos sido consagrados para servir, hu-

milde y autorizadamente, al sacerdocio común de los fieles? Nuestra misión es indispensable para la Iglesia y para el mundo, que exige fidelidad plena a Cristo y una incesante unión con Él; es decir, exige que busquemos constantemente la santidad como hizo san Juan María Vianney. En la carta que os he dirigido con motivo de este año jubilar especial, queridos sacerdotes, he querido subrayar algunos aspectos que califican nuestro ministerio, haciendo referencia al ejemplo y a la enseñanza del santo Cura de Ars, modelo y protector de todos los sacerdotes, y en particular de los párrocos. Espero que este texto mío os sea de ayuda y aliento para hacer de este año una ocasión propicia para crecer en la intimidad con Jesús, que cuenta con nosotros, sus ministros, para difundir y consolidar su Reino, para difundir su amor, su verdad. Y, por tanto, «a ejemplo del santo cura de Ars, dejaos conquistar por Él y seréis también vosotros, en el mundo de hoy, mensajeros de esperanza, reconciliación y paz».

¡Dejarse conquistar totalmente por Cristo! Éste fue el objetivo de toda la vida de san Pablo, al que hemos dirigido nuestra atención durante el Año Paulino, que se encamina ya hacia su conclusión; esta ha sido la meta de todo el ministerio del santo cura de Ars, a quien invocaremos particularmente durante el Año Sacerdotal; que éste sea también el objetivo principal de cada uno de nosotros. Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamen-

te útil y necesario el estudio con una atenta y permanente formación pastoral, pero todavía es más necesaria esa «ciencia del amor», que sólo se aprende de «corazón a corazón» con Cristo. Él nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al rebaño en su nombre. Precisamente por este motivo no tenemos que alejarnos nunca del manantial del Amor que es su Corazón atravesado en la cruz.

Sólo así seremos capaces de cooperar eficazmente con el misterioso «designio del Padre», que consiste en «hacer de Cristo el corazón del mundo». Designio que se realiza en la historia en la medida en que Jesús se convierte en el Corazón de los corazones humanos, comenzando por aquellos que están llamados a estar más cerca de él, los sacerdotes. Nos vuelven a recordar este constante compromiso las «promesas sacerdotales», que pronunciamos el día de nuestra ordenación y que renovamos cada año, el Jueves Santo, en la Misa Crismal. Incluso nuestras carencias, nuestros límites y debilidades deben volvernos a conducir al Corazón de Jesús. Si es verdad que los pecadores, al contemplarle, deben aprender el necesario «dolor de los pecados» que los vuelve a conducir al Padre, esto se aplica aún más a los ministros sagrados. ¿Cómo olvidar que nada hace sufrir más a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que los pecados de sus pastores, sobre todo de aquéllos que se convierten en «ladrones de ovejas» (Juan 10, 1 y siguientes), ya sea porque las desvían con

sus doctrinas privadas, ya sea porque las atan con los lazos del pecado y de muerte? También para nosotros queridos sacerdotes se aplica el llamamiento a la conversión y a recurrir a la Misericordia Divina, e igualmente debemos dirigir con humildad incesante la súplica al Corazón de Jesús para que nos preserve del terrible riesgo de dañar a aquellos a quienes debemos salvar.

Hace poco, he podido venerar, en la Capilla del Coro, la reliquia del santo cura de Ars: su corazón. Un corazón inflamado de amor divino. Que se conmovía ante el pensamiento de la dignidad del sacerdote y hablaba a los fieles con tonos tocantes y sublimes, afirmando que ;«después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo no se entenderá bien sino en el cielo» (Cf. Carta para el Año Sacerdotal, p. 2). Cultivemos queridos hermanos, esta misma conmoción, ya sea para cumplir nuestro ministerio con generosidad y dedicación, ya sea para custodiar en el alma un verdadero «temor de Dios»: el temor de poder privar de tanto bien, por nuestra negligencia o culpa a las almas que nos han sido confiadas o de poderlas dañar. ;Que Dios no lo permita! La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes santos; de ministros que ayuden a los fieles a experimentar el amor misericordioso del Señor y sean sus testigos convencidos. En la adoración eucarística, que seguirá a la celebración de las Vísperas, pediremos al Señor que inflame el corazón de cada presbítero con esa caridad pastoral capaz de asi-

milar su personal «yo» al de Jesús sacerdote, para así poderlo imitar en la más completa entrega de uno mismo. Que nos obtenga esta gracia la Virgen Madre, de quien mañana contemplaremos con viva fe el Corazón inmaculado. El santo cura de Ars vivía una filial devoción por ella, hasta el punto de que en 1836, anticipándose a la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, ya había consagrado su parroquia a María «concebida sin pecado».

Y mantuvo la costumbre de renovar a menudo esta ofrenda de la parroquia a la santa Virgen, enseñando a los fieles que «basta con dirigirse a ella para ser escuchados», por el simple motivo que ella «desea sobretodo vernos felices». Que nos acompañe la Virgen santa, nuestra Madre, en el Año Sacerdotal que hoy iniciamos, para que podamos ser guías firmes e iluminados para los fieles que el Señor confía a nuestros cuidados pastorales ¡Amen!

ORACIÓN PARA EL AÑO SACEDOTAL

Señor Jesús, que en san Juan María Vianney quisiste donar a tu Iglesia una conmovedora imagen de tu caridad pastoral, haz que, en su compañía y sustentados por su ejemplo, vivamos en plenitud este Año Sacerdotal.

Haz que, permaneciendo como Él delante de la Eucaristía, podamos aprender cuán sencilla y cotidiana es tu palabra que nos enseña; tierno amor con el que acoges a los pecadores arrepentidos; consolador el abandono confiado a tu Madre Inmaculada.

Haz, Oh Señor, que, por intercesión del Santo Cura de Ars, las familias cristianas se conviertan en “pequeñas iglesias”, donde todas las vocaciones y todos los carismas, donados por tu Espíritu Santo, puedan ser acogidos y valorizados. Concédenos, Señor Jesús, poder repetir con el mismo ardor del Santo Cura de Ars las palabras con las que él solía dirigirse a Ti:

Te amo, Oh mi Dios.

Mi único deseo es amarte

Hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Oh infinitamente amoroso Dios,

Y prefiero morir amándote que vivir un instante sin Ti.

Te amo, oh mi Dios, y mi único temor es ir al infierno

Porque ahí nunca tendría la dulce consolación de tu amor,

Oh mi Dios,

si mi lengua no puede decir
 cada instante que te amo,
 por lo menos quiero
 que mi corazón lo repita cada vez que respiro.
 Ah, dame la gracia de sufrir mientras que te amo,
 Y de amarte mientras que sufro,
 y el día que me muera
 No sólo amarte pero sentir que te amo.
 Te suplico que mientras más cerca estés de mi hora
 Final aumentes y perfecciones mi amor por Ti.

Amén.

VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL A CASSINO Y MONTE-CASSINO - 24 DE MAYO DE 2009

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Concelebración Eucarística

*Solemnidad de la Ascensión del Señor.
 Cassino, Plaza Miranda. Domingo, 24
 de mayo de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8). Con estas palabras, Jesús se despide de los Apóstoles, como acabamos de escuchar en la primera lectura. Inmediatamente después, el autor sagrado añade que «fue elevado en pre-

sencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos» (Hch 1, 9). Es el misterio de la Ascensión, que hoy celebramos solemnemente. Pero ¿qué nos quieren comunicar la Biblia y la liturgia diciendo que Jesús «fue elevado»? El sentido de esta expresión no se comprende a partir de un solo texto, ni siquiera de un solo libro del Nuevo Testamento, sino en la escucha atenta de toda la Sagrada Escritura. En efecto, el uso del verbo *eleva*r tiene su origen en el Antiguo Testamento, y se refiere a la toma de posesión de la realeza. Por tanto, la Ascensión de Cristo significa, en primer lugar, la toma de posesión del Hijo del hombre crucificado y resucitado de la realeza de Dios sobre el mundo.

Pero hay un sentido más profundo, que no se percibe en un primer momento. En la página de *los Hechos de los Apóstoles*, se dice ante todo que Jesús «fue elevado» (*Hch* 1, 9), y luego se añade que «ha sido llevado» (*Hch* 1, 11). El acontecimiento no se describe como un viaje hacia lo alto, sino como una acción del poder de Dios, que introduce a Jesús en el espacio de la proximidad divina. La presencia de la nube que «lo ocultó a sus ojos» (*Hch* 1, 9) hace referencia a una antiquísima imagen de la teología del Antiguo Testamento, e inserta el relato de la Ascensión en la historia de Dios con Israel, desde la nube del Sinaí y sobre la tienda de la Alianza en el desierto, hasta la nube luminosa sobre el monte de la Transfiguración. Presentar al Señor envuelto en la nube evoca, en definitiva, el mismo misterio expresado por el simbolismo de «sentarse a la derecha de Dios».

En el Cristo elevado al cielo, el ser humano ha entrado de modo inaudito y nuevo en la intimidad de Dios; el hombre encuentra, ya para siempre, espacio en Dios. El «cielo», la palabra cielo no indica un lugar sobre las estrellas, sino algo mucho más osado y sublime: indica a Cristo mismo, la Persona divina que acoge plenamente y para siempre a la humanidad, Aquel en quien Dios y el hombre están inseparablemente unidos para siempre. El estar el hombre en Dios es el cielo. Y nosotros nos acercamos al cielo, más aún, entramos en el cielo en la medida

en que nos acercamos a Jesús y entramos en comunión con él. Por tanto, la solemnidad de la Ascensión nos invita a una comunión profunda con Jesús muerto y resucitado, invisiblemente presente en la vida de cada uno de nosotros.

Desde esta perspectiva, comprendemos por qué el evangelista san Lucas afirma que, después de la Ascensión, los discípulos volvieron a Jerusalén «con gran gozo» (*Lc* 24, 52). La causa de su gozo radica en que lo que había acontecido no había sido en realidad una separación, una ausencia permanente del Señor; más aún, en ese momento tenían la certeza de que el Crucificado-Resucitado estaba vivo, y en él se habían abierto para siempre a la humanidad las puertas de Dios, las puertas de la vida eterna. En otras palabras, su Ascensión no implicaba la ausencia temporal del mundo, sino que más bien inauguraba la forma nueva, definitiva y perenne de su presencia, en virtud de su participación en el poder regio de Dios.

Precisamente a sus discípulos, llenos de intrepidez por la fuerza del Espíritu Santo, corresponderá hacer perceptible su presencia con el testimonio, el anuncio y el compromiso misionero. También a nosotros la solemnidad de la Ascensión del Señor debería colmar-nos de serenidad y entusiasmo, como sucedió a los Apóstoles, que del Monte de los Olivos se marcharon «con gran gozo». Al igual que ellos, también no-

sotros, aceptando la invitación de los «dos hombres vestidos de blanco», no debemos quedarnos mirando al cielo, sino que, bajo la guía del Espíritu Santo, debemos ir por doquier y proclamar el anuncio salvífico de la muerte y resurrección de Cristo. Nos acompañan y consuelan sus mismas palabras, con las que concluye el Evangelio según san Mateo: «Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Queridos hermanos y hermanas, el carácter histórico del misterio de la resurrección y de la ascensión de Cristo nos ayuda a reconocer y comprender la condición trascendente de la Iglesia, la cual no ha nacido ni vive para suplir la ausencia de su Señor «desaparecido», sino que, por el contrario, encuentra la razón de su ser y de su misión en la presencia permanente, aunque invisible, de Jesús, una presencia que actúa con la fuerza de su Espíritu. En otras palabras, podríamos decir que la Iglesia no desempeña la función de preparar la vuelta de un Jesús «ausente», sino que, por el contrario, vive y actúa para proclamar su «presencia gloriosa» de manera histórica y existencial. Desde el día de la Ascensión, toda comunidad cristiana avanza en su camino terreno hacia el cumplimiento de las promesas mesiánicas, alimentándose con la Palabra de Dios y con el Cuerpo y la Sangre de su Señor. Esta es la condición de la Iglesia -nos lo recuerda el concilio Vaticano II-, mientras «prosigue su peregrinación en medio de las persecu-

ciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva» (*Lumen gentium*, 8).

Hermanos y hermanas de esta querida comunidad diocesana, la solemnidad de este día nos exhorta a fortalecer nuestra fe en la presencia real de Jesús en la historia; sin él, no podemos realizar nada eficaz en nuestra vida y en nuestro apostolado. Como recuerda el apóstol san Pablo en la segunda lectura, es él quien «dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, (...) en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo» (Ef 4, 11-12), es decir, la Iglesia. Y esto para llegar «a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios» (Ef 4, 13), teniendo todos la vocación común a formar «un solo cuerpo y un solo espíritu, como una sola es la esperanza a la que estamos llamados» (Ef 4, 4). En este marco, se coloca mi visita que, como ha recordado vuestro pastor, tiene como fin animaros a «construir, fundar y reedificar» constantemente vuestra comunidad diocesana en Cristo. ¿Cómo? Nos lo indica el mismo san Benito, que en su Regla recomienda no anteponer nada a Cristo: «*Christo nihil omnino praeponere*» (LXII, 11).

Por tanto, doy gracias a Dios por el bien que está realizando vuestra comunidad bajo la guía de su pastor, el padre abad, dom Pietro Vittorelli, a quien saludo con afecto y agradezco las amables

palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo, además, a la comunidad monástica, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas presentes. Saludo a las autoridades civiles y militares; en primer lugar, al alcalde, al que agradezco el saludo de bienvenida con el que me ha acogido a mi llegada a esta plaza Miranda, que desde hoy llevará mi nombre, aunque no lo merezco. Saludo a los catequistas, a los agentes de pastoral, a los jóvenes y a cuantos de diferentes modos se ocupan de la difusión del Evangelio en esta tierra llena de historia, que durante la segunda guerra mundial experimentó momentos de grandísimo sufrimiento. Silenciosos testigos de ello son los numerosos cementerios que rodean vuestra ciudad renacida, entre los cuales recuerdo en particular el polaco, el alemán y el de la Comunidad británica de naciones. Por último, mi saludo se extiende a todos los habitantes de Casino y de los centros vecinos: a cada uno de vosotros, especialmente a los enfermos y a los que sufren, vaya la seguridad de mi afecto y de mi oración.

Queridos hermanos y hermanas, en esta celebración resuena el eco de la exhortación de san Benito a mantener el corazón fijo en Cristo, a no anteponer nada a él. Esto no nos distrae; al contrario, nos impulsa aún más a comprometernos en la construcción de una sociedad donde la solidaridad se exprese mediante signos concretos. Pero ¿cómo? La espiritualidad benedictina, que conocéis bien, propone un

programa evangélico sintetizado en el lema: *ora et labora et lege*, la oración, el trabajo y la cultura.

Ante todo, la oración, que es el legado más hermoso de san Benito a los monjes, pero también a vuestra Iglesia particular: a vuestro clero, formado en gran parte en el seminario diocesano, alojado durante siglos en la misma abadía de Montecassino; a los seminaristas; a las numerosas personas educadas en las escuelas, en los centros recreativos benedictinos y en vuestras parroquias; y a todos vosotros, que vivís en esta tierra. Elevando la mirada desde cada pueblo y aldea de la diócesis, podéis admirar esa referencia constante al cielo que es el monasterio de Montecassino, al que subís todos los años en procesión la víspera de Pentecostés.

La oración, a la que cada mañana la campana de san Benito invita a los monjes con sus toques graves es el sendero silencioso que nos conduce directamente al corazón de Dios; es la respiración del alma, que nos devuelve la paz en medio de las tormentas de la vida. Además, en la escuela de san Benito, los monjes han cultivado siempre un amor especial a la Palabra de Dios en la *lectio divina*, que hoy es patrimonio común de muchos. Sé que vuestra Iglesia diocesana, haciendo suyas las indicaciones de la Conferencia episcopal italiana, dedica gran atención a la profundización bíblica; más aún, ha inaugurado un itinerario de estudio de las Sagradas Escrituras, consagrado

este año al evangelista san Marcos, y que proseguirá en el próximo cuatrienio, para concluir, si Dios quiere, con una peregrinación diocesana a Tierra Santa. Que la escucha atenta de la Palabra divina alimente vuestra oración y os convierta en profetas de verdad y de amor, a través de un compromiso común de evangelización y promoción humana.

Otro eje de la espiritualidad benedictina es el trabajo. Humanizar el mundo laboral es típico del alma del monaquismo, y éste es también el esfuerzo de vuestra comunidad, que procura estar al lado de los numerosos trabajadores de la gran industria presente en Cassino y de las empresas vinculadas a ella. Sé cuán crítica es la situación de gran número de obreros. Expreso mi solidaridad a cuantos viven en una situación de precariedad preocupante, a los trabajadores con seguro de desempleo o incluso despedidos. La herida del desempleo, que aflige a este territorio, debe inducir a los responsables de la administración pública, a los empresarios y a cuantos tienen posibilidad de hacerlo, a buscar, con la contribución de todos, soluciones válidas para la crisis del empleo, creando nuevos puestos de trabajo para salvaguardar a las familias.

A este propósito, ¿cómo no recordar que la familia tiene hoy urgente necesidad de que se la proteja mejor, puesto que está fuertemente amenazada en las raíces mismas de su institución? Pienso también en los jóvenes que difícilmen-

te logran encontrar una actividad laboral digna que les permita formar una familia. A ellos quiero decirles: No os desaniméis, queridos amigos; la Iglesia no os abandona. Sé que veinticinco jóvenes de vuestra diócesis participaron en la pasada Jornada mundial de la juventud en Sydney: atesorando esa extraordinaria experiencia espiritual, sed levadura evangélica entre vuestros amigos y coetáneos; con la fuerza del Espíritu Santo, sed los nuevos misioneros en esta tierra de san Benito.

Por último, también forma parte de vuestra tradición la atención al mundo de la cultura y de la educación. El célebre archivo y la biblioteca de Montecassino recogen innumerables testimonios del compromiso de hombres y mujeres que han meditado y buscado cómo mejorar la vida espiritual y material del hombre. En vuestra abadía se palpa el «*quaerere Deum*», es decir, el hecho de que la cultura europea ha sido la búsqueda de Dios y la disponibilidad a escucharlo. Y esto vale también en nuestro tiempo. Sé que estáis trabajando con este mismo espíritu en la Universidad y en las escuelas, para que se conviertan en laboratorios de conocimiento, de investigación y de celo por el futuro de las nuevas generaciones. Sé también que, al preparar mi visita, habéis celebrado un congreso sobre el tema de la educación, para suscitar en todos la firme determinación a transmitir a los jóvenes los valores irrenunciables de nuestro patrimonio humano y cristiano.

En el actual esfuerzo cultural orientado a crear un nuevo humanismo, vosotros, fieles a la tradición benedictina, con razón también queréis subrayar la atención al hombre frágil, débil, a las personas discapacitadas y a los inmigrantes. Os agradezco que me brindéis la posibilidad de inaugurar hoy la «Casa de la Caridad», donde se construye con hechos concretos una cultura atenta a la vida.

Queridos hermanos y hermanas, no es difícil percibir que vuestra comunidad, esta porción de Iglesia que vive en torno a Montecassino, es heredera y depositaria de la misión, impregnada del espíritu de san Benito, de proclamar que en nuestra vida nadie ni nada debe quitar a Jesús el primer lugar; la misión de construir, en nombre de Cristo, una nueva humanidad caracterizada por la acogida y la ayuda a los más débiles.

Que os ayude y acompañe vuestro santo patriarca, con santa Escolástica, su hermana; y que os protejan vuestros santos patronos y, sobre todo, María, Madre de la Iglesia y Estrella de nuestra esperanza. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en el Regina Coeli***

*Solemnidad de la Ascensión del Señor.
Cassino, Plaza Miranda. Domingo, 24
de mayo de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Cada vez que celebramos la santa misa, resuenan en nuestro corazón las palabras que Jesús confió a sus discípulos en la última Cena como un don valioso: «Os dejo la paz, mi paz os doy» (Jn 14, 27). ¡Cuánta necesidad tiene la comunidad cristiana, y toda la humanidad, de gustar plenamente la riqueza y la fuerza de la paz de Cristo! San Benito fue su gran testigo, porque la acogió en su vida y la hizo fructificar en obras de auténtica renovación cultural y espiritual. Precisamente por eso, a la entrada de la abadía de Montecassino y de todos los monasterios benedictinos, figura como lema la palabra «*Pax*». De hecho, la comunidad monástica está llamada a vivir según esta paz, que es el don pascual por excelencia. Como sabéis, en mi reciente viaje a Tierra Santa fui como peregrino de paz, y hoy -en esta tierra marcada por el carisma benedictino- tengo la ocasión de subrayar, una vez más, que la paz es en primer lugar don de Dios y, por tanto, su fuerza reside en la oración.

Sin embargo, es un don encomendado al esfuerzo humano. La fuerza necesaria para actuarlo también se puede sacar de la oración. Por tanto, es fundamental cultivar una auténtica vida de oración para garantizar el progreso social en la paz. La historia del monaquismo nos enseña una vez más que un gran avance de civilización se prepara con la escucha diaria de la Palabra de Dios, que impulsa a los creyentes a un esfuerzo personal y comunitario de lucha contra toda forma de egoísmo

e injusticia. Sólo aprendiendo, con la gracia de Cristo, a combatir y vencer el mal dentro de uno mismo y en las relaciones con los demás, se llega a ser auténticos constructores de paz y progreso civil. Que la Virgen María, Reina de la paz, ayude a todos los cristianos, en las diversas vocaciones y situaciones de vida, a ser testigos de la paz que Cristo nos ha dado y nos ha dejado como misión ardua para realizar por doquier.

Hoy, 24 de mayo, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María, Auxilio de los cristianos -venerada con gran devoción en el santuario de Sheshan, en Shanghai-, se celebra la Jornada de oración por la Iglesia en China. Mi pensamiento va a todo el pueblo chino. En particular, saludo con gran afecto a los católicos en China y los exhorto a renovar en este día su comunión de fe en Cristo y de fidelidad al Sucesor de Pedro. Que nuestra oración común obtenga una efusión de los dones del Espíritu Santo, para que la unidad de todos los cristianos, la catolicidad y la universalidad de la Iglesia sean cada vez más profundas y visibles.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la celebración de las Segundas
Vísperas con los Abades, Abadesas y
Comunidades Benedictinas***

*Solemnidad de la Ascensión del Señor.
Basílica de Montecassino. Domingo, 24
de mayo de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas de la
gran familia benedictina:*

Al concluir mi visita, con mucho gusto me detengo en este lugar sagrado, en esta abadía, cuatro veces destruida y reconstruida, la última vez tras los bombardeos de la segunda guerra mundial, hace 65 años. «*Succisa virescit*»: las palabras de su nuevo escudo indican bien su historia. Montecassino, como encina secular plantada por san Benito, fue «escamondada» por la violencia de la guerra, pero resurgió con mayor vitalidad. En varias ocasiones, yo también he disfrutado de la hospitalidad de los monjes, y en esta abadía he vivido momentos inolvidables de descanso y oración.

Esta tarde, hemos entrado cantando las *Laudes regiae* para celebrar juntos las Vísperas de la solemnidad de la Ascensión de Jesús. A cada uno de vosotros expreso la alegría de compartir este momento de oración, saludándoos a todos con afecto y agradeciendo la acogida que me habéis dispensado a mí y a quienes me acompañan en esta peregrinación apostólica. En particular, saludo al abad, dom Pietro Vittorelli, que ha interpretado vuestros sentimientos comunes. Extiendo mi saludo a los abades, a las abadesas y a las comunidades benedictinas aquí presentes.

Hoy la liturgia nos invita a contemplar el misterio de la Ascensión del Señor. La lectura breve, tomada de la *primera carta de san Pedro*, nos ha

exhortado a fijar la mirada en nuestro Redentor, que murió «una sola vez para siempre por los pecados» para llevarnos nuevamente a Dios, a cuya diestra se encuentra, «tras haber ascendido al cielo y haber recibido la soberanía sobre los ángeles, los principados y las potestades» (cf. *1 P 3*, 18.22). Jesús, «elevado al cielo» e invisible a los ojos de los discípulos, no los abandonó, pues, «muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu» (*1 P 3*, 18), ahora está presente de una manera nueva, interior, en los creyentes, y en él la salvación se ofrece a todo ser humano, sin distinción de pueblo, lengua y cultura.

La *primera carta de san Pedro* contiene referencias precisas a los acontecimientos cristológicos fundamentales de la fe cristiana. El Apóstol quiere poner de relieve el alcance universal de la salvación en Cristo. Lo mismo pretende san Pablo, de cuyo nacimiento estamos celebrando el bimilenario, el cual escribe a la comunidad de Corinto: Cristo «murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (*2 Co 5*, 15).

Ya no vivir para sí mismos, sino para Cristo: esto es lo que da pleno sentido a la vida de quien se deja conquistar por él. Lo manifiesta claramente la historia humana y espiritual de san Benito que, tras abandonarlo todo, siguió fielmente a Jesucristo. Encarnando en su propia existencia el Evangelio, se convirtió en el iniciador de un amplio movimiento de renacimiento

espiritual y cultural en Occidente. Quiero mencionar aquí un acontecimiento extraordinario de su vida, referido por su biógrafo san Gregorio Magno, que vosotros conocéis muy bien.

Se podría decir que también el santo patriarca fue «elevado al cielo» en una indescriptible experiencia mística. La noche del 29 de octubre del año 540 -se lee en la biografía-, mientras estaba asomado a la ventana, «con los ojos fijos en las estrellas para penetrar en la divina contemplación, el santo sentía que el corazón le ardía... Para él el firmamento cuajado de estrellas era como la cortina bordada que desvelaba al Santo de los Santos. En un momento determinado, su alma se sintió transportada a la otra parte del velo para contemplar sin estorbos el rostro de Aquel que habita en una luz inaccesible» (cf. A.I. Schuster, *Storia di san Benedetto e dei suoi tempi*, ed. Abadía de Viboldone, Milán 1965, p. 11 y ss). Desde luego, como le sucedió a san Pablo tras ser arrebatado al cielo, también san Benito, después de esa experiencia espiritual extraordinaria, tuvo que comenzar una nueva vida. Aunque la visión fue pasajera, los efectos permanecieron; su fisonomía misma -refieren los biógrafos- cambió, su aspecto fue siempre sereno y su porte angélico; y, aun viviendo en la tierra, se comprendía que con el corazón ya estaba en el paraíso.

San Benito no recibió este don divino para satisfacer su curiosidad intelectual, sino más bien para que el carisma que

Dios le había dado tuviera la capacidad de reproducir en el monasterio la misma vida del cielo y restablecer en él la armonía de la creación a través de la contemplación y el trabajo. Por eso, con razón, la Iglesia lo venera como «eminente maestro de vida monástica» y «doctor de sabiduría espiritual en el amor a la oración y al trabajo»; «guía resplandeciente de pueblos a la luz del Evangelio» que, «elevado al cielo por una senda luminosa», enseña a los hombres de todos los tiempos a buscar a Dios y las riquezas eternas por él preparadas (cf. *Prefacio del santo* en el suplemento monástico al Misal Romano, 1980).

Sí, san Benito fue ejemplo luminoso de santidad e indicó a los monjes como único gran ideal a Cristo; fue maestro de civilización que, proponiendo una equilibrada y adecuada visión de las exigencias divinas y de las finalidades últimas del hombre, tuvo siempre muy presentes también las necesidades y las razones del corazón, para enseñar y suscitar una fraternidad auténtica y constante, a fin de que en el conjunto de las relaciones sociales no se perdiera una unidad de espíritu capaz de construir y alimentar siempre la paz.

No es casualidad que la palabra *Pax* acoja a los peregrinos y los visitantes a las puertas de esta abadía, reconstruida después del enorme desastre de la segunda guerra mundial: se eleva como una silenciosa advertencia a rechazar cualquier forma de violencia para construir la paz: en las familias, en las

comunidades, entre los pueblos y en toda la humanidad. San Benito invita a toda persona que sube a este monte a buscar la paz y a seguirla: «*Inquire pacem et sequere eam* (*Sal* 33, 14-15)» (*Regla*, Prólogo, 17).

Siguiendo la escuela de san Benito, con el paso de los siglos, los monasterios se han convertido en centros ferrientes de diálogo, de encuentro y de benéfica fusión entre personas diversas, unificadas por la cultura evangélica de la paz. Los monjes han sabido enseñar con la palabra y con el ejemplo el arte de la paz, sirviéndose de los tres «vínculos» que san Benito consideraba necesarios para conservar la unidad del Espíritu entre los hombres: la cruz, que es la ley misma de Cristo; el libro, es decir, la cultura; y el arado, que indica el trabajo, el señorío sobre la materia y sobre el tiempo.

Gracias a la actividad de los monasterios, articulada en el triple compromiso cotidiano de la oración, el estudio y el trabajo, pueblos enteros del continente europeo han experimentado un auténtico rescate y un beneficioso desarrollo moral, espiritual y cultural, educándose en el sentido de la continuidad con el pasado, en la acción concreta con vistas al bien común, en la apertura hacia Dios y la dimensión trascendente. Oremos para que Europa valore siempre este patrimonio de principios e ideales cristianos que constituye una inmensa riqueza cultural y espiritual.

Pero esto, sólo es posible cuando se acoge la enseñanza constante de san Benito, es decir, el «*quaerere Deum*», buscar a Dios, como compromiso fundamental del hombre. Sin Dios el ser humano no se realiza plenamente ni puede ser verdaderamente feliz. De manera especial, vosotros, queridos monjes, debéis ser ejemplos vivos de esta relación interior y profunda con él, actuando sin compromisos el programa que vuestro fundador sintetizó en el «*nihil amoris Christi praeponere*», «no anteponer nada al amor de Cristo» (Regla 4, 21). En esto consiste la santidad, propuesta válida para todo cristiano, más que nunca en nuestra época, en la que se experimenta la necesidad de anclar la vida y la historia en firmes puntos de referencia espirituales. Por eso, queridos hermanos y hermanas, es muy actual vuestra vocación y es indispensable vuestra misión de monjes.

Desde este lugar, en el que descansan sus restos mortales, el santo patrono de Europa sigue invitando a todos a proseguir su obra de evangelización y promoción humana. Os alienta en primer lugar a vosotros, queridos monjes, a permanecer fieles al espíritu de los orígenes y a ser intérpretes auténticos de su programa de renacimiento espiritual y social.

Que os conceda este don el Señor, por intercesión de vuestro santo fundador, de su hermana santa Escolástica y de los santos y santas de la Orden. Y que la Madre celestial del Señor, a la que hoy invocamos como «Auxilio de los cristianos», vele sobre vosotros y proteja a esta abadía y a todos vuestros monasterios, así como a la comunidad diocesana que vive en torno a Montecassino. Amén.

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

**Carta circular N. 520/2009 a los Eminentísimos y Excelentísimos
Presidentes de las Conferencias Episcopales sobre la enseñanza de la
religión en la escuela**

Roma, 5 de mayo de 2009

Eminencia/Excelencia Reverendísima,

la naturaleza y el papel de la enseñanza de la religión en la escuela se ha convertido en objeto de debate y en algunos casos de nuevas normativas civiles, que tienden a reemplazarla por una enseñanza del hecho religioso de naturaleza multiconfesional o por una enseñanza de ética y cultura religiosa, también en contraste con las elecciones y la orientación educativa que los padres y la Iglesia quieren dar a la formación de las nuevas generaciones.

Es por ello que, con la presente Carta Circular, dirigida a los Presidentes de las Conferencias Episcopales, esta Congregación para la Educación Católica, cree necesario llamar la atención sobre algunos principios, que han sido profundizados por la enseñanza de la Iglesia, como aclaración y norma sobre el papel de la escuela en la formación católica de las nuevas generaciones; la naturaleza y la identidad de la escuela católica; la enseñanza de la religión en la escuela; la libertad de elección de la escuela y de la enseñanza religiosa confesional.

I. El papel de la escuela en la formación católica de las nuevas generaciones

1. La educación se presenta hoy como una tarea compleja, desafiada por rápidos cambios sociales, económicos y culturales. Su misión específica sigue siendo la formación integral de la persona humana. A los niños y a los jóvenes, debe ser garantizada la posibilidad de desarrollar armónicamente las propias dotes físicas, morales, intelectuales y espirituales.

Ellos, también, deben ser ayudados a perfeccionar el sentido de responsabilidad, a aprender el recto uso de la libertad, y a participar activamente en la vida social (Cf. c. 795 Código de Derecho Canónico [CIC]; c. 629 Código de los Cánones de las Iglesias Orientales [CCEO]). Una enseñanza que desconozca o que ponga al margen la dimensión moral y religiosa de la persona sería un obstáculo para una educación completa, porque “los niños y los adolescentes tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a aceptarlos con adhesión personal y también a que se les estimule a conocer y amar

más a Dios”. Por esto el Concilio Vaticano II solicitó y recomendó “a todos los que gobiernan los pueblos o están al frente de la educación, que procuren que la juventud nunca se vea privada de este sagrado derecho” (Declaración *Gravissimum educationis* [GE], 1).

2. Una tal educación solicita la contribución de muchos sujetos educativos. Los padres, ya que han transmitido la vida a los hijos, son los primeros y principales educadores (Cf. GE 3; Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio* [FC], 22 de noviembre de 1981, 36; c. 793 CIC; c. 627 CCEO). Por esta razón, compete a los padres católicos, cuidar la educación cristiana de sus hijos (c. 226 CIC; c. 627 CCEO). Para este deber primario, los padres necesitan la ayuda subsidiaria de la sociedad civil y de otras instituciones. En efecto: “La familia es la primera, pero no la única y exclusiva, comunidad educadora” (FC 40; Cf. GE 3).

3. “Entre todos los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela” (GE 5) que es “ayuda primordial para los padres en el cumplimiento de su deber de educar» (c. 796 §1 CIC), particularmente para favorecer la transmisión de la cultura y la educación a vivir juntos. En estos ámbitos, en conformidad también con la legislación internacional y los derechos del hombre, “debe asegurarse absolutamente el derecho de los padres a la elección de una educación conforme con su fe religiosa” (FC 40). Los pa-

dres católicos “han de confiar sus hijos a aquellas escuelas en las que se imparta una educación católica” (c. 798 CIC) y, cuando eso no es posible, tienen que suplir la falta de ésta (Cf. *ibidem*).

4. El Concilio Vaticano II “recuerda a los padres la grave obligación que les atañe de disponer, y aún de exigir”, que sus hijos puedan recibir una educación moral y religiosa, y de esta forma, “progresen en la formación cristiana a la par que en la profana. Además, la Iglesia aplaude cordialmente a las autoridades y sociedades civiles que, teniendo en cuenta el pluralismo de la sociedad moderna y favoreciendo la debida libertad religiosa, ayudan a las familias para que pueda darse a sus hijos en todas las escuelas una educación conforme a los principios morales y religiosos de las familias” (GE 7).

En síntesis:

- *La educación se presenta hoy como una tarea compleja, vasta y urgente. La complejidad actual corre el riesgo de hacer perder lo esencial, es decir, la formación de la persona humana en su integridad, en particular por cuanto concierne la dimensión religiosa y espiritual.*

- *La obra educativa, incluso cuando es realizada por más sujetos, tiene en los padres los primeros responsables de la educación.*

- *Tal responsabilidad también se ejerce en el derecho a elegir la escuela que*

garantice una educación conforme a los propios principios religiosos y morales.

II. Naturaleza e identidad de la escuela católica: derecho a una educación católica para las familias y para los alumnos. Subsidiariedad y colaboración educativa

5. Tanto en la educación como en la formación, la escuela católica desempeña una función particular. En el servicio educativo escolar, se han distinguido y, aún hoy siguen dedicándose de manera admirable, muchas comunidades y congregaciones religiosas pero es toda la comunidad cristiana y, en particular, el Ordinario diocesano quienes tienen la responsabilidad de “disponer lo necesario para que todos los fieles reciban educación católica” (c. 794 §2 CIC) y, más precisamente, para tener “escuelas en las que se imparta una educación imbuida del espíritu cristiano” (c. 802 CIC; Cf. c. 635 CCEO).

6. Una escuela católica se caracteriza por el vínculo institucional que mantiene con la jerarquía de la Iglesia, la cual garantiza que la enseñanza y la educación estén fundadas en los principios de la fe católica y sean impartidas por maestros de doctrina recta y vida honesta (Cf. c. 803 CIC; cc. 632 y 639 CCEO). En estos centros educativos, abiertos a todos los que compartan y respeten el proyecto educativo, se tiene que alcanzar un ambiente escolar impregnado del espíritu evangélico de libertad y de caridad, que favorezca un

desarrollo armónico de la personalidad de cada individuo. En este ambiente, se coordina el conjunto de la cultura humana con el mensaje de la salvación, de modo que el conocimiento del mundo, de la vida y del hombre, que los alumnos poco a poco adquieren, sea iluminado por el Evangelio (Cf. GE 8; c. 634 §1 CCEO).

7. De este modo, se asegura el derecho de las familias y de los alumnos a una educación auténticamente católica y, al mismo tiempo, se alcanzan los demás fines culturales, de formación humana y académica de los jóvenes, que son propios de cualquiera escuela (Cf. c. 634 §3 CCEO; c. 806 §2 CIC).

8. Aún sabiendo cuanto hoy eso sea problemático, es deseable que, para la formación de la persona, exista una gran sintonía educativa entre escuela y familia, con el fin de evitar tensiones o fracturas en el proyecto educativo. Por lo tanto, es necesario que exista una estrecha y activa colaboración entre padres, docentes y ejecutivos de las escuelas; además, es oportuno fomentar los instrumentos de participación de los padres en la vida escolar: asociaciones, reuniones, etc. (Cf. c. 796 §2 CIC; c. 639 CCEO).

9. La libertad de los padres, de las asociaciones e instituciones intermedias y de la misma jerarquía de la Iglesia de promover escuelas de identidad católica constituyen un ejercicio del principio de subsidiariedad. Este prin-

cipio excluye «cualquier monopolio de las escuelas, que contradice los derechos naturales de la persona humana, el progreso y la divulgación de la cultura, la convivencia pacífica de los ciudadanos y el pluralismo que hoy predomina en muchas sociedades» (GE 6).

En síntesis:

- *La escuela católica es un verdadero y real sujeto eclesial en razón de su acción escolar, donde se fundan en armonía la fe, la cultura y la vida.*

- *Ella está abierta a todos aquellos que quieran compartir el proyecto educativo inspirado en los principios cristianos.*

- *La escuela católica es expresión de la comunidad eclesial y su catolicidad está garantizada por las autoridades competentes (Ordinario del lugar).*

- *Asegura la libertad de elección de los padres católicos y es expresión del pluralismo escolar.*

- *El principio de subsidiariedad regula la colaboración entre la familia y las distintas instituciones delegadas a la educación.*

III. La enseñanza de la religión en la escuela

a) Naturaleza y finalidad

10. La enseñanza de la religión en la escuela constituye una exigencia de

la concepción antropológica abierta a la dimensión trascendente del ser humano: es un aspecto del derecho a la educación (Cf. c. 799 CIC). Sin esta materia, los alumnos estarían privados de un elemento esencial para su formación y para su desarrollo personal, que les ayuda a alcanzar una armonía vital entre fe y cultura. La formación moral y la educación religiosa también favorecen el desarrollo de la responsabilidad personal y social, así como de las demás virtudes cívicas, y constituyen pues una relevante contribución al bien común de la sociedad.

11. En este sector, en una sociedad pluralista, el derecho a la libertad religiosa exige que se asegure la presencia de la enseñanza de la religión en la escuela y, a la vez, la garantía que tal enseñanza sea conforme a las convicciones de los padres. El Concilio Vaticano II recuerda que: “[A los padres] corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas (...) Se violan, además, los derechos de los padres, si se obliga a los hijos a asistir a lecciones escolares que no corresponden a la persuasión religiosa de los padres, o si se impone un único sistema de educación del que se excluye totalmente la formación religiosa.” (Declaración *Dignitas humanae* [DH] 5; Cf. c. 799 CIC; Santa Sede, *Carta de los derechos de la familia*, 24 de noviembre de 1983, art. 5, c-d). Esta afirmación encuentra correspondencia en la *Declaración*

universal de los derechos humanos (art. 26), y en muchas otras declaraciones y convenciones de la comunidad internacional.

12. La marginalización de la enseñanza de la religión en la escuela equivale, al menos en práctica, a asumir una posición ideológica que puede inducir al error o producir un daño en los alumnos. Además, se podría crear también confusión o engendrar relativismo o indiferentismo religioso si la enseñanza de la religión fuera limitada a una exposición de las distintas religiones, en un modo comparativo y “neutral”. A este respecto, Juan Pablo II decía: “La cuestión de la educación católica conlleva (...) la enseñanza religiosa en el ámbito más general de la escuela, bien sea católica o bien estatal. A esa enseñanza, tienen derecho las familias de los creyentes, las cuales deben tener la garantía de que la escuela pública -precisamente por estar abierta a todos- no sólo no ponga en peligro la fe de sus hijos, sino que incluso complete, con una enseñanza religiosa adecuada, su formación integral. Este principio se encuadra en el concepto de la libertad religiosa y del Estado verdaderamente democrático que, en cuanto tal, es decir, respetando su naturaleza más profunda y verdadera, se pone al servicio de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, respetando sus derechos, sus convicciones religiosas” (*Discurso a los Cardenales y a los colaboradores de la Curia Romana*, 28 junio de 1984).

13. Con estos presupuestos, se comprende que la enseñanza de la religión católica tiene una especificidad con respecto a las otras asignaturas escolares. Efectivamente, como explica el Concilio Vaticano II: “el poder civil, cuyo fin propio es actuar el bien común temporal, debe reconocer y favorecer la vida religiosa de los ciudadanos; pero excede su competencia si pretende dirigir o impedir los actos religiosos» (DH 3). Por estos motivos corresponde a la Iglesia establecer los contenidos auténticos de la enseñanza de la religión católica en la escuela, que garantiza, ante a los padres y los mismos alumnos la autenticidad de la enseñanza que se transmite como católica.

14. La Iglesia reconoce esta tarea como su *ratione materiae* y la reivindica como de competencia propia, independientemente de la naturaleza de la escuela (estatal o no estatal, católica o no católica) en donde viene impartida. Por lo tanto: “depende de la autoridad de la Iglesia la enseñanza y educación religiosa católica que se imparte en cualesquiera escuelas (...) corresponde a la Conferencia Episcopal dar normas generales sobre esta actividad, y compete al Obispo diocesano organizarla y ejercer vigilancia sobre la misma” (c. 804 §1 CIC; Cf., además, c. 636 CCEO).

b) La enseñanza de la religión en la escuela católica

15. La enseñanza de la religión en las escuelas católicas identifica su proyecto

educativo. En efecto, “el carácter propio y la razón profunda de la escuela católica, el motivo por el cual deberían preferirla los padres católicos, es precisamente la calidad de la enseñanza religiosa integrada en la educación de los alumnos” (Juan Pablo II Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 16 de octubre de 1979, 69).

16. También en las escuelas católicas, debe ser respetada, como en cualquier otro lugar, la libertad religiosa de los alumnos no católicos y de sus padres. Esto no impide, como es claro, el derecho-deber de la Iglesia de enseñar y testimoniar públicamente la propia fe, de palabra y por escrito, teniendo en cuenta que “en la divulgación de la fe religiosa y en la introducción de costumbres hay que abstenerse siempre de cualquier clase de actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión deshonesta o menos recta” (DH 4).

c) Enseñanza de la religión católica bajo el perfil cultural y relación con la catequesis

17. La enseñanza escolar de la religión se encuadra en la misión evangelizadora de la Iglesia. Es diferente y complementaria a la catequesis en la parroquia y a otras actividades, como la educación cristiana familiar o las iniciativas de formación permanente de los fieles. Además del diferente ámbito donde cada una es impartida, son diferentes las finalidades que se proponen: la catequesis se propone promo-

ver la adhesión personal a Cristo y la maduración de la vida cristiana en sus diferentes aspectos (Cf. Congregación para el Clero, *Directorio general para la catequesis* [DGC], 15 de agosto de 1997, nn. 80-87); la enseñanza escolar de la religión transmite a los alumnos los conocimientos sobre la identidad del cristianismo y de la vida cristiana. Además, el Papa, Benedicto XVI, hablando a los docentes de religión, ha indicado la exigencia de «ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca. En efecto, la dimensión religiosa, es intrínseca al hecho cultural, contribuye a la formación global de la persona y permite transformar el conocimiento en sabiduría de vida.” A la consecución de tal fin, contribuye la enseñanza de la religión católica, con la cual “la escuela y la sociedad se enriquecen con verdaderos laboratorios de cultura y de humanidad, en los cuales, descifrando la aportación significativa del cristianismo, se capacita a la persona para descubrir el bien y para crecer en la responsabilidad; para buscar el intercambio, afinar el sentido crítico y aprovechar los dones del pasado a fin de comprender mejor el presente y proyectarse conscientemente hacia el futuro” (*Discurso a los docentes de religión católica*, 25 de abril de 2009).

18. La especificidad de esta enseñanza no disminuye su naturaleza de disciplina escolástica; al contrario, el mantenimiento de ese *status* es una condición de eficacia: “es necesario que la enseñanza religiosa escolar aparezca como disciplina escolar, con la misma exigencia de sistematicidad y rigor que las demás materias. Ha de presentar el mensaje y acontecimiento cristiano con la misma seriedad y profundidad con que las demás disciplinas presentan sus saberes. No se sitúa, sin embargo, junto a ellas como algo accesorio, sino en un necesario diálogo interdisciplinario” (DGC 73).

En síntesis:

- *La libertad religiosa es el fundamento y la garantía de la presencia de la enseñanza de la religión en el espacio público escolar.*

- *Una concepción antropológica abierta a la dimensión trascendental es su condición cultural.*

- *En la escuela católica, la enseñanza de la religión es característica irrenunciable del proyecto educativo.*

- *La enseñanza de la religión es diferente y complementaria a la catequesis, en cuanto es una enseñanza escolar que no solicita la adhesión de fe, pero transmite los conocimientos sobre la identidad del cristianismo y de la vida cristiana. Además, enriquece la Iglesia y la humanidad de laboratorios de cultura y humanidad.*

IV. Libertad educativa, libertad religiosa y educación católica

19. En conclusión, el derecho a la educación y a la libertad religiosa de los padres y de los alumnos se ejercitan concretamente a través de:

a) *la libertad de elección de la escuela.* “Los padres, cuya primera e intransferible obligación y derecho es el de educar a los hijos, tengan absoluta libertad en la elección de las escuelas. El poder público, a quien pertenece proteger y defender la libertad de los ciudadanos, atendiendo a la justicia distributiva, debe procurar distribuir las ayudas públicas de forma que los padres puedan escoger con libertad absoluta, según su propia conciencia, las escuelas para sus hijos.” (GE 6; Cf. DH 5; c. 797 CIC; c. 627 §3 CCEO).

b) *La libertad de recibir, en los centros escolares, una enseñanza religiosa confesional que integre la propia tradición religiosa en la formación cultural y académica propia de la escuela.* “Deben esforzarse los fieles para que, en la sociedad civil, las leyes que regulan la formación de los jóvenes provean también a su educación religiosa y moral en las mismas escuelas, según la conciencia de sus padres” (c. 799 CIC; Cf. GE 7, DH 5). En efecto, la educación religiosa católica, impartida en cualquiera escuela, está sometida a la autoridad de la Iglesia (Cf. c. 804 §1 CIC; c. 636 CCEO).

20. La Iglesia es consciente que, en muchos lugares en la actualidad, como también en épocas pasadas, la libertad religiosa no es plenamente efectiva, en las leyes y en la práctica (cfr DH 13). En estas condiciones, la Iglesia hace cuanto es posible para ofrecer a los fieles la formación que necesitan (Cf. GE 7; c. 798 CIC; c. 637 CCEO). Al mismo tiempo, de acuerdo con la propia misión (Cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 76), no deja de denunciar la injusticia que se cumple cuando los alumnos católicos y sus familias son privados de sus derechos educativos y es herida su libertad religiosa, y exhorta a todos los fieles a empeñarse para que estos derechos sean efectivos (Cf. c. 799 CIC).

Esta Congregación para la Educación Católica está convencida que los principios mencionados anteriormente pueden contribuir a encontrar una siempre mayor consonancia entre la tarea educativa, que es parte integrante de la misión de la Iglesia y la aspiración de las Naciones a desarrollar una sociedad justa y respetuosa de la dignidad de cada hombre.

Por su parte, la Iglesia, ejerciendo la *diakonia* de la verdad en medio de la humanidad, ofrece a cada generación la revelación de Dios de la que se puede aprender la verdad última sobre la vida y sobre el fin de la historia. Esta tarea no es fácil en un mundo secularizado, habitado por la fragmentación del conocimiento y por la confusión moral, involucra a toda la comunidad cristiana y constituye un desafío para los educadores. Nos sostiene, en todo caso, la certeza –como afirma Benedicto XVI– que “los nobles fines [...] de la educación, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad, son un poderoso instrumento especial de esperanza» (*Discurso a los educadores católicos*, 17 de abril de 2008).

Mientras rogamos a Su Eminencia/Excelencia de hacer conocer a quienes están empeñados en el servicio y en la misión educativa de la Iglesia los contenidos de la presente *Carta Circular*, le agradecemos por su amable atención y en comunión de oración a María, Madre y Maestra de los educadores, aprovechamos gustosos la circunstancia para transmitirle el testimonio de nuestra consideración, confirmándonos

De Su Eminencia/Excelencia/Reverendísima
Devotísimo en el Señor

Zenon Card. GROCHOLEWSKI,
Prefecto

Jean-Louis BRUGUÈS, O.P.,
Secretario



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

MAYO

Día 30: II Encuentro diocesano de Grupos Bíblicos en el Santuario de los Milagros.

Peregrinación del Movimiento de “Cursillos de Cristiandad” a la parroquia de San Pablo de Quintela de Leira, con motivo del Año Paulino.

Vigila de Pentecostés en la S. I. Catedral

JUNIO

Día 1: Exequias del P. José Pérez Rodríguez, Religioso Cisterciense, en la iglesia del Monasterio de Santa María de Oseira.

Día 4: Clausura en Ribadavia el curso de Formación Permanente de Laicos.

Día 6: Inauguración de la restauración del Retablo Mayor de la Parroquia de San Martín de Sagra y entrega al párroco D. Francisco Lovelle del Premio Francisco de Moure, por su esfuerzo en la conservación del patrimonio de esta parroquia.

Día 10: Celebración Eucarística en la Parroquia de San Mamed de Forcas con motivo del aniversario del Instituto de los Hermanos Misioneros de los Enfermos Pobres, cuyo Fundador el Rvdo. Hno. Antonio Jácome Pumar es nativo de esta Parroquia.

Día 11: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 13: Clausura del Curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Salón Mundo Novo.

Reunión de Directores de los Centros de Colegios Confesionales en la Casa de Ejercicios.

Exequias del Rvdo. Efrén Lorenzo Vázquez en la iglesia parroquial de San Miguel do Campo.

Clausura de curso de los ENS en la capilla del colegio de las Franciscanas.

Día 14: Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Misa Pontifical y Procesión de Corpus por las calles de la ciudad.

- Día 15: Presentación del libro *Las figuras cambiantes de Jesús en la literatura cristiana antigua* del Rvdo. Dr. Francisco José Prieto, en el Liceo de Ourense.
- Día 16: Homenaje que el Ayuntamiento de Ourense y el Palacio de Justicia tributan a Sor Carmen Riaño Quintela, Religiosa Adoratriz del Santísimo Sacramento y de la Caridad por sus nueve años en esta Diócesis dedicados en la Casa de Acogida a la atención de las mujeres víctimas de la violencia de género.
- Día 18: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.
- Día 19: Reunión del Patronato de la Fundación de Santa María Nai en el Obispado.
Entrega los Premios del Concurso de la revista *Comunidade* a varios niños de las catequesis parroquiales en el Obispado.
- Día 20: Ordenación Presbiteral de D. Santiago Fernández Carballo en la iglesia del Seminario Mayor.
- Días 22 al 25: Peregrinación diocesana al Santuario de Lourdes, organizada por la Hospitalidad de Lourdes.
- Día 28: Clausura del Año Jubilar Paulino en al S. I. Catedral.



Beati misericordes